

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 28 agosto - 3 septiembre - 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 352

UN REGALO

DOS MIL
BILLONES
DE PESETAS
ORO PARA
AMERICA
ESPAÑOLA

UN SERVICIO
NACIONAL QUE
VELA POR LA
SEGURIDAD
SOCIAL Y
ECONOMICA
DEL EMIGRANTE



Emigrantes, a su llegada a Buenos Aires

AFRICA DEL NORTE BAJO EL SIGNO DE LA SANGRE

Argencia y Argelia: dos hogueras, por Manuel Moreno Román (pág. 9). ● Carta del Director a don Manuel Rian (pág. 7). ● Los secretos de la I. R. A., por Cristina Teruel (pág. 13). ● Viena, capital de la melancolía, por Blanco Tobío, enviado especial (pág. 17). ● Villaverde, distrito de la Arganzuela, por Fausto de Lima (págs. 21). ● Mistress Clara Boothe Luce, embajadora de Estados Unidos en Italia, en la Costa Brava, por F. Costa Torrens, enviado especial (pág. 24). ● El primer avión español a reacción, por Darío Vecino (pág. 28). ● Paradojas del mundo, por Jiménez Sutil (pág. 32). ● Socuéllamos, el Chigado de La Mancha, por Blanca Espinar, enviado especial (pág. 45). ● Ejércitos y armas atómicas, por F. O. Miksche (pág. 50). ● Gastón Dominici vuelve a escena, por José Ruiz García (pág. 53). ● Santos Murillo y su manifiesto ultrarrealista, por María Jesús Echevarría (pág. 58). ● LA EVASION, novela por Juan Negro (pág. 38)

¡Este vaso mitigará su sed
...Y LE HARA SENTIR MENOS CALOR!



No contiene más que agua y una cucharadita de "Sal de Fruta" ENO. Con eso basta. La efervescencia y frescura natural de ENO calma la sed en el acto y mitiga la apetencia de líquidos que el exceso de calor provoca.

La "Sal de Fruta" ENO es una bebida natural, efervescente y refrescante consagrada en el mundo entero desde hace 85 años. Estimula las funciones orgánicas, elimina los desechos y depura la sangre. Iguala las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura. Entona el cuerpo y aviva la mente.

No recargue el estómago con bebidas abundantes, que pasado el primer efecto hacen sudar más. Límitese a este remedio, universalmente consagrado.



"SAL DE FRUTA" ENO
MARCAS REGIST

CONTRA EL CALOR Y LA SED

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid



UN REGALO

**DOS MIL BILLONES
DE PESETAS ORO
PARA AMERICA
ESPANOLA**

**Un servicio nacional
que vela por la
seguridad social
y económica del
emigrante**

MADERUELO es un Municipio de la provincia de Segovia. Maderuelo tenía 700 hectáreas de tierra buena, de tierra productiva. Era el mes de julio del año 1947. En las calles del pueblo, por el Casino, en los caminos o cuando los hombres volvían, a lomos de sus caballerías, del labrantío, las conversaciones eran siempre las mismas o parecidas:

—Nos quedamos sin tierra, Manuel.

—Sí; las aguas del pantano nos las cubren.

Se imponía una emigración. Una emigración no a tierras extranjeras, a lejanos países, sino a lugares de la misma España. Antiguamente, si esto hubiera ocurrido, cada vecino tendría que habérselas agenciado por sí solo, a la ventura.

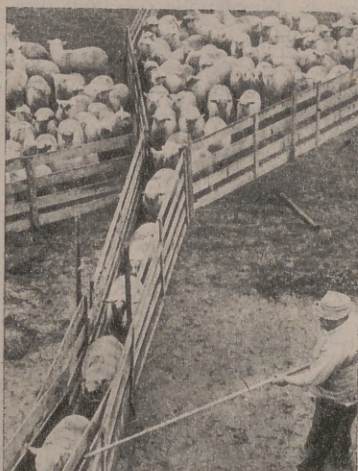
Las conversaciones siguieron, porque vinieron nuevas noticias:

—¿Sabes, Manuel? El Instituto de Colonización nos lleva a Burgos.

Las aguas del pantano de Llanos del Arroyo fueron cubriendo, más adelante en el tiempo, la mayor parte del término municipal de Maderuelo, con sus casas incluso, con las tabernas. En las que los hombres discutían las conversaciones. Y los vecinos fueron trasplantados a unas fincas burgalesas preparadas y dispuestas para ello.

Burgos recibió en su provincia jubilosamente a los recién llegados. Hubo alegría honrada en la comitiva ante la bienvenida.

Las cincuenta familias de Maderuelo forman parte de esas 30.123 familias que el Instituto Nacional de Colonización ha asentado a lo largo y a lo ancho de 300.000 hectáreas por toda la Península. Este enorme traslado de más de mil quinientos hombres, mujeres y niños del segoviano pueblo de Maderuelo es representación de la moderna y nueva emigración interna que se ha desarrollado en España en estos últimos tiempos. Una emi-



Arriba, izquierda: Poco antes de embarcar se escribe la última carta.—Derecha: La industria siderúrgica nortea ha absorbido gran parte de mano de obra nacional.—

gración para bien, para mejora de todos, para creación efectiva y segura de riqueza personal y colectiva, porque de las tierras anegadas y de las nuevas fincas concedidas ha salido una mejor y más abundante producción en todos los sentidos.

HOGAR PERMANENTE EN PUEBLOS RECIENTE NACIDOS

Los nuevos pueblos, creados han venido a ser otro de los lugares ya en mayor escala, en los que los hombres que, por causas diferentes, han tenido que abandonar su provincia, han fijado su residencia.

La vida de los pueblos nuevos puede parecerse, en lo sustancial, a la de los pueblos centenarios, a la de los pueblos que tienen una historia sustentada en auténticos siglos.



Pero en lo externo, la vida de los nuevos pueblos es diferente.

Llanos del Caudillo es un pueblo de La Mancha, un pueblo de Ciudad Real, más concretamente. No hace apenas tres meses que sus calles limpias y rectas, sus casas blancas, modeladas en los últimos planos racionales, se han llenado de gentes de unas y otras provincias que acudieron a la llamada.

Allí está, por ejemplo, Angel Ruiz, un hombre de Logroño que, antes de encontrar su definitivo hogar, tuvo que empezar a andar, hace más de cuarenta años, por casi todas las provincias españolas. No hace dos que llegó a La Mancha: la uva, la siega, lo que iba saliendo. Angel Ruiz se enteró pronto, porque las buenas noticias corren como el viento, de que casi junto a él iba a surgir un pueblo recién creado. Angel Ruiz fué a la capital y solicitó marchar a Llanos, al pueblo que iba a nacer al conflujo del agua.

Cuatro hijos varones ayudan al padre todos los días a labrar la parcela; una parcela con agua, con agua de regadío, que es el eterno certificado de permanencia. Y las hijas, que ayudan a la madre, saben que en las noches el padre tiene una sonrisa abierta y grande, como una felicidad verdaderamente conquistada.

Este caso humano y singular puede extenderse por todos los pueblos edificados no hace más de una decena de años, por Temple del Caudillo, que está en el margen izquierda del río Gállego, o por Agueda del Caudillo, que vive junto al río que lleva su mismo nombre, o por Gimnells y Suchs, en la provincia de Lérida, con centenares de rotundas parcelas regadas, o por los sevillanos poblados, del Toril y de La Barca de la Florida, por citar en el ejemplo.

Una emigración encauzada, que ha dado como resultado la creación de más de cien mil hogares

permanentes en casi dos centenares de pueblos acabados de nacer.

ESPECIALIZACION EN EL TRABAJO QUE SE BUSCA

Dos tipos de emigración hay en todo país: la exterior y la interior.

Estamos ahora examinando esta última. Y dentro de ella, en estos años contemporáneos, una emigración fuerte, impetuosa, desbordada, han recibido las regiones tradicionalmente industriales de España o las regiones que apenas hace cinco años adquirieron la categoría de tales en la especialidad.

Madrid ha sido quizá una de las capitales que más gente de provincias ha sentido venir en estos últimos tiempos. El 30 por ciento del aumento en el censo de sus habitantes es de gente que antes residía en otras provincias. A Madrid vinieron buscando trabajo y en Madrid lo encontraron.

Porque de diez años a esta parte, Madrid cuenta hoy con 5.400 Empresas metalúrgicas, por ejemplo, situadas en su mayor parte en estas zonas industriales que se han levantado en la capital de España.

Porque en Madrid han nacido varias importantísimas agrupaciones industriales. Ahí está la que desciende hacia el Manzanares por el barrio de las Delicias, donde se halla situada la Standard, con 4.000 obreros; o la que se encuentra al otro lado del río, atravesando el puente de la Princesa, con la Telefunker al fondo; o la de más allá de Cuatro Caminos, entre Estrecho, Dehesa de la Villa y Chamartín, donde se alzan las instalaciones de la Fábrica Nacional de Óptica; o la zona de los alrededores de la Prosperidad, con los grandes talleres Bressel; o la parte de Ventas, con Femsa y Enasa; o el pueblo de Vallecas, con Aeronáutica Industrial; o el gran poblado de la carretera de Andalucía, con las grandes instalaciones de Boetticher y Navarro, Marconi y Auxiliar de Ferrocarriles, que componen todas una estampa fabril y ejemplar. Ellas, además de otras industrias, han contribuido a absorber esa mano de obra recién llegada.

Fenómeno análogo ha ocurrido en las Vascongadas y en Cataluña.

De siempre fueron éstas las dos regiones más tradicionalmente afectadas por el aluvión de gente venida de fuera. Sin embargo, ambas regiones, merced a su expansión industrial, han podido también absorber la mano de obra. Y no solamente en el terreno clásico de las fundiciones o de la industria textil, sino en otros campos que antes eran extraños, como las 1.400 Empresas que en Cataluña construyen maquinaria y que han empleado a 55.000 obreros, de los cuales una buena parte procede de todas las provincias españolas.

En las Vascongadas, las ampliaciones de la industria siderúrgica han saturado en gran parte el excedente; mas también nuevas industrias que han elevado su nivel, como la cerrajería y la ferretería—en donde se incluye una industria que ha alcanzado estos últimos años una calidad excepcional, cual es la de fabricación de cubiertos—, han realizado la obra. Luego están otros lugares donde corrientes migratorias canalizadas han ido surgiendo: así aparece la Siderúrgica de Avilés, con sus 17.000 obreros de todas las regiones; la fábrica de automóviles de Valladolid, las zonas regables de Badajoz o las fábricas transformadoras de la madera en la norteña provincia de Santander.

Por dentro de España se mueven los hombres. Pero se mueven con un objetivo fijo y definido, con un propósito conocido y, por tanto, con un éxito asegurado. Los emigrantes de dentro de España son hoy unos señores especializados en el trabajo que van a buscar. Todos han salido con ello ganando.

LA INSUPERABLE CALIDAD DE LOS PASTORES VASCOS

Luego, ya en la tradición, está la emigración al exterior; la emigración que se lleva a los hombres por mar o por aire a las lejanas tierras de América. Desde que el almirante Cristóbal Colón descubriera aquel Continente que llamara las Indias, cinco millones de hombres ha dado España a las tierras del otro lado del Océano. Si estimáramos el rendimiento que cada uno de ellos ha dejado como fruto de su trabajo y de su esfuerzo, puede decirse que España «ha cedido gratuitamente a América un capital de más de

dos mil billones de pesetas oro» para que ella iniciase el camino de su fuerza y de su fortuna.

Españoles de todas las regiones y de todas las edades han ido a todos los países de América; de América del Norte y de América del Sur. Y como ejemplo de la primera están los pastores vascos.

En el aeródromo de Orly, de la capital de Francia, no hace muchos mes, casi un centenar de hombres montaba en un avión con destino a Nueva York. Cuando se cerraron las portezuelas del cuatrimotor y la aeronave se elevó hacia su ruta, dos hombres los despidieron en tierra.

—Otros cien pastores que se nos marchan—dijo el señor González Rothvoss, jefe del Servicio de Emigración del Ministerio de Trabajo de España.

Los pastores vascos llevan emigrando muchos años a las grandes praderas del Oeste de Estados Unidos, donde sus conocimientos y su experiencia han resultado valiosísimos e insustituibles. Cuando no pudieran entrar más en Estados Unidos, por haberse completado los cupos de inmigración, los ganaderos norteamericanos se pusieron de acuerdo para proponer al Congreso de aquella nación la aprobación de un proyecto de ley que creara un cupo especial. El Congreso aprobó dos mociones autorizando la concesión de virados especiales a los pastores calificados que desearan marchar a Estados Unidos desde España.

Por el Oeste americano, pastores vascos de todas las edades recuerdan en sus canciones la tierra que les vio nacer.

Allí está, por ejemplo, Antonio González, de San Sebastián, con sus ochenta y cuatro años, que ahora todavía ha invitado a sus amigos en la fiesta de su cumpleaños, en un remolque donde vive, en el rancho Mills, a un vaso de vino.

Y entre los jóvenes, Carlos Burbancaba, de veintidós años, inmejorable cuidador de corderos; o Eduardo Edera y su hijo Francisco, de cincuenta y veinte años, respectivamente, que han conquistado fama de primacía en el californiano valle de Sacramento, en el rancho de Nicholas Livestock, por lo que se refiere al ganado lanar.

Y así varios centenares de vascongados que trabajan y triunfan en las lejanas tierras de Norteamérica.

Tres centenares marcharon el año pasado. Otros tantos, quizá, lo harán este año.

Todos, eso sí, llevan la garantía de una colocación segura y rentable. Desde aquí y desde allí, la preocupación estatal les defiende.

LA EMIGRACION ESPANOLA HA CAMBIADO DE SIGNO

«De las colonias que tiene y ha tenido España en la Gran India... nace el agotarse la gente». Hay muchas dificultades para precisar en términos concretos la importancia del desplazamiento español a los que se llamaban Reinos de Indias o de Ultramar. Don Carlos Martín Buñill, en su última obra «Soluciones al problema emigra-



Pastores vascos, antes de subir al avión en el aeródromo de Orly

torio», señala que la población de España, en tiempos de los Reyes Católicos se cifraba en unos diez millones de habitantes, y que cien años después esta población había bajado a ocho millones. Sólo al cabo de tres siglos del Descubrimiento de América España volvió a tener los diez millones de habitantes que tenía cuando América se descubrió.

La emigración española a América apenas se ha visto interrumpida.

Sin embargo, algo fundamental ha cambiado. La emigración española ha cambiado de signo. Los españoles que hoy embarcan en Vigo, o en Barcelona, o en Tenerife, o en Cádiz, o en Bilbao, o en el puerto de La Coruña no se parecen en nada a aquellos abuelos nuestros que llegaban a América con el zurrón al hombro, en el bolsillo los últimos reales y tan dispuestos a hacer una fortuna, con un trabajo desmedido, como a tomar el primer barco que tocara un puerto español, cansados y aburridos de una aventura desgraciada.

A una emigración espontánea, expuesta a todos los vaivenes del infortunio, desorientada, confiada sólo a los escasos medios personales de quien se arriesgaba a cruzar el océano, ha sucedido la emigración dirigida, orientada, controlada y hasta organizada por el Estado.

Un día al puerto de Valencia, por ejemplo, arriba un barco recién construido en unos astilleros de Alemania. Por más señas, el barco se llama «España», y, fondeado en las aguas de Valencia, esperó a unos ochocientos agricultores, técnicos y maestros españoles que, previamente seleccionados y con todas las garantías, llegarán a las costas de la República Dominicana, donde les esperan tierras, aperos en propiedad, zonas de buen cultivo, carreteras por trazar o escuelas por abrir.

En la primera quincena de octubre, al puerto de Tenerife llegará el nuevo trasatlántico italiano «Irpinia» para recoger a seiscientos agricultores tinerfeños que marcharán contratados a Ciudad Trujillo. A la marcha le precede la firma de un contrato ejemplar de trabajo por el que el agricultor pasa a ser dueño, propietario de los terrenos de cultivo y en inmejorables condiciones de seguridad social y económica. A cambio de este bienestar, de esa propiedad y de una próxima fortuna inmediata, el emigrante de Tenerife llevará a las tierras deshabitadas de Santo Domingo su técnica y su experiencia en la siembra y en el cultivo de la tomatera o del plátano.

«Gobernar es poblar», decía un viejo forismo de los pueblos americanos que en la emigración española veían la salvación y la fuente de sus riquezas por explotar.

LOS ASTURIANOS VAN A CUBA

La emigración dirigida y orientada no atenta en modo alguno contra la libertad del emigrante. Los asturianos, por ejemplo, siguen hoy, como hace siglos, la misma ruta que lleva a Cuba. Allí, respaldados por la sombra



Un emigrante llegado a la Argentina toca piezas de su región momentos antes de desembarcar

de la Quinta de Salud «Covadonga», dependiente del Centro Asturiano, cuarenta y cinco instituciones regionales llevan el nombre de España. Son nombres de Onís, de Narcea, de Gijón, de Mieres, que junto al Castillo del Morro, frente a la bahía de Santiago o a través de la manigua de Camagüey abren al público sus grandes almacenes de tejidos, donde se venden paños de Sabadell, lana de Mataró o mantas de Antequera.

El Centro Asturiano de La Habana, valga sólo como ejemplo cuenta hoy con más de setenta y dos mil socios. Setenta y dos mil asturianos que «allá en La Habana hacen las mismas cosas que aquí en España»: una tienda de tejidos, un bufete de abogado o una placa de arquitecto en la puerta de un palacete.

Y si las cosas marchan bien, si el trabajo ha tenido su compensación y la cuenta corriente de un asturiano en La Habana se acrecienta, el hombre de Avilés o de Gijón no olvidará nunca su compromiso. Ahí está el caso de Alfonso Martín Escudero, que entregaba hace poco al Gobernador de una provincia española un millón de pesetas pa-

ra la construcción de viviendas para obreros.

En los cinco años que median entre 1946 y 1951, unos doce mil asturianos emprendieron el camino de Cuba. Hoy viven de su trabajo honrado esparcidos por las tierras de cultivos de tabaco, de la caña de azúcar o dedicando sus horas al comercio y su recuerdo a las verdes montañas de Asturias.

Hace muchos años las rutas de Méjico eran casi paralelas con las de Cuba para el emigrante español. La colonia mejicana era abundante. Los ovetenses dividían sus preferencias entre Méjico y Cuba. En Navia se recuerda el rasgo de aquel paisano, Manuel Suárez, que regaló al Alcalde de la ciudad diez millones de pesetas para obras benéficas de su pueblo.

Las provincias españolas con más fuerte tradición emigratoria son las cuatro provincias gallegas y Asturias. Ciento setenta y dos mil gallegos han salido en cinco años hacia las tierras de América.



Una vista parcial del nuevo pueblo de Agueda del Caudillo, edificado por el Instituto Nacional de Colonización

Puentedeume es un pueblo de La Coruña. Hace ya muchos años José Robiño, en el puerto camiró de Buenos Aires. El viaje era largo. Treinta días en el mar, escondido en la sentina, esperando la mañana de anclar. Llegó la mañana y con ella la peregrinación del infortunio. Robiño apenas había cumplido sus veinticinco años. Desconocido de todos arrastró su soledad y su hambre por las calles de la capital bonaerense. Más tarde marchó a Córdoba, a Salta, y últimamente entró como camarero en un bar de Popayán. En Popayán terminaba para el polizón de Puentedeume la desventura. Robiño era un hombre ahorrativo y trabajador. Al cabo de los años en una de las principales avenidas de esta ciudad, el nombre de Robiño se lee en la puerta del más famoso bar de Popayán.

Cuando hoy algún paisano de Puentedeume llega al bar de José Robiño para saludar al hacendado propietario, entre el nuevo emigrante y el viejo polizón se repite esta conversación:

—Usted, don José, si que ha tenido suerte. En el pueblo mis padres le recuerdan mucho y me hablaban de usted como de un hombre a quien la fortuna le ha favorecido. Nosotros, los que venimos ahora, nunca llegaremos a ser dueños de un bar como éste.

Y don José, el viejo polizón, tiene siempre la misma respuesta.

—Sí, hijo, sí. Quizá no llegaréis a ser dueños de un bar como éste, pero yo hubiera querido empezar como empezáis vosotros: con la seguridad de un buen jornal diario o con la propiedad de unas tierras de labranza para que las cultivéis, con vuestros aperos y vuestras herramientas. Y todo, sin que os haya costado un real, como diríamos por allá. Hoy el Gobierno español cuida y protege al emigrante. Tú, no tuviste más que acudir al puerto de cita el día que ibas a embarcar. Yo no me quiero acordar de aquellos días y aquellas noches encerrado en las sentinas de un barco que parecía una cáscara de nuez.

LOS GALLEGOS PREFIEREN ARGENTINA

Los gallegos hoy como antes, siguen paseando su «morriña» por las tierras de la Pampa o de la Patagonia o establecidos en los más importantes negocios de las principales ciudades y pueblos de la Argentina. La «morriña», el desconsuelo del recuerdo, se convierte muchas veces en lo que podríamos llamar «la morriña» del giro, del giro de correo. Una especie de plan Marshall que los emigrantes de Galicia tienen para sus paisanos que no se atrevieron a pasar el charco. Hace algún tiempo se hizo una estadística curiosa: en el período de un año se recibieron en las cuatro provincias gallegas trescientos millones de pesetas enviados en giros por los gallegos de la otra orilla del Atlántico.

Brasil es el tercer gran país de emigración española. Hasta el cierre de fronteras establecido, el

sistema de cupos había recibido cerca de cinco millones de inmigrantes. De ellos un millón y medio son italianos. Siguen los portugueses y seiscientos mil son españoles. También en Brasil, «la tierra de la felicidad y de las selvas impenetrables», de los indios catuchis, mamateris, jandis y ararúas, dominan los gallegos. Pontevedrés es José Serrador, el constructor del popular barrio Cinelandia, de Río; de Lugo, Camilo Cuquejo que llegó de niño al Brasil y es hoy una de las principales firmas financieras de Sao Paulo, José Moar Arcos de Punteareas, fabricante de tejidos, lanzó al mercado brasileño y mundial una serie de modelos estampados con lugares y monumentos típicos españoles, y al fondo, invariable, con vivos colores, el verdor de las rías de Galicia.

Albacete, Castellón, Ciudad Real, Cuenca, Guadalupe, Huelva y Toledo son de siempre las provincias españolas de menor tradición migratoria. Burgos hasta hace bien poco, hasta la nueva corriente de modernas expediciones a tierras de Santo Domingo, era también una de las ciudades españolas de la que apenas salían sus hombres para América. Para América ni para otro sitio. Como excepción queda el nombre de aquel célebre burgalés que, con más suerte que el polizón de Puentedeume, llegó un día a la Ciudad del Plata sin plata en el bolsillo, y a quien no hace más de unos meses visitó un paisano, nacido casi a dos pasos del mismo pueblo:

—Te voy a enseñar mi ganadería—dijo Antonio Suez al visitante.

—¿Todos aquellos caballos son tuyos?

—Sí, unas tres mil yeguas.

—¿Y aquellos torcos que se ven más lejos?

—También. Aquellos son caballos; cuatro mil caballos de la Pampa.

—Y mulas. ¿No tienes mulas?

—Pacen en otras tierras. De mulas tengo una tropilla: unos doce mil pares.

MÁS DE CINCUENTA MIL ESPAÑOLAS EN UN AÑO PARA AMÉRICA DEL SUR

El hecho de que la emigración sea dirigida y organizada indica que se ha superado el concepto de la emigración libre y anárquica. La organización supone orientación de las corrientes emigratorias hacia aquellos lugares en los que la instalación de los emigrantes esté más de acuerdo con su preparación profesional, con sus conocimientos laborales, con sus estudios técnicos o simplemente con su capacidad personal y exclusiva.

Dentro de esta concepción del servicio emigratorio hay dos fórmulas perfectamente compatibles: el que va con sus propios medios económicos—ya debidamente orientado en cuanto a capacidad personal del trabajo—o aquel a quien se le ayuda o se le paga el pasaje por considerar de positivo beneficio su trabajo en el país de destino. Ambos tipos de emigración están inclui-

dos en la emigración dirigida, con la diferencia de que la última, además, está financiada y ayudada económicamente. Ejemplo de esto último son las plazas que para técnicos, profesores, etcétera, se anuncian mensualmente por la Unesco.

Este último tipo de emigración, a pesar de ser escaso en número, es extenso en calidad, puesto que estos grupos con sus enseñanzas en el país al que llegan sirven no sólo para elevar el nivel de vida del país que los recibe, sino para ir consolidando otros grupos inmigratorios en nuevos sectores que presentan una futura y gran capacidad de explotación.

Por este sistema nuevas rutas seguras y firmes se están abriendo en Ecuador, Colombia, Venezuela, Chile, Perú, Paraguay, Argentina, Brasil, Santo Domingo y otros países que mañana serán poderosos centros de atracción natural de los contingentes migratorios europeos.

En el año pasado, 52.418 españoles salieron de los puertos de Vigo, de Barcelona, de Tenerife, de Cádiz de Bilbao, de La Coruña y de Valencia camino de Venezuela, de Argentina, de Brasil, Uruguay, Cuba y Santo Domingo. Venezuela fué la nación americana de mayor inmigración española. A ella fueron a parar en el último año 22.033 españoles, entre los que se encontraba un numeroso grupo de técnicos de distintas clases a examinar nuevas tierras de explotación petrolífera.

Como modelo de perfecta emigración dirigida, orientada y controlada, podemos con justicia citar las expediciones que de todos los pueblos de España salen anualmente a la República de Santo Domingo. Viaje pagado y colocación contratada con arreglo a bases aprobadas por los órganos españoles de emigración después de oír el Consejo Central de Emigración. Son en su gran mayoría hombres solteros, conocedores del campo, técnicos en la construcción de carreteras, floricultores, horticultores, maestros nacionales y hasta policías municipales y de tráfico.

Arroceros de Albal, de Catarroja, de Sollana; labradores de Silla y de Almusafe, de Picasent, de Beniparrell y de Sedaví han llegado a las zonas de cultivo dominicanas, que hoy son ya propiedades suyas. En Constanza, una colonia que queda al norte de la isla, han llegado jóvenes arroceros valencianos como Víctor Aliño y Leandro Andrés Meseguer.

Van para allá también hombres especialistas en la floricultura, como Salvador Arques y José Ferrer, o técnicos de la arboricultura, como José Ajado Sales.

Y trescientos cincuenta labradores canarios, plataneros de Las Palmas o de Tenerife, como Rafael Araujo o Manuel Falcon Suárez, a quienes nada les queda por aprender en la siembra del plátano o del tomate.

«La emigración sigue siendo, por tanto, una necesidad para los pueblos. Pero es también un nuevo servicio de los muchos que España presta al mundo.»

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON MANUEL RIANCHO

¿QUE pasa en Cádiz, en Asturias, en Santander, en Cartagena o en Sevilla, y hasta en las más lejanas Islas Canarias, para que una tripleta de Gobernadores montañeses, auspiciados, por tí, que eres el gran empresario de la alegría en el Ministerio de Información y Turismo, se hayan puesto en la línea gozosa del festival? Aunque el año agrícola se haya quedado en un poco más de mediano, la biología eufórica de nuestro pueblo ha retorcido el cuello al pajarraco de la murria, a la misantropía y a la desazón, echándose al monte y al mar en el espléndido solsticio de 1955, que ha sido la fecha de los más apoteósicos festivales: Sardanias en S'Agaró, habaneras en Torrevieja y la señorita Janine Charrat, con una obediencia que ha de complacer al Quai d'Orsay, en todas partes. La primera vez que vi los alrededores del lugar de la batalla de Bailén, pletóricos de los anuncios en un francés macarrónico con que los tasqueros rurales pretendían atraer al viandante forastero, me dije que en la conciencia popular ya se había ablandado algo de la dureza patriótica del 2 de Mayo. Esta pacífica invasión veraniega que va desde el Marruecos francés a los Pirineos y desciende en dirección contraria, se ha ido animando tan progresivamente que en Laredo había a mediados de agosto unos tres mil turistas procedentes de Francia, y los transbordadores de Gibraltar y Ceuta no cesan de volcar en Algeciras manadas fugitivas en pos de la paz y de la baratura españolas. La culminación de este flujo incesante se ha sublimado con la presencia de Janine Charrat y sus muchachas en la mismísima plaza de Velarde, de Santander, apaciguando amansando, los recuerdos de aquel oficial de artillería fusilado por las tropas napoleónicas. En el órgano periodístico más representativo del Movimiento, en el propio «Arriba», su crítico musical proponía que esa plaza de Velarde se llamase en adelante, de una manera afrancesada, plaza de las Estrellas o plaza de la Concordia. Nuestro país, porque no vive del favoritismo a los reyes de Francia ni a las logias de Francia, puede permitirse el lujo del perdón, que no se permiten los señores de allende el Pirineo, salvo excepciones. Acaba de publicarse en «Le Figaro» un reportaje de su enviado especial, James de Coquet, bajo el título «De España sin fiebre», o sea, una España pléutica, robusta, sana.

Para explicar esta curación en la que tú has intervenido proporcionando solaz y melodía a precios sin competencia, la Universidad Internacional de Verano hubiera debido proponerse el análisis de este fenómeno, ya que la proximidad entre el palacio de la Magdalena y la plaza Porticada facilitaría la clarificación del objetivo. En su Curso de Humanidades y Problemas Contemporáneos hubiera encontrado un hueco idóneo este tema de la salud de la Patria que se manifiesta públicamente en danzas cánticos, alborozo y exaltación. Hemos dejado de ser una nación acerba y atrabiliaria para convertirnos en una patria jocunda y entusiasmada. Es menester que se enseñe la filología nativa a los extranjeros; pero es más necesario que se les muestre cómo la línea vital de una raza áspere y melancólica, se transforma y se exalte. Esta es nuestra vida y nuestra experiencia cotidiana que se da cuenta de esta transmutación vernal cuando sale por los caminos y advierte la superabundancia de la gente en cualquier sitio donde exista un motivo de expansión y de recreo. Este es nuestro ritmo diario y por serlo con tanta insistencia,

se confundió el linotipista de un periódico de Santander que cambió el amor dorio en amor diario al componer la reseña de una de las lecciones de la Universidad santanderina.

No voy a escribir la noticia, bastante atrasada, de lo que han representado tus festivales, sobre todo, en el aspecto del «ballet»; ya que incluso también me equivocaría como el tipógrafo de marras al citar nombres extraños. Sin embargo, ocuparé un momento en hacer constar que los españoles han descubierto gracias al mecenazgo de los Gobernadores Civiles y del Ministerio de Información y Turismo, al que sirves en primera línea, esa cosa tan refinada y tan minoritaria que es el «ballet». Hasta ahora pertenecía a unos círculos esotéricos que parecían una conjuración, una confabulación secretísima; pero ya se ha roto el misterio de este arte y he oído a cualquier raquero de Puerto Chico referirme que aquella señorita pálida la llamaban la «eslava triste», porque fuera de las horas del escenario transcurría su horario restante sentada en una silla con los brazos cruzados y los ojos perdidos en una imaginaria estepa. O que aquella otra señorita era la hija de un opulento fabricante de Francia que bailaba por pacer, o era la hija de un hacendado del Brasil, viajando acompañada de una dama de respeto a la que el brasileño costeaba todos los gastos, o que la primera bailarina de la Opera pesaba tan sólo treinta y cinco kilos, o que el padre de Janine Charrat era el general jefe de la Defensa Pasiva de París. Tales anécdotas del lado femenino eran contrapuestas por lo que contaban las mozas de Santander respecto al bailarín tuberculoso, que prefería la danza a curarse la tisis, o aquel otro expulsado de la Opera por la culpa de un amor, o el adolescente alemán que había incorporado el denuesto de su raza a este coro de cerca de veintinueve nacionalidades. Tus espectadores se divertían con esto y con aquello, con la música y con el brinco, con el salto y con el reflector tanto es así que cuando una noche una tormenta puso a prueba la resistencia de vuestro toldo, entre relámpagos, rayos y truenos, a pesar de apagarse las luces, nadie se movió. La enajenación de la danza que fué estudiada por los filósofos alemanes deseosos de imitar a los griegos, tuvo un dios, Dionisios, denominado también Eleutheros; el «liberador». Federico Nietzsche, animador de lo pánico, de lo dionisiaco en el hombre, llegó a la locura danzando por las calles de Niza y de Portofino. La misma locura que había de embargar al bailarín de «ballet» Nijinsky. No sospeches, Manolo Riancho, que estas alusiones a la demencia son alusiones personales contra el «ballet» y su público, puesto que el «ballet» más que un producto de la pantomima o del manicomio, fué el resultado de la superación del Renacimiento italiano cuatrocentista que desembocó en las Cortes reales. En 1581 Belgioioso se presentó en la Corte de Francia con su primer Ballet cómico de la Reina, antes que esta fruta madura de la civilización fuese el pasto exquisito de los «snobs» de Europa, de los Zares de Rusia y de los comisarios soviéticos. La U. R. S. S. ha manipulado siempre con el «ballet». Francia dispone de su «ballet» al modo de sus blondas, de sus jardines y de sus perfumes. Hay «ballets» internacionales que tal vez buscan una sinopsis moral y un compromiso político. España tendrá, ya tiene, su «ballet» genuino, como expresión de nuestra fuerza física y de nuestro espíritu equilibrado; porque algo pasa; esto es, que no pasa en Santander, en Asturias, en Cádiz.

LA LECCION DE NUESTRA POPULARIDAD

CUANDO rápidamente leemos el periódico, apenas paramos en el significado de muchas noticias que se salpican ante nuestra indiferencia: lo que llamó la atención en tal país la llegada de unos visitantes españoles, su éxito personal; la extraordinaria afluencia registrada en el pabellón español de tal feria internacional; el clamoreo popular que rodeó a un conjunto folklórico español en su jira por determinadas latitudes... Creemos que tales noticias son un poco de propaganda y hasta las interpretamos como signo de provincianismo, como pequeño desahogo de una vanidad local que registra en las columnas de su diario el triunfo de sus corredores ciclistas que si no ganaron la prueba fué por su mala suerte, o el galardón literario de una eminencia de la ciudad en un concurso en el que obtuvo un accésit sin haberse presentado a él más que cuatro concurrentes. En definitiva, nuestra reacción no es emocional, porque no sentimos en su total intensidad el valor de estos «signos externos», porque nos quedamos cruzados de brazos ante el asombro de los demás, que se admiran de conocer lo que para nosotros no es descubrimiento.

Indudablemente, estamos de moda. Es posible que se escriban por extranjeros más libros sobre España o sobre nuestras cosas que la suma de los que producen nuestros autores. Theo Stols un magnífico periodista holandés amigo mío, ha publicado en su país un tomo, el primero de una serie, titulado «Spanje». Sus impresiones, las que me transmitía, eran de un optimismo tal sobre el éxito de venta que ha resuelto probar fortuna en el cine, a base de cortometrajes descriptivos de nuestros paisajes.

Y lo mismo que digo del éxito de Stols—del que me alegro muy sinceramente—puedo afirmar de un libro de toros, éste publicado en Barcelona en francés e inglés, de Jacques Leonard, «Les toreaux, fête espagnole», con cubierta roja de sangre y contraportada en la que campea, bajo una montera y una espada, el «jolé» de nuestras multitudes.

Los dos libros citados son el resultado de un vivir entre nosotros, feliz y parsimonioso, de sus autores; son el resultado de un descubrimiento emocional, son hasta un poco su piropo de agradecimiento y el cuerpo del delito de su amistad conquistada. Porque para escribir con éxito es preciso tocar la realidad de la España que nos rodea, lo contrario de lo que hicieron los autores de tantos libelos encorajinados. En definitiva, hay que vivir no sólo en España algún tiempo, sino vivir o, mejor, convivir con los españoles. ¡Si hasta para escribir el libro de los gitanos Starkie se hizo medio gitano y Rafael Lafuente nomadeó bajo la luna! Porque si hay cosas y fenómenos sobre los que se adquiere noción «contemplándoles», como si se tratara de un espectáculo, los nuestros sólo se reducen a concepto, «penetrándoles», porque son forma—exterior—y voluntad rabiosa, escarmentada de consejos foráneos y escaldada de odios y tergiversaciones. Nos han hecho y nos hemos hecho intimidad; de aquí la necesidad de la penetración más que de la contemplación.

Ahora bien; hemos de encuadrar el fenómeno. En nuestra Historia se registran, alternándose, dos formas de comportamiento del mundo exterior: son los periodos del ceño fruncido, del puño apretado (cuando piensan que van a poder con nosotros) y las etapas de la boca abierta, cuando no aciertan a explicarse nuestra existencia (después de la guerra de la Beltraneja, tras el tratado de Utrecht, después de la guerra de la Independencia y ahora). En unas ocasiones esta boca abierta es admirativa; en otras, es sólo actitud de curiosidad: depende de que nosotros sigamos por el buen camino y acertemos. A finales del XV sobre nosotros se volcó Europa como después de 1715 y como después de 1815. En unos casos seguimos adelante y se transformó España en el foco de Europa; en otros volvimos atrás, y Parcerisa y sus contemporáneos tuvieron que contentarse sólo con registrarnos en sus policromías.

Lo actual es, por lo tanto, bien sintomático. Depende de nosotros en el futuro.

Demetrio RAMOS

SIN RAZON Y SIN DERECHO

HAN vuelto a reproducirse, aproximadamente al cabo de un año, las tentativas hindúes de «invasión pacífica» del territorio portugués de Goa. Ante esta forma solapada de violencia pues tal invasión sólo tiene de pacífica el nombre, toda la Prensa occidental ha condenado, con dureza plenamente justificada, la conducta de la Unión India. En ninguna otra nación de Occidente se ha levantado una voz favorable al juego de Pandit Nehru, que está representando, a un tiempo, el doble papel de paladín teórico del arreglo pacífico y autor e investigador directo del método de violencia empleado por los «satyagrahis» invasores. Proclamar el pacifismo mientras se adopta una postura de clara agresividad frente a Portugal es reveladora. Recurre a este tipo de violencia porque no encuentra apoyo para sus pretensiones ni en la razón ni en el Derecho.

Cuando los portugueses llegan a Goa a principios del siglo XVI, no existe como Estado, ni como nación, la India. Nadie puede, por lo tanto, hablar de usurpación territorial ni de conquista ilegítima. Por otra parte, Portugal no somete a ninguno de sus territorios en Asia a un tratamiento de dominios sometidos a su soberanía. Les otorga la condición de provincias portuguesas, cuyos habitantes tienen los mismos derechos civiles y políticos que los ciudadanos de la metrópoli. No es posible tampoco, por ello, hablar de «colonialismo». Finalmente, como afirmaba estos días un editorial del «Washington Post», según todos los indicios, no parece existir en Goa ningún sentimiento especial en favor de la independencia, y menos todavía en favor de la incorporación a la India.

¿Qué puede, entonces, alegar la Unión India para justificar su reivindicación? Solamente una cosa: la localización del territorio. Pero ésta localización, sin la compañía de argumentos de más peso, no resulta, en modo alguno, razón suficiente para reivindicar Goa atropellando las normas más elementales del Derecho Internacional y de la convivencia pacífica entre las naciones civilizadas.

En el fondo, la crisis de Goa es un episodio más de la tensión Oriente-Occidente. Y es oportuno recordar, a este propósito, algunas afirmaciones verdaderamente interesantes y esclarecedoras. Estas:

«Nuestra lucha actual para enajenar nuestro corazón y entendimiento de Occidente es un intento de suicidio espiritual»

«Occidente es necesario a Oriente. Nos complementamos por nuestros diferentes aspectos de verdad. Aunque el espíritu de Occidente se haya abatido sobre nuestros campos como una tempestad, siembra en muchos sitios granos vivientes que son inmortales.»

Afirmaciones que no han salido de la pluma de un occidental, que no expresan la opinión interesada de un europeo súbdito de un país colonialista. Afirmaciones hechas por un gran hindú, por Rabindranath Tagore, cuyo nombre y cuyo prestigio personal son inmortales dentro y fuera de la India. Y también, afirmaciones que vienen como anillo al dedo a la cuestión de Goa, precisamente uno de los «granos inmortales» sembrados por Occidente en Oriente, en la que el juego turbio de Pandit Nehru solamente favorece al daño de la civilización occidental, sin beneficiar nada a la India.

Porque nadie podrá creer de buena fe que, sin razón histórica ni razón jurídica a su favor, pueda Pandit Nehru pretender que la incorporación de las provincias portuguesas de Asia a la India signifique una situación internacional más justa ni más progresiva. Menos aún, mientras la Unión India no supere su medieval sistema de castas, y mientras sigan inco-

EL ESPAÑOL

AFRICA DEL NORTE BAJO EL SIGNO DE LA SANGRE

MARRUECOS Y ARGELIA, DOS HOGUERAS

EL "EJERCITO DE ALA" SOLO CUENTA CON 3.000 HOMBRES



Arriba: Un manifestante se precipita en la calle principal de la Medina de Mekines. Izquierda: Un coche volcado e incendiado en Casablanca

SE han cumplido dos años—el día 20 de agosto—de la fecha luctuosa para el Imperio marroquí del destronamiento del Sultán legítimo, Sidi Mohamed Ben Yusef. La destitución de Mohamed V se gestó con torpes maniobras. Y esto no es una afirmación alegre: Hay textos. En junio de 1953, El Glaui y los bajaes y caídas adictos a su persona dirigieron un escrito al Gobierno de Francia pidiendo la deposición de Ben Yusef. Fué el primer intento de destronamiento. El Glaui decía: «El Sultán, en su calidad de jefe espiritual, está más obligado que nadie a respetar las sagradas tradiciones del Corán y se ha apartado de ellas incurriendo en heterodoxia». Los ulemas, doctores de la ley musulmana, se dirigieron por su parte al Presidente de la República francesa: «Nuestro Monarca, Soberano legítimo del país, es conocido por su estricta observancia de la religión musulmana y es verdadero símbolo de sus principios puros y auténticos».

El Glaui afirmaba: «El Sultán debe ser destituido porque no está, como debiera, por encima de los partidos, pues todo el mundo sabe que ha sufrido la influencia nefasta del partido del Istiqlal y de la Liga Árabe.» Los ulemas

contestaban: «Los bajaes y caídas, que carecen del más ligero conocimiento del Islam, están cometiendo un delito de alta traición y violan la dignidad del jefe supremo.»

El Quai d'Orsay comentó así el citado escrito: «Aun cuando no debe subestimarse la importancia de los sectores de opinión marroquí, de los cuales emana el documento dirigido al Gobierno francés, Francia no tiene intención alguna, en la coyuntura presente, de deducir consecuencias políticas de la iniciativa.» Dos meses después, el residente de Francia en Marruecos, Guillaume, destituyó al Sultán.

Olvido de obligaciones.—Francia tenía la obligación, con arreglo al Tratado de 1912, de proteger al Sultán contra sus enemigos. Francia tenía la obligación de no ignorar a España antes de adoptar una medida de tal importancia.

En los dos años transcurridos Francia ha tenido varios Gobiernos y muchos reveses, tres residentes en Rabat—Guillaume, Laocste y Grandval—, un Sultán—Ben Arafa—, muchas bajas, muchos problemas y la enemistad de gran parte del pueblo marroquí. Esto puede servir de resumen de todo lo que se ha ido

fraguando hasta llegar al callejón sin salida del problema del Marruecos francés.

Algo sí puede verse en medio del conflicto. Y es que mientras Francia no reponga al Sultán legítimo se verá privada de interlocutor con quien discutir los problemas. No se puede discutir sin tener a alguien enfrente. Francia, ahora, al hablar con Marruecos, habla con el vacío.

EL PERIODO CRITICO EMPEZO CON UNA BOMBA

Una bomba arrojada por unos mozalbetes y que causó seis muertos fué el principio de lo que pudiéramos decir la gravedad de la gravedad. Porque la situación, difícil en los dos últimos años, se ha convertido en crítica a partir del 14 de julio, fiesta nacional francesa, día en que la bomba arrojada en Casablanca en la plaza de Mers-el-Sultán dió el tono de sangre que domina hasta el momento.

La bomba de Mers-el-Sultán abrió la espita del antiterrorismo, dió lugar a que la violencia fuera contestada por la violencia. Los colonos franceses pertenecientes a la organización Presencia Francesa, un grupo de exaltado colonialismo que opina que toda negociación con los nacionalistas significaría una claudicación que habría de producir efectos contrarios, se manifestaron en forma revolucionaria y toda clase de desmanes ensangrentaron Casablanca.

Uno de los primeros objetivos de los contraterroristas, o de los

terroristas, según del lado desde donde se mire, fué la cabeza del abogado Jean-Charles Legrand. Este francés residente en Marruecos es contumaz en un pecado que los colonialistas no pueden perdonar: se dedica a defender en los Tribunales de Casablanca a los terroristas marroquíes. Este hombre tiene en el aspecto profesional un historial brillante; en el político, está calificado de antiparlamentario y antidemocrático, y en el personal consiguió antes de la guerra la enemistad y el rencor de buen número de sus compañeros criminalistas y después de la guerra, y más concretamente, en los últimos años, ha conquistado el odio de quienes no consideran a los procesados marroquíes con derecho a ser defendidos en los Tribunales.

Los grupos de amotinados franceses no pudieron conseguir su objetivo porque M. Legrand sabe defender su cabeza, a tiros cuando es necesario. Y a tiros repelió la agresión matando a uno de sus atacantes.

FRANCESES CONTRA EL RESIDENTE DE FRANCIA

«El atentado de Mers-el-Sultán tenía como fin obstaculizar mi política.» Esto lo dijo el residente de Francia cuando el Ejército pudo poner un poco de orden en Casablanca y se pudo demostrar que en los sangrientos incidentes la política local había tenido una perfecta actuación pasiva y la agrupación Presencia Francesa una intervención directa. Tan directa que fueran los mismos franceses quienes agredieron al residente a la salida de la catedral de Casablanca, y los que gritaron a toda potencia los «¡Abajo Grandval!», que enseñaron al agredido bastante más de lo que sus consejeros le podían enseñar. Poco después el residente Grandval recibió a los dirigentes de Presencia Francesa y les decía claramente que no estaba intimidado: «Yo no he venido aquí a aplicar la política de los franceses de Marruecos, sino la del Gobierno de París». Grandval aquel día ganaba la batalla de la autoridad y demostraba su decisión de llevar a cabo la política de apaciguamiento y negociación, tan contraria a los intereses del sector colonialista.

EN MARRUECOS SE MUERE POR DOCENAS

Roto ya el fuego de las violencias, la situación ha ido empeorando. El clima de terror, de incertidumbre, el toque de queda, las fuerzas del ejército en patrulla por las calles de las ciudades, y de cuando en cuando la explosión de una bomba, la ráfaga de ametralladora o el incendio, es el ambiente que domina en el Protectorado francés. Los recuentos de bajas cada semana son trágicos. En Marruecos se muere por docenas. El Partido de la Unidad y Dependencia advierte dramáticamente al Residente que aumenta sin cesar el número de huérfanos y viudas marroquíes, «que se ha convertido en marcadamente excesivo en los últimos años». En la Pascua de Aid el Kebir, una fiesta que siempre fué alegre y que ha sido en este año un duelo musulmán colectivo, no

se inmolaron los corderos tradicionales en señal de duelo, pero no cesaron de inmolarse hombres. En Casablanca, en Rabat, en Mequinez, en Marrakech, en todas las ciudades de Marruecos la Pascua fué sangrienta. Los desórdenes, continuos. El aniversario de la destitución del Sultán, el 20 de agosto, se esperaba con terror. Y llegó con una riada de violencias. Atentados, destrucción de cosechas y de edificios franceses—en Mazagán ardieron los barrios francés y judío; en las minas de fosfatos de Kuribga, los daños ascendieron a mil millones de francos—, muertos por centenares. Faure habló del aniversario: «El 20 de agosto ha sido para Marruecos y para Francia un día de gran pesar. Nuestra patria siente con profunda e indignada tristeza el drama de estas horas, de motines y muerte.» Grandval estuvo dramático: «El hombre que llegó a Marruecos hace mes y medio con el deseo ardiente de restablecer el orden y la paz por medio de la concordia, tiene esta noche destrozado el corazón. Confío en que por encima del odio que este drama puede avivar, los nervios, tanto de los franceses como de los marroquíes, se dominen con la fuerza de alma necesaria para buscar el camino de la concordia.»

«EL CAMINO DE LA CONCORDIA»

Este camino de la concordia, el deseo con que terminó Grandval su alocución al condenar y lamentar los sangrientos resultados del aniversario del golpe de Estado de Guillaume, no parece que vaya a ser una senda sin dificultades, a pesar del buen deseo que para recorrerlo tengan los principales personajes del drama marroquí.

Para encontrar este camino el pueblo marroquí presenta como único principio esa frase que condensa su sentir y que tantas banderas y tantos carteles aircan a lo ancho de Marruecos: «Queremos a nuestro muy amado Sidi Mohamed Ben Yusef». El Gobierno francés parece querer—parece sólo, porque no demuestra una verdadera decisión—que un Gabinete marroquí ampliamente representativo sea la base para conseguir la concordia.

El Glaui, creador de la ficción del Sultán Arafa, sostén y quién sabe si hasta en cierto modo ciceroneo del anciano soberano, no admite ciertas representaciones en ese Gobierno de amplia base.

Los colonialistas franceses se oponen con todas sus fuerzas a que se pueda llegar a dar beligerancia a los nacionalistas admitiéndoles en el seno del Gobierno.

El camino de la concordia se presenta áspero.

LA CUESTION DINASTICA

Es indiscutible que lo que se ha dado en llamar cuestión dinástica constituye el nudo de la cuestión. Para cualquier observador neutral y poco impresionable ante los esfuerzos franceses por justificar sus grandes errores políticos, la cuestión dinástica es una cuestión simple. Si durante veinticinco años ha gobernado al país un monarca que contaba con

e. apoyo de la inmensa mayoría de su pueblo y este monarca ha sido arrojado violentamente de su trono, y mientras dura su exilio sus súbditos claman por su vuelta y matan porque no vuelve, el asunto tiene muy fácil arreglo. Puede decirse que la solución es demasiado simple para que sea realizable, pero es evidente. La vuelta de Ben Yusef, repetimos, como repite el pueblo marroquí, es la única forma de resolver la «cuestión dinástica». En la Residencia de Rabat llueven las cartas y telegramas de todos los puntos del Imperio reclamando la vuelta al trono de Mohamed V. Recientemente los chorfas de Fez se dirigieron al Residente: «Los chorfas de Fez sostenemos la solución única para resolver la crisis marroquí: retorno de Su Majestad Mohamed V al trono marroquí y negociaciones con el para garantizar la soberanía y los intereses legítimos de los franceses en Marruecos». Los más prestigiosos doctores de la ley musulmana, los ulemas de Fez, coinciden con los chorfas: «Estando el pueblo representado legítimamente, se podrá colaborar con el Gobierno francés para restablecer la amistad de los dos pueblos sobre una base sólida de libertad, justicia e igualdad, con la garantía de los derechos del pueblo marroquí y los intereses de los franceses habitantes en Marruecos». Y no sólo el reconocimiento de esta verdad tiene lugar entre los marroquíes. Hasta la Prensa francesa tiene que recoger el estado de opinión. *Le Monde* preguntaba no hace mucho: «¿Cómo ignorar que para la mayor parte del pueblo de Marruecos, e incluso de sus tradicionales jefes, el trono está, de hecho, vacante desde 1953? ¿Y cómo negar que para esa gran parte del pueblo marroquí no habrá solución posible al problema del trono si no es con la aquiescencia del sultán exilado, cuyo nombre se proclama por las calles de Marruecos?»

Es posible que el residente Grandval, como hombre realista, haya visto esta solución como la única efectiva. Pero, ¿y los inconvenientes que entrañaría la medida? La oposición fanática de El Glaui—hasta ahora el primer adicto a Francia—a Ben Yusef, la traición y abandono de los caídos y bajas al Soberano, el espectacular apoyo que recibirían los nacionalistas, el prestigio mismo de Francia, que tendría que reconocer claramente su tremendo error de 1953, son obstáculos importantes, quizá excesivamente importantes, que se oponen al retorno de Mohamed V.

Pero, por otro lado, se afianza la presunción de que el reinado de Ben Arafa no puede continuar. Algunos predicen su inmediato retiro, aunque El Glaui se empeñe en mantenerle sobre el trono. Y situada la cuestión en esta forma, no es cosa de buscar nuevas complicaciones con el nombramiento de nuevo Sultán, que no podría satisfacer a unos ni a otros. En este punto, y como solución momentánea al problema dinástico, como plazo de pausa y tregua, Francia ha pensado en un Consejo de Regencia como instrumento de la política de reconciliación.

¿CONSEJO DE REGENCIA?

Siguiendo al periódico parisien- se *Le Monde*, nos podemos enterar de los planes del tal Consejo, meditados largamente por los técnicos en cuestiones norteafricanos del Gobierno francés: «El trono quedaría vacante fundándose en la imposibilidad en que se encuentra «el» Sultán para ejercer su soberanía; cosa que los partidarios de uno u otro pueden observar por lo que se refiere tanto a Mohamed V como a Mohamed Ben Arafa. Compuesto de un reducido número de personas, un Consejo de Regencia que reúna a representantes aprobados por ambos soberanos podría constituir el instrumento de una política de conciliación. Su misión consistiría en favorecer una política de apaciguamiento. A veces se ha sostenido que pareciera institución sería contraria a la historia y al derecho musulmanes. Si Abdelwahed Laraki, profesor de la Universidad Karyuna y miembro del Colegio de los Ulemas de Fez, nos ha informado de esta cuestión, que ha sido estudiada por sus colegas. En opinión de Si Laraki, tres causas pueden, en derecho, justificar la creación del Consejo de Regencia: primera, la minoría de edad del heredero del trono; segunda, la ausencia de un soberano reinante; tercera, la imposibilidad en que se halla el soberano reinante, por motivos extraordinarios, para ejercer su cargo. Estas dos últimas causas se aplican a la situación de Mohamed Ben Yusef, que sigue siendo, en opinión de Si Laraki, el soberano legítimo, porque no solamente su deposición no ha recogido la necesaria unanimidad en el seno del Colegio de los Ulemas, sino que es nula porque no responde a ninguno de los motivos previstos por la ley musulmana». Hasta aquí *Le Monde*.

¿Será posible llegar a este Consejo, que con tanto detalle se ve en Francia? Por cierto que es curioso ese afán del periódico francés de cerciorarse de que tal medida no es «contraria a la historia y al derecho musulmanes». ¿Se molestó alguien en agosto de 1953 en ver si el destronamiento del legítimo Sultán atentaba contra algún principio de la historia, el derecho o la religión?

SI BEKKAY, EL EXILADO VOLUNTARIO, EN MARRUECOS

Muchos observadores han querido ver en la presencia de Si Bekkay en Marruecos, tras dos años de exilio voluntario, un indicio de que Ben Yusef le había enviado para tratar precisamente del asunto del Consejo de Regencia. Este Bekkay, uno de los más fieles seguidores de Mohamed V, reúne en su persona, aparte de su inalterable fidelidad al Sultán, fidelidad que le llevó a renunciar a todos sus cargos y bienes para marchar a Madagascar, destacados motivos para ser considerado un personaje de primera fila. Fue baja de Sefru, es coronel del Ejército francés, gran mutilado de guerra, medalla de la Legión de Honor, presidente de los ex combatientes de Marruecos y, por encima de todo, portavoz del soberano destronado.



Grupos de manifestantes que paralizaron el tráfico en las calles de Casablanca

Y no sabemos si como portavoz o a título personal, advirtió a Francia al llegar, a primeros de mes a Marruecos: «Agosto es el mes de la última oportunidad para asegurar el porvenir a unas buenas relaciones franco-marroquíes; pero hay que actuar con rapidez, porque en este momento aun es posible un compromiso, y dentro de poco ya será demasiado tarde.»

Palabras no precisamente optimistas. ¿Se equivocará Bakkay? Aun no ha terminado agosto. Para que la advertencia del ex bajá de Sefru no pueda parecer muy interesada, traducimos de un editorial del «New York Times» que coincide con aquél: «El reloj está muy cerca de dar la medianoche en Marruecos. Algo tiene que hacerse y rápidamente, y alarma contemplar al Gobierno francés dividido y sin saber qué hacer.»

GRANDVAL O EL DINAMISMO HECHO RESIDENTE FRANCÉS

Para que antes de que el reloj dé la medianoche se haya podido hacer algo en Marruecos, el residente Grandval se ha movido bastante durante el mes de agosto. Si ha podido decirse de él que ha batido todos los récords de disturbios promovidos por su presencia, por la presencia de un residente de Francia, también hay que reconocerle la marca de la actividad en el cargo. Dicen de Grandval que es un hombre duro, enérgico y activo. Que es duro lo demostró cumplidamente al aceptar el cargo, uno de los cargos más difíciles y comprometidos que en estos momentos puede desempeñar un francés. De su energía hay pruebas concluyentes. Y de su actividad, también.

Veamos la película de la actividad de Grandval.

El día 7, Grandval se reúne en Tolón, en entrevista secreta, con los ministros franceses de Defensa, Koenig, y de Asuntos Musulmanes, July. Parece ser que entre los dos le destrozaron, por ser «explosivo», el plan que había elaborado para Marruecos. Entre otras cosas proponía la destitución inmediata de Ben Arafa.

El día 10 voló a París para reunirse con el Comité de Coordinación Norteafricano, y para mantener en lo posible su plan de actuación: destitución de Ben

Arafa, creación del Consejo de Regencia, implantación de alguna reforma, todo ello con urgencia, para llevar a cabo antes de la fecha del aniversario del destronamiento, con objeto de impedir el derramamiento de sangre que la conmemoración podría producir (que produjo). El plan, en principio, tenía previamente la oposición del ministro Koenig y del grupo de sus seguidores, los que consideran que no es conveniente la retirada de Ben Arafa, entre otras razones por las que «L'Aurore» ha condensado bien: «Por causas que no vamos a analizar ahora, nos hemos enajenado totalmente las simpatías del sector partidario de Ben Yusef. Si ahora deponemos violentamente a Ben Arafa, habremos perdido también las únicas fuerzas marroquíes con las que aun podemos contar.»

El 11, Grandval defiende su plan a capa y espada. El 12, el Consejo de Ministros llega a un acuerdo. Aquel día se dice en París con optimismo: «Todo está arreglado.» Este arreglo consistía en que se encargaría a Ben Arafa la formación de un Gobierno marroquí representativo, se ampliarían los poderes y facultades de la Administración marroquí, con independencia de la francesa, y se establecerían los Ayuntamientos de elección popular en las poblaciones musulmanas. De vuelta a Rabat, Grandval pro-



Un soldado francés vigila en las afueras de Casablanca

mete que antes del 12 de septiembre estará resuelta la crisis. Los nacionalistas, por su parte, califican el plan como «un profundo desengaño».

El día 17, el Sultán Arafa, imposibilitado de formar el Gobierno representativo de todas las tendencias, pide prórroga del plazo. Grandval hace un nuevo viaje a París. Vuelve a Rabat al día siguiente. Y a las veinticuatro horas parte de nuevo para Francia, con objeto de participar en las reuniones con los representantes de Marruecos, que, a partir del día 22, tienen lugar en Aix-les-Bains. Mientras tanto, Ben Arafa continuará su difícil tarea de conseguir voluntarios para su Gobierno. Y mientras tanto, la sangre sigue corriendo en todo Marruecos francés.

Esta es la actualidad marroquí. Por un lado, conversaciones, planes, presiones, intereses; por otro, la realidad de los atentados, las represiones sangrientas, la sangre, la destrucción, el terror. Francia atraviesa un gravísimo momento en Marruecos.

Y para que el panorama sea aún más oscuro, en Argelia corre también la sangre. Políticamente, no tienen enlace los dramas marroquí y argelino. Enlazan, es macabro, pero real, con los muertos.

OCHOCIENTOS TREINTA Y CINCO MUERTOS EN DOS DIAS

Si los hechos de armas que causan 835 muertos en dos días se denominan «disturbios», no sabemos en qué momento habrá que utilizar la palabra «guerra». Esto es lo que ocurre en Argelia, donde no se reconoce por completo por parte francesa que una auténtica guerra civil tiene por escenario el departamento de Constantina. Guerra civil, porque Francia se preocupa mucho de afirmar que Argelia es un departamento francés como otro cualquiera metropolitano, y que los argelinos son franceses con los mismos deberes y derechos de los demás. Y, claro está, situados en este plano no es posible hablar de aspiraciones nacionalistas, sino separatistas. Y así llegamos a la conclusión de que el separatismo argelino ha iniciado la guerra civil.

PRIMER FACTOR DEL PROBLEMA ARGELINO: LO SOCIAL

Para determinar las causas de la dramática situación de Argelia no hay mejor método que escuchar a quien por razón de cargo conoce, o debe conocer, el problema: el gobernador general, Soustelle. Además, las frases crudas cobran, dichas por él, una importancia especial. Soustelle explicó así no hace mucho el caso argelino: «Yo he podido comprobar que las regiones afectadas por la rebelión son aquellas en las que vive una población desventurada; regiones sin carreteras ni caminos, con pobreza de medios y escasez de escuelas, en donde el progreso y la civilización apenas si tienen una expresión mínima. El Aurés y el norte de Constantina son comarcas subadministradas y subequipadas.»

«Que una región de más de

cient mil almas, casi impenetrable por una orografía atormentada, no disponga más que de un administrador, un adjunto y varios maestros de escuela, he aquí lo que explica, aunque no lo justifique, cuanto está sucediendo.»

«El Gobierno francés está dispuesto a hacer frente no sólo a las causas de este estado de cosas, sino incluso a los pretextos. Para ello hacían falta medios económicos. Yo los he reclamado, y el Gobierno me los ha otorgado largamente. Por una parte, el Gobierno envía soldados para combatir la rebeldía; por otra, elementos económicos, técnicos, maestros de escuela, constructores, médicos, etc. Pero la verdad es que si estos últimos hubieran llegado al Aurés y a la región de Constantina mucho antes, no se habría hecho necesario enviar a los primeros.»

Dispuestos a que sean los propios franceses quienes expliquen lo que pasa en Argelia en el terreno de lo social, veamos lo que dijo días atrás, en la Asamblea Nacional francesa, el diputado radical Violette: «¿Creen ustedes que una familia de seis personas puede vivir con 12.000 francos al mes? ¿Creen ustedes que un hombre puede nutrirse con 1.443 calorías alimenticias cuando el mínimo son 2.500? Doscientos cincuenta mil argelinos emigrados a Francia economizan anualmente 34.000 millones de francos, suma que apenas ganan en su país natal durante el mismo tiempo un millón y medio de trabajadores argelinos. En el sector agrícola hay un gran paro de braceros; pero, en cambio, cada año la erosión por lluvia arrastra al mar 40.000 hectáreas de tierra argelina; de modo que cada día Argelia tiene cien hectáreas menos de tierra cultivable, a la par que su población crece a un ritmo muy rápido, y hoy más de la mitad de la población argelina tiene menos de veinte años de edad.»

SEGUNDO FACTOR: LO POLITICO

«Argelia será elevada al rango de Estado tarde o temprano», ha dicho Ferhart Abbas, delegado en la Asamblea Argelina y secretario general del partido Unión del Manifiesto Argelino, que es una de las personalidades más importantes del nacionalismo o separatismo argelino. Esta parece ser la aspiración política más extendida: una autonomía bajo la interdependencia con Francia; esto es, la constitución del Estado argelino dentro de un cuadro federal.

Frente al deseo moderado de la autonomía federalista, otros sectores políticos argelinos exigen la independencia absoluta e inmediata. Dirige este sector Messali Hadj, ahora residente forzado en Francia bajo la vigilancia política, y que en el pasado ha tenido, él y su grupo, contactos íntimos con el comunismo francés.

Determinar a cuál de estos principales movimientos políticos pertenecen los que luchan contra el Ejército francés en el macizo del Aurés, parece sencillo, teniendo en cuenta sus aspiraciones, pero en realidad no se puede señalar. Política, miseria, fanatismo

mo y odio nutren el movimiento, la «guerra santa», como ha sido calificado por los dirigentes de la lucha.

TERCER FACTOR: LO COLONIAL

Aquí el problema argelino tiene más puntos de contacto con el marroquí que en los factores anteriores. En Argelia, el colonialismo francés, el colonialismo extremista, siente, actúa y proyecta de manera quizá más radical que en Marruecos. La versión de la organización Presencia Francesa, del Protectorado, se llama en el Departamento Vigilancia Argelina. Esta Asociación, que combate toda concesión que desmejore el Estatuto de los franceses en Argelia, en el último manifiesto publicado sienta tres principios básicos de actuación: La fuerza debe acabar con el terrorismo. Argelia debe permanecer francesa, y todo atentado directo o indirecto a este principio debe ser considerado como un crimen de traición. No deben hacerse gestiones para buscar interlocutores argelinos ni intentar contactos con los partidarios de los rebeldes.

Vigilancia Africana, cuando ataca al Gobierno francés no lo hace precisamente con frases débiles: «Si el Gobierno francés ha traicionado su misión engañando en el Parlamento a los franceses de Túnez, dejándoles en mano del Neo-Destur, no permitiremos que aquí se haga lo mismo. Sabemos que el Gobierno se apresta a repetir su traición en Marruecos y en Argelia.»

«EL EJERCITO DE ALÁ»

Parece ser que el «Ejército de Alá» está formado sólo por 3.000 hombres. Esta cifra aun se minimiza más porque los franceses oponen una fuerza que sobrepasa los 125.000 soldados, perfectamente armados y entrenados, con el apoyo de aviación y carros. A pesar de tan enorme diferencia de fuerzas, los argelinos combatientes traen en jaque al Ejército francés desde el mes de noviembre. Desde entonces, hasta hace pocos días, la táctica de los grupos rebeldes se limitaba a sabotajes, atentados, emboscadas, sin presentar lucha abierta a las tropas francesas.

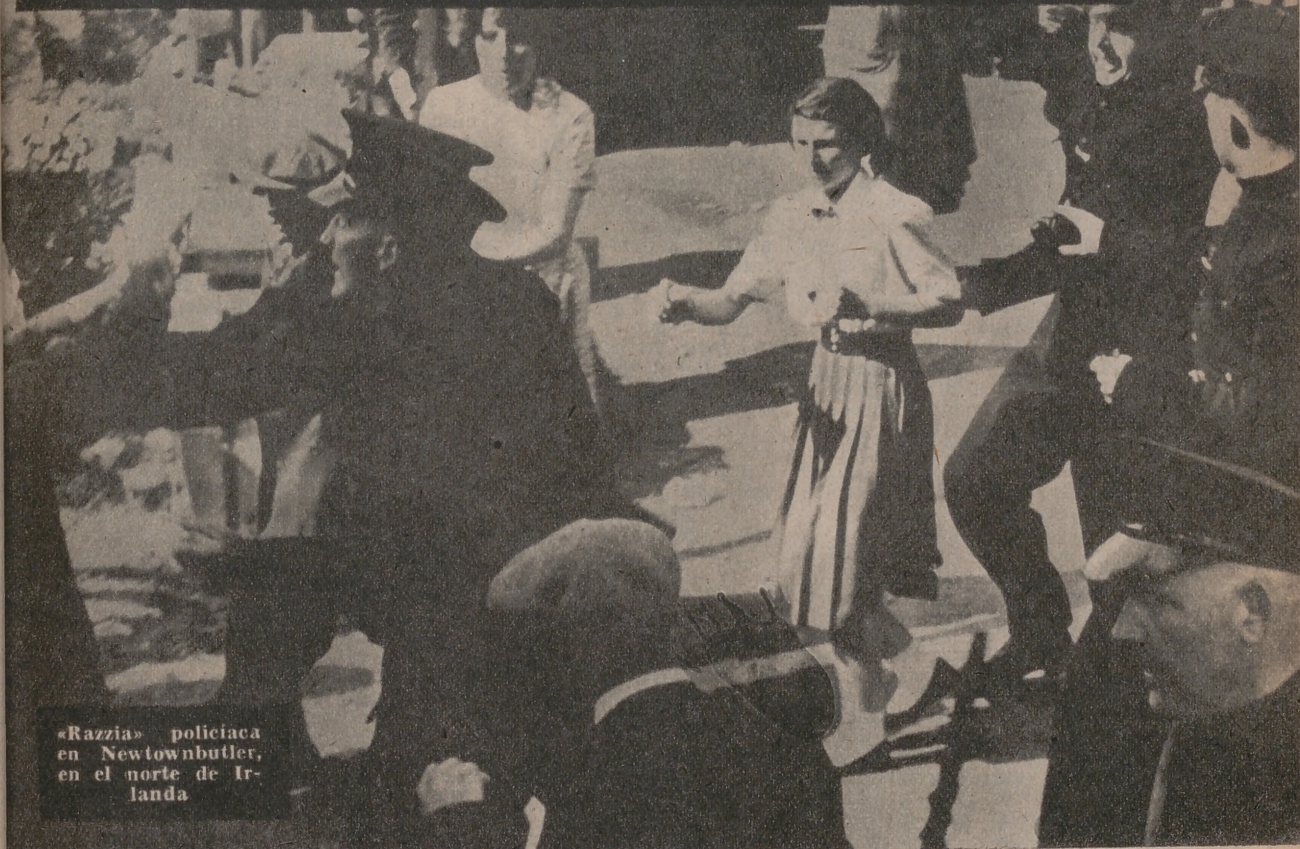
Pero últimamente, el «Ejército de Alá» ha cambiado de táctica, lanzándose a batallas abiertas. El día 20 de agosto tuvo lugar una sangrienta lucha en las mismas puertas de la ciudad de Constantina. El «Ejército de Alá» atacó a las fuerzas francesas con bombas de mano, y aquellas a duras penas pudieron repeler la agresión. Cuando los refuerzos se hicieron cargo de la situación, habían muerto 190 rebeldes y 40 soldados franceses. Durante el mismo día las bajas en la región pasaron de 460.

Todo esto significa que el Ejército de Alá ha recibido un fuerte impulso numérico y táctico. Del sabotaje ha pasado a la batalla. De hacer o sufrir bajas aisladas, a causar bajas por centenares. De la lucha en el abrupto Aurés, a los ataques a ciudades.

La hoguera argelina se une a la hoguera marroquí para iluminar a Francia el África del Norte, regida por el signo de la sangre.

Manuel MORENO ROMAN

CUANDO LA AVENTURA SE LLAMA INDEPENDENCIA



«Razzia» policiaca en Newtownbutler, en el norte de Irlanda

HISTORIA SECRETA DE LA I. R. A.

ALARMA EN EL NORTE DE IRLANDA

LA LUCHA DE UN EJERCITO QUE OPERA EN LAS SOMBRAS

«INGLATERRA cumple bien, si se tiene de cumplir», esta encantadora afirmación la formuló el siglo pasado el historiador Gustave de Beaumont. El dicho vale, si se decide de una vez lo que es «tiempo». Ocurre que la palabra es bastante elástica. Por ello el dicho puede ser verdad, como también puede resultar erróneo. Si se admite que a veces Inglaterra tiene reacciones lentas, diremos que cumple bien... con el retraso. En los sucesos de la semana pasada, los hombres del Ejército Republicano irlandés no deben de haberle dejado tiempo. Las centinelas del campo militar de Arborfield su pieron, a las dos de la madrugada, que no les valía para nada el hacha que les servía de arma. Y mientras les ataban los puños y les hincaban en las es-



Han sido tomadas serias medidas de precaución en todos los campamentos militares de las Islas Británicas, como consecuencia de los ataques irlandeses. Hasta el cocinero del campamento de Arborfield ha sido armado. Derecha: Darny Ryan, jefe de reclutamiento para el Movimiento Republicano Irlandés y secretario del Movimiento en Inglaterra, durante un mitin celebrado en Camden Town

paldas el helado cañón de un revólver, pensaron simultáneamente en cómo lo pasa uno en la Corte Marcial... Tenían muy pocas ganas de que se escribiera en sus lápidas «Muerto a veinte años en comisión de servicio». Y se escaparon del apuro con un «acabo de llegar; no sé dónde están las armas». Pese a su tem-

peramento, los irlandeses tienen el corazón blando. Y allá los dejaron, atados y plantados, y se contentaron con apoderarse de aquella cantidad de armas y municiones que, según los periódicos, «favorecería durante años las guerrillas». Luego, un centinela que rompe sus ligaduras, otro que da la señal de alarma.

y he aquí toda Inglaterra sacudida de temor en la cama, a unas horas indignas de un pueblo de «gentlemen»... Se celebra una reunión extraordinaria del Gobierno para estudiar el asunto. Scotland Yard está que arde. Ciento cincuenta mil policías abren el ojo, el bueno. Los niños por las calles juegan a Sherlock Holmes... Pero hay quienes dicen que «éstas son noticias para distraer la opinión pública de los graves problemas económicos y sociales»; o bien, que se trata de «una broma pesada de algunos oficiales ingleses»... Lo cierto es que Diarmud Mac Diarmada (Dermot Mac Dermot), jefe del Estado Mayor de la I. R. A., reivindica orgullosamente la responsabilidad del raid. «Somos un Ejército frente a otro Ejército: considérense como prisioneros de guerra», dijeron los irlandeses a la guardia Nicholls... E Inglaterra toda, alérgica a las punzadas irlandesas, ha reaccionado como un solo hombre.

FICCION

¿Dónde comienza la ficción? ¿Dónde la realidad? Las pantallas españolas no han proyectado quizá «La Jeune Folle», una película en la que Danielle Delorme hace una asombrosa creación. Si no recordarían quizá la muchacha de rostro enfermizo y patético. Vivía en un colegio, porque su único hermano, patriota irlandés, era constantemente buscado por la Policía. Danielle fríega el suelo y trabaja duro, durísimo. Una noche, al llegar la hora del descanso en su cuchitril, se desencadena una tormenta terrible. Danielle se estremece en su lecho. Y entre relámpagos y chispas, un chillido desesperado sacude la casa. Danielle ha visto en sueño cómo unos hombres desconocidos se llevaban a su hermano y cómo, en una playa, le mataban de un balazo en la nuca. Al día siguiente, la muerte de su hermano le es anunciada oficialmente. Pobremente envuelta en sus harapos, Danielle huye y corre... hacia el mar. Caminos fangosos, lluvia y nieve. Hambre siempre. Ojos alucinados en noches oscuras. Y he aquí Dublín, la capital. Días de aturdimiento. Pero un instinto secreto conduce sus

pasos hacia la casa de los amigos de su hermano. Al verla, se estremece. Nadie se atreve a decirle lo ocurrido. El que parece ser el jefe decide protegerla mientras esté en Dublín. Intenta convencerla de volver a su destino. Pero Danielle sigue buscando al que ha matado a su hermano. La Policía los busca. Y un día, una banda de niños jugando, descubre el paradero de los terroristas. Mientras cantando y riendo, como si fuera una broma, avisan a la Policía, Danielle y el jefe de los terroristas reconocen que se aman. Pero es demasiado tarde para huir. El jefe de los terroristas confiesa a Danielle que ha matado a su hermano porque era un traidor. Danielle no lo cree. El insiste y le dice: «Ahora, mátame». Y Danielle le mata. Cuando entre risas y clamores la Policía y los niños abren la puerta, se quedan clavados de horror en el umbral. Arrodiada cerca del cadáver, el rostro deshecho, una mujer canta en gaélico, o ríe, ríe, ríe...

LA REALIDAD

¿Dónde comienza la ficción? ¿Dónde la realidad? Para adormecer nuestras conciencias, no queremos reconocer a menudo que también las películas se inspiran en hechos verídicos. «Esto ocurre sólo en la película.» La semana pasada, en Arborfield, no ha faltado ni un detalle. El jefe del Estado Mayor del Ejército de la República de Irlanda, Diarmud Mac Diarmada (Dermot Mac Dermot) ha publicado un comunicado de victoria: «Sábado, dice, ha acertado el raid de diez voluntarios en el Training Depot núm. 5, de Arborfield (Berkshire). Penetraron en el campo por la entrada principal. Cuatro hombres pasaron la barrera principal, cruzaron la línea de centinela y continuaron hasta la sala de guardia. El jefe de la guardia y el guardia fueron imposibilitados. Un nuevo centinela disfrazado de soldado fué colocado en la entrada principal. Los demás participantes penetraron en el campamento. Se realizaron búsquedas en la sala de guardia y se registró al jefe de guardia para encontrar las llaves del depósito de municiones y armas. Las llaves no estaban

en su sitio acostumbrado. Sino en posesión del responsable del depósito. Tras haber fracasado en su intento de encontrar las llaves, forzaron la puerta. Cogieron municiones y una gran cantidad de armas seleccionadas. Todas fueron cargadas en un coche. Tres de los participantes, incluida la centinela, permanecieron detrás para detener a los cuatro miembros del equipo de relevo. Había que asegurarse de que no sería dada la alarma hasta que el vehículo estuviera fuera del alcance. Esto ocurría a las cinco de la mañana.»

Al enterarse de la noticia, mister Hanna, primer ministro de Irlanda del Norte, declaró en Belfast: «Si los hombres llegan aquí armados, con la intención de herir, nos enfrentaremos con ellos. Se encontrarán no únicamente con los trece mil miembros de la Royal Ulster Constabulary, sino con el leal pueblo de Irlanda, estrechamente solidario, a quien he prometido armar para mejor defenderse».

CAZA AL HOMBRE

Policía, Ejército, Marina, Aviación, en estado de alerta. En los aeródromos y en los puertos, nadie ni nada pasa sin previo examen riguroso. Se habla de la posibilidad de transportar las armas desmontadas, por mediación de mujeres. En las calles de Gran Bretaña se busca el coche azul RTO 445 y AYP 114. Los comentarios no faltan. Un periodista inglés explica cómo se pasó en la proximidad de un campo militar, penetró en él, curioseó durante largo rato sin que nadie le preguntara nada. El «Daily Mail» se indigna: «El ciudadano piensa quizá que resulta imposible semejante hazaña. Incluso cuando lo ve en una película, puede que suelte una carcajada. Pero esto ha ocurrido, sin embargo, y no es una broma. Sino todo lo contrario. Es menester pensarlo seriamente... Las críticas hay que dirigir las a las «altas esferas». La defensa de las unidades es asunto de policía nacional, tanto como de responsabilidad individual. Ahora principalmente, porque en dos años han sido llevados a cabo dos intentos para robar armas... ¡Cómo deben reírse los naciona-



De izquierda a derecha: Eamon Boyce, de veintisiete años; Phil Clarke, de veintiún años; Patrie Klearney, de veintiocho años; Thomas Mitchel, de veintitrés años, y Joseph Cambell, de veintiocho años, que cumplen condena de doce años de prisión por atacar establecimientos militares británicos



La muchedumbre mira cómo la Policía carga en un camión las armas y municiones encontradas en una sospechosa tienda de Galedonian Road, en Londres. Estas armas proceden del campamento militar de Arborfield y fueron robadas durante el ataque que al mismo efectuó el Ejército irlandés hace unos días.

listas! Hicieron que parecíamos imbéciles, que es lo que ellos quieren...» Por su parte, un reportero del «Daily Express» hizo varias preguntas al War Office. Helas aquí:

P.—¿Por qué las centinelas llevan como arma un hacha?

C.—Es una costumbre generalizada en el Reino Unido; en tiempo normal, el arma es suficiente. Decidir si los centinelas deben o no llevar armas incumbe al comandante local. Naturalmente, en caso de disturbios las exigencias de seguridad serían mucho más estrictas.

P.—¿En vista de los recientes acontecimientos, ¿han sido tomadas nuevas disposiciones por el War Office?

C.—Los jefes locales reciben informes acerca de las actividades de la I. R. A. Ellos tienen la iniciativa en cuanto a las medidas de seguridad.

P.—¿Habrá ahora una orden de la Oficina de Guerra para la seguridad de los campos?

C.—Ninguna medida general ha sido adoptada en este fin de semana.

Y el periodista del «Daily Express» recuerda fechas:

Octubre 1954: Un destacamento I. R. A. armado opera en los campamentos de Omagh en el condado de Tyrone. Después del acontecimiento, el War Office declaró: «Han sido tomadas medidas de seguridad en los campamentos y depósitos del Norte de Irlanda».

Noviembre: Soldados del Ejército detienen a guardias del depósito 30 T A en Merseyside. El portavoz del War Office dijo: «Han sido tomadas medidas estrictas y consideramos el asunto con seriedad».

Diciembre: Hombres de la I. R. A. escaparon con armas robadas en el depósito de Woolton Liverpool...

Y SIGUE LA VIDA

Hay en Camden Town, una calle llamada del Sinn Fein». El Sinn Fein es el partido irlandés de la independencia. En gaélico la palabra significa nosotros mismos. Los habitantes de aquella calle son, bien entendido, en su mayoría, irlandeses. Este lugar lo ha elegido Danny O'Ryan, el jefe de la I. R. A. en Gran Bretaña, para hacer discursos, reclutar nuevos adherentes y reunir fondos. «No soy contrario a la fuerza—dice ante un público de unas doscientas personas. Enter ellas, van y vienen algunos policías. «Si fuera necesario, me gustaría ver a cada uno de los hijos de Irlanda salir con un fusil en la mano, derrocar al Gobierno y echarlo con su séquito al mar. Hemos sido incapaces de terminar lo que habíamos emprendido—rechazar las tropas de Irlanda y establecer elecciones libres—. Lo que no hemos logrado por medios pacíficos lo logremos por otros medios. La violencia es ahora inevitable. No quedaremos tranquilos hasta que el último Tommy haya dejado nuestra tierra» Y terminado su discurso, el carpintero irlandés recoge la bandera de Irlanda y la del partido Sinn Fein, y regresa a su empleo. Y el «Daily Mail» se indigna: «Deben terminar los discursos sediciosos. Resulta ridículo que una campaña para reclutar nuevos miembros de la I. R. A. se emprenda libremente en Londres cuando se sabe que esta organización está preparando una guerra contra Gran Bretaña. Todos somos partidarios de la libertad de discusión, pero hay momentos en que la libertad se transforma en li-

ciencia, y esta vez es el caso. La I. R. A.—añade—no es un simple «gang» de bandidos, sino un cuerpo bien vivo y capacitado».

En el asunto, una que no cabe de alegría es la novia del sargento Carter. Dice que el jefe de los guardas es un héroe. «No ha hablado».

Danny O'Ryan, el «leader» nacionalista en Gran Bretaña, ha perdido su empleo y su casa. Va errando por las calles en busca de un nuevo techo y de nuevos reclutas. Alfred East, jefe de las pesquisas, declara rotundamente que es opuesto al empleo de las armas. Mis hombres buscan, pero no están armados. Nunca daremos el primer golpe.»

Continúan las conjeturas: se piensa que detrás de la I. R. A. estará un ex oficial del Ejército. Todas las maniobras revelan las mismas características: precisión, frialdad, habilidad en la ejecución.

En Arborfield, hasta los cocineros están armados ahora y las centinelas van de dos en dos.

SECRETO MAL GUARDADO

En esto los acontecimientos se precipitan. Los hombres del Intelligence Service no han perdido tiempo; en un piso de Portland Place ha sido desubierto el plan de los irlandeses. Además de los nombres de algunos de los planificadores, el documento revela lo siguiente:

Fase I: Los seis mil hombres que integran el Ejército Republicano Irlandés han sido armados con las armas robadas en los depósitos ingleses. Dichas armas han sido transportadas por pequeñas cantidades a Irlanda, durante los dos años pasados.

Fase II: Entrenamiento de los reclutas irlandeses en los montes de Irlanda, durante los fines de semana, de día y de noche.

Fase III: (En 1957). El Ejército irlandés estaría entonces lo suficientemente poderoso —unos 16.000 hombres— para derrocar al Gobierno de Irlanda del Sur y controlar el país.

Fase IV: Invadir y conquistar uno de los condados. Probablemente, Londonderry.

Fase V: Ante los acontecimientos, el Gobierno inglés no tendría más remedio que realizar la unidad de Irlanda.

«ESTE TE TRAICIONARA»

La victoria de los irlandeses no debía durar mucho tiempo. Como en las películas, hubo un delator, y también algún que otro niño travieso, inocente provocador de catástrofes. Estamos en la Caledonian Street, en King Cross. El vecindario, irlandés en su mayoría. En una esquina de una tienda abandonada desde hace mucho tiempo, John Driver y Alan Jacks, unos niños que no temen nada, y ni siquiera los reproches maternos. ¿Por qué se les antojó aquel día montar sobre una alta pared? Ahí estaban cuando un coche se detuvo delante de la tienda. Bajaron hombres y descargaron cajas pesadas, que luego fueron metiendo en la tienda. Intrigados, los niños miraban, hasta que uno de los hombres les dijo: «Bajad, pequeños; os vais a caer». Los niños no corrían riesgo de caer. Sin embargo, una impresión difusa de «algo prohibido» les hizo bajar. Fueron contando todo lo que habían visto. Una mujer anciana, vecina de la tienda, comprobó ruidos nocturnos, inacostumbrados. Participó sus inquietudes a su hijo y éste avisó a la Policía. Destacamentos de detectives cuidadosamente colocados en la calle. En el interior, otros tantos armados. Sólo esperaban que llegasen «las ratas». Pero éstas no llegaron, avisadas quizá telefónicamente del peligro corrido por alguno de ellos en observación en el barrio. Y mientras una multitud observaba cómo la Policía se llevaba las armas robadas, en el bar vecino, muy fuerte, un fonógrafo cantaba el himno irlandés. Una ama de casa tarareaba melodías gaélicas. Y Danny O'Ryan, con gafas negras y gorra gris, asistía al fracaso de una esperanza. Su expresión era ansiosa. Hablaba solo, en gaélico, limpiándose el sudor de la frente. Las lágrimas brotaron en sus ojos y dijo a un periodista: «Los tambores de los de Orange sonarán esta noche. Cuando nuestro Ejército sufre una derrota, ellos suelen desfilar por las calles con tambores. No hemos tenido suerte esta vez. Pero seguiremos adelante. Nuestra victoria ha sido moral. No, no puedo creer que entre nosotros exista un traidor. Pero, de lo contrario, ¿cómo explicar esto?..»

En alguna parte, en Londres, un hombre se vuelve a cada paso para ver si le sigue su guarda de cuerpo. Sabe que está condenado y que, tarde o temprano pagará.

Pero la película no ha terminado. Siguen muchos puntos interrogantes. ¿Quién es el delator? ¿Cómo se arreglarán los irlandeses para llevar a cabo sus planes? Los nombres son conocidos, y también los propósitos. Otra pregunta se plantea para el extranjero: ¿Es

que este pequeño motín valía la pena de poner en alerta a toda Gran Bretaña? Una mirada rápida a la trágica historia de Irlanda nos convencerá mejor que cualquier otro argumento. No se trata de un nuevo monstruo del Loch Ness para distraer la atención en un momento crítico del país. Para ello sobran los platillos volantes. La progresión en el curso de los siglos ha sido lenta, inexorable. Y quizá tenga razón mister James Dillon cuando, hace pocos días, afirmaba, en Donngal, que «la paciencia es el único medio de suprimir la división nacional...»

«SIEMPRE LA TIERRA»

Todo comenzó con un irlandés de por medio y una mujer.

En el fondo de los resentimientos históricos irlandeses, siempre está la tierra. «Yo he nacido y vivido sobre esta tierra», dice el irlandés. «La he creado con mis manos. Seguiré en ella o mataré a quien intente quitármela». Los dramas sangrientos se desencadenan incluso si se trata de un terruño pequeño, que en Irlanda es lo más corriente. Los irlandeses son prolíficos. La herencia se reparte equitativamente entre todos los hijos. Resultado: las propiedades son pequeñas.

EL «HOME ROULE»

En 1914, el Gabinete Asquith hizo aceptar el principio de autonomía interna, el «Home Roule». La guerra impide su aplicación.

1916: En Irlanda, terreno predilecto para el espionaje, estallan insurrecciones. El Parlamento proclama la República de Irlanda; su Presidente, De Valera.

Londres no acepta y continúa la guerrilla hasta terminada la primera guerra mundial. Para poner término a la guerra civil desencadenada por el partido Sinn Fein (Nosotros mismos), el Parlamento inglés vota un «Home Roule», que consagra la separación de Irlanda en el Ulster, protestante, y el Eire, católico. Cada sección tiene un Parlamento distinto. El Sur no está conforme.

6 de diciembre de 1921: Nace el Estado Libre de Irlanda (Staortat Eiream), autónomo, como el Canadá, en el seno de la Commonwealth.

1937: Los diputados del Eire no tienen ya que jurar fidelidad al Rey de Inglaterra.

1949: Merced al «Bill Attlee», Eire rompe sus últimos lazos y se transforma en República. Pero... Pero una cláusula hace la siguiente reserva: «En ninguna circunstancia, Irlanda dejará de formar parte de los territorios de S. M. sin el consentimiento del Parlamento de Irlanda del Norte.» No cabe duda de que los protestantes del Norte no votarán nunca la unión con el Sur. Los nacionalistas católicos cultivan, pues, la agitación con actos simbólicos, como los de Pomeroy, Armagh, Omagh y los recientes de Arborfield y Kimmel Park.

ULSTER, EN LA ACTUALIDAD

Veamos cómo han ido evolucionando en el curso de estos últi-

mos años los dos Estados irlandeses. Los seis Condados del Norte, Derry, Austrim, Dawn, Arnach, Tyrone y Fernamagh, cubren unos 13.587 kilómetros cuadrados. El número de habitantes no llega a los dos millones. La capital es Belfast. El Parlamento, con sede en Stormont, elige trece diputados, que participan en la Cámara de los Comunes. El Ulster forma parte del Reino Unido. Sus habitantes son en su mayoría protestantes, y no aceptan el «Home Rule», que ellos llaman el «Roma Rule». Dicen que consagra la «dictadura de Roma». Decididos a «no ceder un palmo de terreno» a las pretensiones de los del Sur, han formado un Ejército de voluntarios los unionistas o partidarios de Orange —unos cien mil—, que han jurado defender el Ulster al precio de su vida, y adoptan a menudo medidas de excepción contra los católicos. Consideran a los católicos del Ulster como ciudadanos de segunda zona. Han privado de su mandato a los diputados del Sinn Fein elegidos en 1951. Los elegidos este año lo conservarán, pero... en la cárcel.

En Ulster, el sufragio popular sigue dominado por la ley del censo. Cuarenta por ciento de los ciudadanos no pueden votar por «insuficiencia pecuniaria». Y los trescientos mil electores virtuales afectados son en mayoría católicos. Los principios han sido establecidos de tal forma que a 70.000 sufragios nacionalistas corresponden 12 escaños; a los 57.000 anglicofilos, 23; casi el doble de escaños por un número de mitad inferior de electores. Los protestantes están protegidos por 5.000 soldados británicos en pie de guerra, 5.000 territoriales y 10.000 policías especiales armados. Los policías deben ser todos protestantes.

«STAORTAT EIREAN» O ESTADO LIBRE DE IRLANDA

¿Qué ocurre en los Estados irlandeses del Sur? Primero, una gran ventaja. Los irlandeses están en su casa.

Pese a que la renta nacional no es elevada —unas 7.000 pesetas anuales por persona—, las estadísticas de la O. N. U. afirman que el récord de calorías por persona ha sido batido por Irlanda. Se atribuye el hecho a la riqueza en calorías del alimento nacional: la patata.

El escritor irlandés Sean O'Faolain dice que en Eire la cuarta parte de la población no se casa o lo hace muy tarde. Puede, añadimos nosotros, que lo piensen mucho antes de comprometerse a mantener una familia, a menudo numerosa, en un país en las condiciones en que se ve obligada a vivir Irlanda.

Los ingleses arguyen que «el estado actual de Eire no es un artículo de exportación, y preguntan qué harían con los seis condados del Norte». Pues, sencillamente, esto: recuperar lo suyo. ¿No es éste un argumento suficiente acaso?

Cristina TERUEL

EUROPA, AÑO CERO DE LA LIBERACION

VIENA, CAPITAL DE LA MELANCOLIA

NI TERCER HOMBRE, NI CUATRO EN UN "JEEP", NI DANUBIO ROJO

MERCADO DE MARIDOS A DOS MIL DOLARES

SOBRE la Stalinplatz, en Viena, se yergue una columna rematada por un gigantesco soldado, homenaje a sus camaradas soviéticos caídos cuando la liberación de la ciudad. Delante de la columna, un tanque soviético monta la guardia sobre dos tumbas.

A diez metros del tanque, un turista americano le vuelve ostensiblemente la espalda, no por desprecio, sino para efectuar la preparación furtiva de su Kodak. El turista americano se siente de-graciado, porque no puede servirse de su fotómetro ni de su telémetro, auxiliares preciosos del fotógrafo aficionado, y no está muy seguro de poder lograr la foto que se propone hacer. Pero cuando uno se juega la libertad—o quizá la vida—es preciso arriesgarse. Entreabre, pues, su abrigo, a pesar del frío, asoma el aparato, y gira sobre sus talones de la manera más natural posible. En el pequeño y brillante rectángulo del visor, adivina, más que ve, el monumento. Aprieta el disparador, se vuelve rápidamente, con una plegaria silenciosa en los labios, y se aleja con un paso que quisiera ser descuidado. Ya a su espalda el centinela, que por fortuna había desaparecido tras un bosquecillo, se dispone a darle el alto; el turista aprieta el paso; el soldado ruso apresta el fusil que llevaba colgado a la espalda, lo levanta... apunta... un segundo... dos segundos... ¿Alcanzará el turista la esquina de la



plaza, para doblar por la calle Bruckner, antes de que parta la bala fatídica?...

Pues sí. Detrás de él, el soldado soviético no ha tocado el fusil, porque no hay centinela ruso delante del monumento desde hace mucho tiempo. Si hubiese uno, es de suponer que estaría habituado a ser fotografiado por los turistas, como sus camaradas, durante las paradas mensuales, y se sentiría tan fastidiado como ellos, porque nadie viene jamás a traerle una copia que podrían enviar a sus mujeres, sus novias o sus amigos.

No obstante, el turista americano llevará esta foto a su casa, y sus amigos experimentarán como él un pequeño estremecimiento, y después partirán a su vez con la American Express para encontrar la ciudad de Carol Reed y de Orson Welles.»

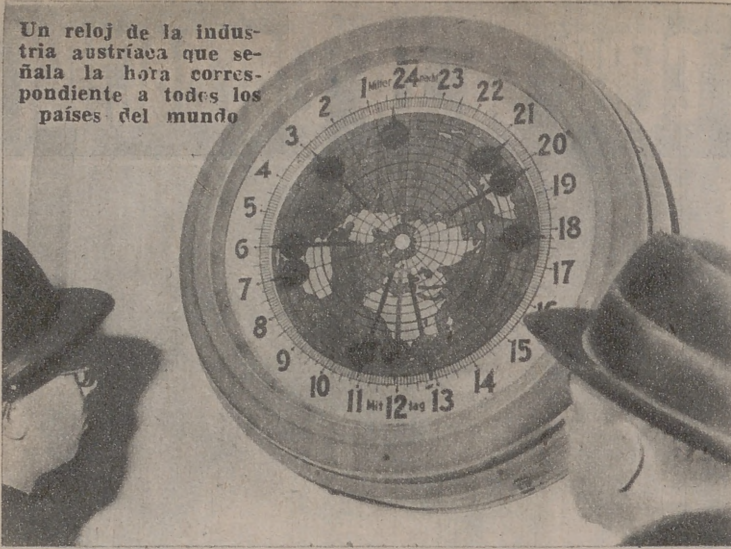
Estos párrafos han sido escritos por Claude Vausson en su libro «Autriche», y los he transcrito íntegramente, porque creo que difícilmente puede darse una imagen más exacta y aguda de lo que hoy es Viena y de la men-



La guerra les había separado. Un día inesperado madre e hija se encuentran en la estación de Viena cuando se habían perdido todas las esperanzas. La alegría fué traducida en emocionante llanto. — Abajo: Muchachas austriacas en una fiesta popular

talidad—trabajada por el cine—con que el viajero ingenuo llega, sobre todo si es de noche, como me pasó a mí, a esta ciudad.

Un reloj de la industria austriaca que señala la hora correspondiente a todos los países del mundo



Uno, al apearse del tren, espera oír los primeros compases de la famosa música del «Tercer hombre»; al tomar un taxi para dirigirse al hotel, mira por la ventanilla, para ver a los cuatro soldados del «jeep» en cualquier calle; y si se cruza un puente del Danubio, uno cree ver apoyada en la barandilla, contemplando melancólicamente las aguas del río—que no son azules, como dice el vals, ni rojas, sino verdosas—a una de esas muchachas a lo Hildegarde Neff, que ha perdido todo en la guerra, que ha elegido la libertad en Viena y que se sabe perseguida por la Policía secreta soviética, que quiere llevársela a Vorkuta.

Ya en la habitación del hotel, uno escruta la ciudad, oscura y silenciosa, lavada por la lluvia, y piensa en su vida secreta nocturna; en alguna parte estará Harry Lime, con su sonrisa cínica, con su aventura. ¿Dónde?

EL ÚNICO SUPERVIVIENTE DEL «TERCER HOMBRE»

¡Ay, con todo esto pasa lo mismo que con el centinela soviético del monumento de la Stalinplatz! No hay centinela; no hay «cuatro en un jeep»; no hay Danubio

rojo; no hay Harry Lime, y para escuchar la música de Anón Karas hay que visitar su «Heurigen» en el barrio de Sievering. Allí está con su cítara el único superviviente de la Viena del «Tercer hombre».

El monumento de la Stalinplatz no tiene nada de bello, ni nada de impresionante. El tanque ruso está medio comido por la herrumbre (Curzio Malaparte decía que los tanques cuando se oxidan huelen a cadaverina) y la gente que por allí pasa o pasea, ni siquiera advierte su presencia. Están ya muy lejanos los tiempos en que tanques como éste rodaron por las calles de Viena hundiéndose los adoquines y con su tripulación tártara sonriendo malignamente a las vienesas. En realidad, lo único impresionante de todo esto es que hoy en Viena, tantas veces escudo de la cristiandad, haya una plaza que lleve el nombre de Stalin. En París, donde también hay una plaza de Stalin, la cosa no tiene gran importancia. En Viena sí, porque Viena es como el portalón de Europa que da al Asia...

El «jeep» de los cuatro P. M. de la ocupación—Rusia, Estados Unidos, Inglaterra y Francia—

hace tiempo que fué vendido en el «rastrol» de los automóviles, y hoy circulan en un «haiga» americano pintado de blanco y negro. Ahora, también estos automóviles, provistos de una sirena de película de «gangsters», serán vendidos «al peso», probablemente a la propia Policía austriaca, pues oficialmente ha terminado la ocupación aliada, aunque los Ejércitos no se hayan retirado todavía.

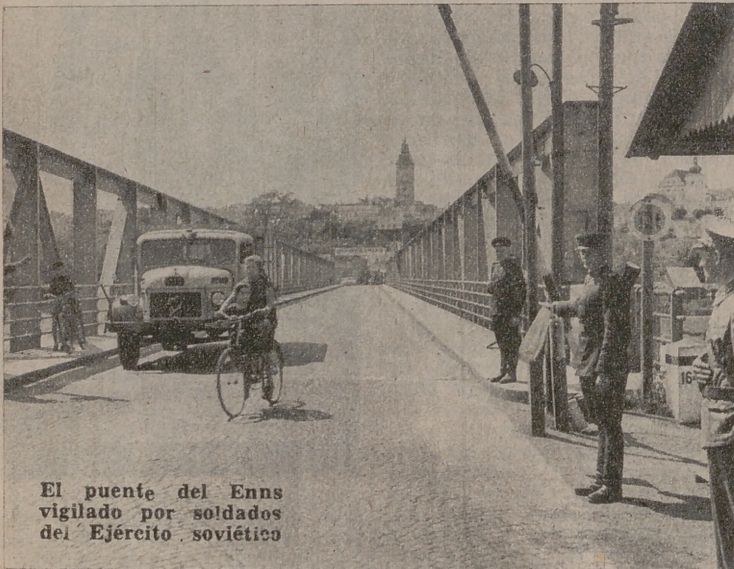
No. No existe ya la Viena de tantas famosas películas de esta posguerra. Para el vienés, esto es una gran fortuna; para el turista, sobre todo si es americano y aficionado al cine, es una pena. Una ciudad sin leyenda es bien poca cosa. Y las leyendas de los bosques de Viena son demasiado rancias para evocarlas. El vals, que hizo soñar a nuestras abuelas en brazos de nuestros abuelos, cuando eran todavía mozos y llevaban bigote a lo «Kaiser» y cuellos de celuloide, se han convertido en una industria, como la cerveza, y se exporta a todo el mundo en esas «latas» de conservas que son los discos de gramofono, o de «pic-up», como se dice ahora. Yo creo que es precisamente en Viena donde los valsés suenan peor, porque uno tiene plena conciencia de que allí juegan el mismo papel que las castañuelas, las panderetas y los damasquinados de Toledo, en los escaparates de nuestras tiendas proveedoras de «souvenirs d'Espagne».

POR QUIEN DOBLARON LAS CAMPANAS

Decía antes que a mí me impresionó el hecho de que en Viena hubiese una Stalinplatz, pensando en que esta ciudad, durante siglos, fué el «limes» o el «glacis» de la cristiandad. Los Solimanes turcos llegaban con su media luna, siguiendo el curso del Danubio hasta las puertas de Viena. Llamaban a ellas con sus alfanjes, recibían una buena granizada de flechas o de arcabuzazos, según los tiempos, y volvían grupas hacia Constantinopla. En Viena todo el mundo estaba en las viejas murallas circulares, detrás de una almena, desde mucho antes de oírse los olifantes de guerra del infiel. Y es porque cuando éste se acercaba, las campanas de la catedral de San Esteban comenzaban a repicar solas, milagrosamente, como es fama que sucedía también en Velilla, en España.

Esta vez, las campanas de San Esteban se quedaron mudas. O si tañeron—que yo creo que sí—nadie las oyó. Un cañonazo se llevó una de estas campanas de bronce, que suenan como la «Berenquela» de la catedral de Santiago, poniendo en conmoción todos los cristales de la ciudad. Esta vez, Asia logró penetrar en la fortaleza de Europa, con la media luna de su martillo comunista, y como testimonio de la conquista, ahí está el soldado soviético de la Stalinplatz, con su bandera de bronce, que con el tiempo se va volviendo rojiza.

Diez años han estado los rusos en su zona de ocupación, aunque el límite interzonal no haya tenido nunca la rigidez del de Berlín. Tampoco los controles de documentación personal fueron tan severos como en la



El puente del Enns vigilado por soldados del Ejército soviético

capital alemana. Y, sin embargo, la gente que no vivía en sector soviético evitaba el tránsito por esa parte de Viena, más triste, más deprimente, que el resto de la ciudad. También lo mismo que en Berlín.

En esto y no en otra cosa se advirtió la presencia eslava y comunista, aunque casi invisible, pues así como los americanos son muy callejeros, los rusos siempre viven como aislados de la población civil, rodeados por su cinturón de desconfianza, temerosos siempre de «contaminarse con el podrido mundo burgués». Al anochecer, en alguna calle desierta de la Viena roja, pueden escucharse todavía canciones rusas, largas y tristes, que canta algún perdido grupo de soldados, borrachos y violentos, con una violencia infantil que uno nunca se explica.

Los vieneses, que son alegres y optimistas, aunque me gustaría que me dijese por qué, no se resignaron jamás a tomar en serio a los rusos, como antaño tampoco se habían resignado a tomar en serio a los alemanes y especialmente a los prusianos, por los que sentían una especial repulsión. Creo que les llamaban «Pifken», y el nombre lo han heredado los rusos. De éstos se vengaban con los trucos más ingeniosos, que han hecho reír a todos los vieneses. Hay soldados rusos que todavía deben estar perdidos por ahí, siguiendo las indicaciones que les dió algún vienes, con toda clase de detalles erróneos, pero suministrados con la más burlona cortesía.

En cambio, los rusos vivían encantados en Viena, donde, si se tiene cierta sensibilidad, puede percibirse cierta atmósfera eslava, casi oriental, sugerida abundantemente por los pómulos de las vienesas.

Si tenemos esto en cuenta, tal vez lleguemos a creernos esa historia, un poco extravagante, según la cual las muchachas del Cuerpo auxiliar del Ejército rojo, en cuanto se enteraron de que iban a ser devueltas a su paradisiaca Rusia, se apresuraron a insertar anuncios en los periódicos, ofreciendo su blanca mano, más dos mil dólares contantes y sonantes, a los vieneses que quisiesen aceptarlas por esposas, adquiriendo así la nacionalidad austriaca y evitándose el regreso a Moscú, Leningrado u Odesa.

Yo hojeé los periódicos de Viena en busca de estos anuncios, con la intención de coleccionar algunos y reproducirlos aquí. Pero no vi ninguno, de lo que deduzco, o bien que esta historia fué inventada por los vieneses muy aficionados a estas cosas, o bien que cuando yo llegué a Viena se había terminado el cupo de auxiliares femeninos del Ejército rojo con una cuenta corriente de dos mil dólares.

De todas maneras, el asunto es bastante divertido y creo que si las muchachas rusas hubiesen hecho tan sensacional oferta, no les faltarían candidatos, pues los vieneses, acostumbrados a vivir por encima de sus medios, son capaces de cualquier cosa por dos mil dólares, que es una bonita suma, a condición de que no se trate de alguna auxiliar como las que yo ví por el Ring,

Un músico vienes instruye a su hijo en los secretos del flautín

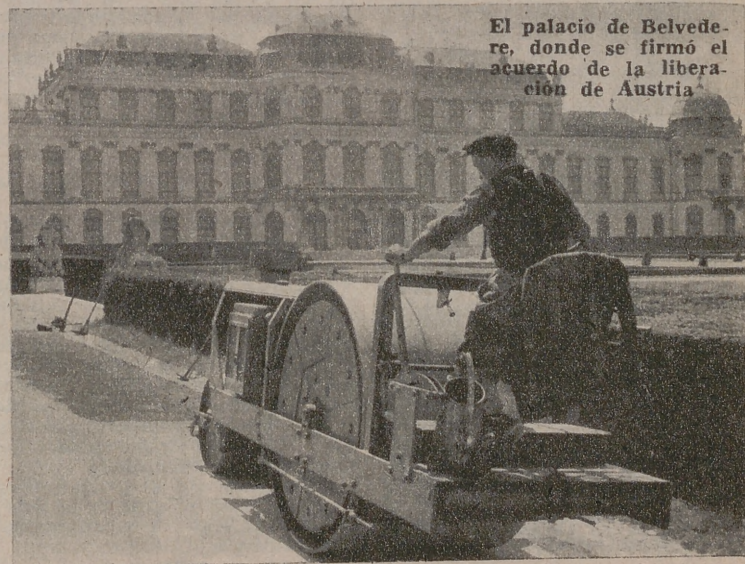


con cara bastante aceptable, pero con un tipo repelente, de esos que «fabrica» la alta costura rusa para uso de conductoras de camiones de ocho toneladas.

Los rusos, como ustedes saben, han estado explotando concienzudamente a Austria, exprimiéndola como un limón, y a lo largo de los próximos diez años seguirán cobrando los intereses de su política de ocupación hasta rondar los 150 millones de dó-

lares. Yo espero que los austriacos no lleguen a pagar nunca esta suma, pues ya es sabido que esta clase de deudas, como las que se contraen con el sastre, pueden ser diferidas hasta el infinito.

La última «razzia» soviética ha sido organizada por las esposas de los oficiales y jefes del Ejército rojo de ocupación. Dado que en Rusia el señor Malenkov tuvo que cantar la gallina ante el



El palacio de Belvedere, donde se firmó el acuerdo de la liberación de Austria

Soviet Supremo por haber dado preferencia a la industria ligera sobre la industria pesada, y dado que tan espectacular rectificación de conducta irá acompañada por una ya crónica escasez de bienes de consumo, las esposas de los referidos militares, en vísperas de regresar a Rusia, se lanzaron al asalto de las tiendas de «arts menagères» que hay en Viena, comprando a toda prisa planchas eléctricas, cacerolas automáticas, neveras, etcétera. Y también, claro está, medias de cristal, ropa interior e incluso papel de cartas, que en Viena es de excelente calidad. Una vez en Moscú, podrán presumir ante sus amistades, o hacer un estupendo negocio, vendiendo a precios escalofriantes estos artefactos eléctricos.

Con esto se cierra un capítulo de diez años de ocupación. Por fin, ha venido el reflujó de la marea, y la ola roja va a retirarse por lo menos hasta la frontera rumana. El único tanque ruso que quedará en la ciudad será el de la Stalinplatz, y nos imaginamos que también éste se marchará un día, desmontado y con destino a un depósito de chatarra.

AUSTRIA ACROMEGALICA

El que más a gusto se sentía en la imperial ciudad danubiana era el francés. Los vieneses sentían especial predilección por él, porque en el fondo siempre han querido ser unos franceses centroeuropeos, y Viena siempre una hermana gemela de París. Y lo es, desde luego, al menos urbanística y arquitectónicamente. La diferencia fundamental está en el ambiente; ustedes recordarán, quizá, lo que dijimos sobre París en una crónica anterior: que simbolizaba como ninguna otra ciudad europea, la idea de la Monarquía. Viena simboliza la idea del Imperio. Pero mientras en París la estructura de la sociedad se acomoda a las formas de vida republicanas, la sociedad vienesa puede decirse que todavía conserva una estructura

monárquica, al menos en sus manifestaciones más externas. Un marqués sigue siendo un marqués, con todos sus fueros sociales intactos, y todo el mundo vive dentro de las convenciones de su clase, heredada y operante. Omitir un título en el tratamiento de una persona, puede ser considerado como una ofensa, y por si alguno de ustedes va algún día a Viena, les transcribiré el consejo que a mí me dió un amigo austriaco:

—A toda persona bien portada que te presenten, dale el título de señor consejero. Y en caso de duda, emplea siempre el tratamiento de doctor. Es infalible.

Es infalible, en efecto, porque en Viena, salvo algunos desgraciados, todo el mundo es consejero ministerial, doctor, o ambas cosas. El hecho de que el señor consejero tenga una tienda de zapatos, o que el doctor trabaje como camarero, no quiere decir nada. La categoría social no está determinada por la profesión ni por los ingresos, sino por los títulos académicos o estatales, y es por esto por lo que decía más arriba que la estructura de la sociedad vienesa no responde a la de una república democrática, que ha abolido, sin ninguna convicción, todos los títulos nobiliarios.

La tragedia de Viena es la del «quiero y no puedo». Esta deliciosa ciudad fué cabeza de un gran Imperio, del que se dijo que había que inventarlo si no existiese. Es una cabeza acromegálica para un cuerpo encogido dentro del corsé de montañas que le puso el Tratado de Saint Germain. El Imperio de los Habsburgo quedó reducido a una modesta superficie de 83.850 kilómetros cuadrados, con una población total de menos de siete millones de habitantes, más de dos millones de los cuales viven en Viena. Ningún Imperio sufrió jamás un crepúsculo tan rápido y definitivo, después de perder una de tantas guerras como había librado a lo largo de la Historia, y se comprende que el impacto de tan fulminante caída siga operando, al cabo de dos generaciones, sobre estos optimistas y alegres vieneses, en los que, no obstante, se percibe siempre un fondo de melancolía y de frustración, que llevan resignadamente, pero que aflora cuando llega la hora de las confidencias. Sale entonces su resentimiento contra una evidente injusticia de la Historia, su falta de ilusión en el porvenir, que apenas puede ofrecerles nada, y, sobre todo, su extraordinaria facilidad para la evocación.

Evocación de tiempos pretéritos, que conocieron la dulzura de vivir, cuando en los salones de Schönbrunn, con las ventanas abiertas y llenas de luz, sonaba el vals y crecían princesas y grandes duquesas que después eran exportadas a todas las cortes europeas. Tiempos aquellos del «tu felix Austria, nube», de la más dorada aristocracia, de la más refinada diplomacia, del Congreso que se divertía.

—¡Aquella era otra Viena!—le dicen a usted meneando la cabeza con tristeza—. Y aquéllos eran otros tiempos.

Y uno piensa en Mayerling, en Schönbrunn, en Belvedere, bajo la nieve y en tantas historias que remató aquel pistoletazo de Sarajevo. ¡Absurdo pistoletazo, que no mató a un archiduque, sino a uno de los Imperios más ilustres y civilizados de la Tierra! Para que después nos hablen de las devastaciones de la bomba atómica...

Si, amigos míos, Viena es hoy la capital de la melancolía de Europa. Sólo le quedaba la capitalidad de la psiquiatría, y también ésta se la están arrebatando los americanos. Hemos de ser comprensivos con estos vieneses que nunca están satisfechos de nada; que están protestando de todo y contra todo, desde la escasez de los salarios hasta la calidad de la cerveza, y que acaban de recibir la libertad, como un donativo, de manos... de los rusos. De verdad que su situación no puede ser más paradójica. En 1938, Austria pasó a ser una especie de provincia alemana. En 1939, sus hombres lucharon en la Wehrmacht en el frente del Este. Alemania perdió la guerra. Austria fué considerada no como un enemigo, sino como un amigo sojuzgado, y, finalmente, tuvo que soportar diez años de ocupación de sus amigos, para quedar ahora «neutralizada», basculando entre el Este y el Oeste. Todo esto, no tiene sentido para Austria ni para Europa, que bien caras ha pagado las consecuencias de dejar abierta la puerta que da a las llanuras danubianas.

LA GUERRA DE LAS ORQUESTAS

Y entretanto, para terminar esta primera crónica sobre Viena, les diré a ustedes que el buen pueblo vienes está dividido en torno a una cuestión peliaguda, de difícil solución y que ha llegado incluso a los hogares, enfrentando a padres con hijos y a hermanos con hermanos.

Ocurre, señores, que la mitad de los vieneses son «hinchas» de la Orquesta Filarmónica de Viena, y la otra mitad de la Orquesta Sinfónica. Los conciertos de ambas grandes orquestas constituyen uno de los temas fuertes de las tertulias de los cafés—a los que tengo que dedicarles una crónica—, y se dan en un clima parecido al que reina en Madrid en vísperas de jugarse un partido de fútbol entre el Real Madrid y el Atlético.

Al escribir esto no pretendo buscar un contraste cultural entre ambas capitales, porque, también es verdad que el Rapid de Viena, con su juego sevillano, concita los más fervorosos entusiasmos y los más atroces odios de la numerosa clientela futbolística vienesa.

M. BLANCO TOBIO
- (Enviado especial)



Una manifestación femenina en Viena para pedir por la paz y la seguridad del mundo. En carroza de flores el símbolo de la paz: una paloma y un globo

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

VILLAVERDE, DISTRITO DE LA ARGANZUELA



UN "PEQUEÑO TANGER" A LAS PUERTAS DE MADRID

EL BARRIO INDUSTRIAL QUE CRECE Y PROGRESA A UN RITMO ACELERADO

Entonces ese paisaje, que comenzando en el puente de Praga tenía como horizonte los brazos abiertos del Sagrado Corazón del Cerro de los Angeles, se componía de la pura y monda meseta y una arboleda rectilínea de postes de luz con su cosechita de aisladores de porcelana. Nieves nos acarrea por aquellas fechas, harto dolorosas, a la colonia de Orcasitas, donde cierta asociación católica realizaba una labor de asistencia social y apostolado sobre una docena o poco más de familias obreras. Orcasitas era por entonces una iglesia en construcción y un puñado de casas humildes. Un poco más allá, Villaverde alzaba la torre de su parroquia sobre otro montón, algo más nutrido, de casas. Y del puente de Praga al Cerro, unos barbechos y unas chabolas aisladas señoreaban casi exclusivamente la geografía de Castilla.

En estos veinte años una difícil sementera ha dado ya su cosecha, y a lo largo de esa misma carretera tan sólo un barbecho cierra las varillas de abanico de sus surcos al paso del coche de línea que recorre este sector del distrito municipal de La Arganzuela. Como termómetros de la trayectoria de nuestra posguerra, los cipreses rojos de unas chimeneas de fábrica marcan la fiebre laboral de Madrid. Nada más cru-



Modelos edificaciones

Iglesia de Villaverde

HACE casi exactamente veinte años el coche de Nieves Sáenz de Heredia subía, tosiendo y jadeante como un asmático, por la carretera de Córdoba. Era uno de aquellos inefables «Roadster», artefacto milagroso capaz de albergar en su carrocería—casi de punto de lana por lo elástica—hasta seis pasajeros de espíritu indomable dispuestos a destruir todas las leyes físicas de impenetrabilidad de los cuerpos.

zar el puente comienza la zona industrial, y ya en las Carolinas (ya Villaverde) se alza una primera fábrica, flamante, impecable, sin estrenar aún, gritando en rojo y azul el nombre comercial de la marca de refrescos «Pepsi-Cola». La carretera se está convirtiendo en calle: ladrillo, cristalerías enormes, chimeneas; una calle que a las siete de la tarde se viste de «monos» desteñidos por la jornada al pie del torno

y de la cizalla y quemados por el brasero de los hornos.

EL UNIFORME HUMANO

Tiene un aire como castrense esta legión azul portadora de «monos» desteñidos. Nada más abandonar la carretera general, al pie del letrero que discrimina Villaverde Alto de Villaverde Bajo, una larga teoría de hombres a pie o en bicicleta (el cestillo, huérfano de pitanza, atado al soporte tras el sillín) se encamina a los dos Villaverdes en busca del descanso. Hace veinte años marchaban tras la pareja de mulas; hoy, junto al camino asfaltado, apuran la jornada tres enormes máquinas, como tres megaterios color naranja, clavando la mandíbula afilada de acero en la tierra, que un día palpita en puro pan, para allanar un solar que albergará a ochocientas familias de obreros. Las máquinas ruedan sus neumáticos masticando los terrones de color ocre. Es eso: Villaverde 1955.

Por detrás de la explanada corre la tapia interminable de una de las más veteranas industrias de Villaverde: Boetticher y Navarro. Esta fábrica, de donde salen diariamente ascensores, compuertas de embalse, turbinas hidráulicas y toda serie de manufacturas mecánicas, llegó aquí hace quince años, cuando Villaverde era tan sólo el paisaje que se divisaba desde el «fotingo» de Nieves. Hoy, un jardín y una huerta rodean instalaciones, talleres y fundiciones donde trabaja más de un millar de operarios; hoy funciona allí una escuela de formación profesional, escuelas de enseñanza primaria para hijos de productores, comedores, campos de deporte con piscina, y docientas cuarenta y tres viviendas construidas por la acción conjunta de la Empresa y la Obra Sindical del Hogar. Junto a ésta, y sin solución de continuidad, se alcanzan otras fábricas e instalaciones industriales: Euskalduna, Hierros Madrid, Fundiciones Iglesias, Marconi y otras industrias metalúrgicas y de todos tipos. Son, en total, unos once mil obreros metalúrgicos empleados. Y de todas las ramas industriales, más de veinticinco mil obreros en total global.

Se justifica el atuendo azul desteñado de Villaverde.

EL MILAGRO DE LA INDUSTRIA

Aquí, junto a la carretera, un montón de hierros retorcidos, cu-

biertos de herrumbre que parecen el esqueleto de un animal fabuloso. Sería difícil reconocer su origen si no fuera porque junto a ese montón, otro, presenta un aspecto más familiar. Son timones de bomba de aviación, muy bien afilados, con apariencia inocente; como si, hace años, no hubieran llevado a la muerte cabalgando entre las aletas. ¿Cuántas personas vivas representa la jubilación de esta pirámide? A pocos metros, otra fila de proyectiles sin espoleta, y otra más. Uno quisiera saber si ese extraño ciclo anular de todas las cosas se cumple aquí también; si, tal vez, estos proyectiles y estos timones fueron en otro tiempo panzudas ollas de hierro, o sartenes en donde un día cocieron sabrosas morcillas y chisporrotearon cándidos huevos fritos como margaritas doradas con puntillas coruscantes. Porque lo cierto es que dentro de unos días, o unos meses, todo este inquietante cadáver de la destrucción entrará por una puerta de la fundición y, tras un procedimiento exacto, indiferente, saldrá por la puerta de embalaje convertido, de nuevo, en panzudas ollas y en sartenes innumerables, a empezar o terminar de nuevo su ciclo y a charlotear la canción de la sopa o el crepitar del huevo frito. Así me lo han explicado en Manufacturas Metálicas Madrileñas, S. A., que está montando junto a la vía del Ferrocarril Madrid-Toledo, cerca de la carretera transversal de Leganés, una enorme fábrica en donde hoy existe una febril actividad constructora. Las naves, los talleres, van surgiendo de la tierra; y donde hoy canta aquel peón suelto, dentro de unos meses, el ruido ensordecedor de la máquina hogará todas las canciones para entonar el solo de tenor de las laminadoras. Mil obreros tendrán aquí su pan y el de los suyos. Surgirán viviendas y campos de deporte, y escuelas profesionales. Y todo ello se alimentará de ese montón informe que fué la guardiña de la Muerte.

Manufacturas Metálicas Madrileñas lleva gastados varios millones de pesetas en la construcción de estas naves. Pero eso es nada comparado con el coste de la maquinaria; de Norteamérica, de Alemania, de nuestra propia Patria llegarán máquinas por valor de 150 millones de pesetas; sólo las laminadoras representan un gasto de 60 millones. Claro

que luego, los cinco o seis millones de pesetas que mensualmente exporta la fábrica ya montada en Legazpi (con sus 2.500 obreros) y su aspecto de sanatorio de lujo) se incrementará notablemente. Fundición, laminación de acero y productos transformados, es el objeto de esta modernísima fábrica que contribuye a crear en Villaverde una de las zonas industriales más potentes de España.

UNA COMPLETA TEORIA DE FRASCOS

Pero no todo son industrias metalúrgicas. No muy lejos de aquí, entre la carretera y Orcasitas, Giralt Laporta, S. A., fabrica sus cristales. Ante las vitrinas, resplandecientes, del muestrario es difícil contener la sorpresa frente al paisaje lleno de sugerencias cotidianas. Porque aquí, lleno de su sevillana mercancía para llamar más fuertemente a la memoria, está estallando de ampulosas aceitunas gordales el frasco que nos tienta en la mantequería; y en este agosto ardiente de Madrid, un envase de cerveza El Águila nos trae a la mente paraísos de frescura. No hay un nombre en la farmacopea española; no hay una marca de licores, de refrescos, de conservas que no tenga una réplica vacía en estos estantes.

Pregunto, al azar, por un frasco, el de penicilina. La respuesta es impresionante: tres millones de frascos. Y uno piensa la cantidad de pulmonía que hay que producir para amortizar esta cifra. Algo más simpática es esta otra, anual, de botellas del champagne Freixenet: de siete a ocho millones de unidades al año; todo un «mirvana» embotellado.

La sorprendente variedad de las formas se acentúa en la vitrina de envases para perfumería, donde el cristal hace los más extraños esguinces y ondula en las más atrevidas curvas. Pero el «chef d'oeuvre» de la botillería es un envase que reproduce la airosa figura de un torero; está destinado a un licorero de Málaga que lo utiliza casi exclusivamente para la exportación a Colombia de sus productos.

—La dificultad de esto—me aclaran—es que el vidrio debe tener exactamente el mismo espesor en la boca que en el fondo.

Frascos, frascos, en una teoría interminable. Desde el de 2 centímetros cúbicos de contenido y 7 gramos de peso, hasta este tarro de pepinillos, capaz de envasar 6 litros.

Ochocientos obreros españoles lanzan diariamente con máquinas españolas y materias primas españolas, 25 toneladas diarias de envases; en una jornada de tres turnos, porque el horno no se apaga nunca y su aliento de 1.300 grados jadea a lo largo de meses y meses.

Manufacturas Metálicas y Giralt Laporta han sido dos botones de muestra entre una serie de industrias que como Euskalduna, S. A., Vers, la Minerometalúrgica del Estañ, Hierros Madrid, etc., etc., están marcando el final de una etapa y el principio de otra en el paisaje industrial de Villaverde.

En la carretera Madrid-Toledo un cruce a la izquierda y un cartel: A Villaverde, un kilómetro



Aunque parezca mentira, con la Puerta del Sol a siete kilómetros, Villaverde es La Arganzuela. Y abarca una zona amplia, dentro de la cual figuran estos que antes eran auténticos poblados: Villaverde Alto, Villaverde Bajo, Colonia «San Fermín», Orcasitas, Usara y Almendrales. Son, señores, cerca de cuarenta y cinco mil habitantes en aquel lado del caudaloso Manzanares; toda una ciudad. Antes de nuestra Cruzada, Villaverde tenía un censo de dieciséis mil habitantes, lo que representa un 281 por 100 de aumento de población en veinte años. Tan sólo desde 1948 hasta hoy esa población ha crecido en volumen en un 30 por 100. Esto es todo un dato.

CON LA IGLESIA HE-
MOS TOPADO

Como es lógico. Porque la parroquia de Villaverde se divisa desde cualquier punto, con su torre cuadrada, increíblemente airosa en su mole.

El párroco, don Felipe González, tiene un aspecto como de seminarista en vacaciones; aseguraría que no llega o pasa poco de la treintena. Unas gafas de montaje al aire delante de un rostro joven, muy de sacerdote del momento actual. No me hacía mucho a la idea de que ese hombre con aire de licenciado en Filosofía y Letras, de pulcra sotana y pulcro lenguaje, fuera el pastor de una grey de miles de almas; pero así es.

Resulta que, a pesar de su cordialidad, don Felipe no puede decirme casi nada de su parroquia, porque don Felipe ha tomado posesión hace poco más de quince días y es casi tan forastero como yo en Villaverde.

—Usted, claro está, llega ahora del Seminario—digo yo con aire de hombre anciano.

—Exactamente. He sido profesor del Seminario Mayor durante los últimos siete años.

Sensación impresionante de planchazo. Este curita con cara de seminarista es todo un profesor.

—¿Qué opina usted de su parroquia?

—¡Si acabo de llegar! Apenas conozco a nadie.

—¿Le parece pequeña?

—Me parece grande: Villaverde Alto y Bajo, Colonia «San Cristóbal de los Angeles» y colonia «Santa Catalina».

—¿Muchos feligreses?

—Mire usted, no puedo citarle cifras. Pero le dará idea de lo transitorio de ellas saber los niños que he bautizado en los dos domingos que he pasado aquí.

—¿Cuántos?

—Un domingo, doce; el otro, seis.

No cabe duda de que Villaverde crece.

—¿Qué le parece Villaverde?

—A mí, en mis quince días de espectador, me da la impresión de ser un Tánger en miniatura en cuanto al elemento humano. Aquí hay hombres de todas las regiones españolas. Incluso hay extranjeros.

—Buena gente?

—Buena gente.



El Ayuntamiento de Villaverde sin torre-reloj que lo caracterice

—¿Y el ambiente?

—Esto es tremendamente industrial. Yo no consigo encontrar monaguillos porque todos los muchachos van a las escuelas de formación profesional.

—¿Encuentra usted lógica la calidad de distrito madrileño que tiene esta zona?

—Por supuesto. Esto no tiene nada de pueblo. Con decirle que el otro día, en un acto religioso, pregunté a los que me acompañaban quién era uno de los asistentes y no supieron decírmelo...

—¿Es usted el único sacerdote aquí?

—No. Está el coadjutor, don Francisco, que tampoco lleva más que un año en Villaverde.

—¿Entonces tampoco...?

—Entonces me temo que no le pueda informar mucho. Mire usted—y abraza con el gesto un mobiliario, reclutado a medias en la sacristía y a medias prestado.

—Sí, sí; ya veo.

—Este es el despacho parroquial, reunido a toda prisa. No he tenido tiempo de traer a mis familiares ni mis muebles. ¿Cómo quiere usted que haya reunido ya recuerdos?

Es verdad. Levanta la mano del montón de doce o catorce expedientes matrimoniales pendientes de trámite (Villaverde crece) y estrecha la mía. En la puerta surge la última pregunta.

—¿Qué desearía para su demarcación?

—Colegios de religiosos. Todavía para niñas hay uno de religiosas. Pero los chicos necesitan también el suyo. Es muy sensible.

—Efectivamente. Adiós, don Felipe. Y, ¿por dónde se va a las

casas que acaba de adjudicar la Obra Sindical del Hogar?

—Siga por esa calle de la izquierda.

—¿Todo seguido?

—Todo seguido.

Hay que atravesar todo Villaverde Alto. Se toma una calle de extraño nombre: calle del Oxígeno; a la izquierda de un hermoso edificio novísimo, la calle desemboca en la plaza del Ayuntamiento, que no parece ni Ayuntamiento ni nada, falto de la clásica torre del reloj. La plaza tiene bastantes árboles y presenta un aspecto tentador bajo el agosto castellano, implacable. La calle tuerce aún más a la izquierda y desemboca, al fin, en una explanada de buen tamaño.

En el centro, sólidos, airosos, se alzan siete edificios que hormiguean de hombres sudorosos falsamente encanecidos de cemento y polvo. Un gran tablero anuncia que estas obras pertenecen a la fase experimental de construcción de 408 viviendas por la Obra Sindical del Hogar. Luego buscaremos la estadística; vamos ahora en busca del hombre.

UN TAUMATURGO DEL
LADRILLO

Que se llama Santos y es el encargado de las obras en uno de los grupos. Es sólido también, con ese aplomo especial de hombre que sabe lo que se pesca, que tienen todos los encargados de obra. Me acompaña por ésta, donde dos obreros tratan de introducir un tablón de cuatro metros por un recodo inverosímil. Con cuatro palabras este taumaturgo del ladrillo consigue que se haga pasar el madero. Es estu-



Sobre el seco campo de Castilla se levantan edificios dedicados a la industria

pendo. Lo conseguiría hacer pasar igualmente a través de una caja de cerillas.

Los bloques, que por fuera parecen sanatorios—uno de ellos tiene un tanto por ciento grande de fachada dedicado a ventanales—, tienen por dentro aspecto de obra bien terminada. a pesar de que falta el toque vistoso de la pintura y los herrajes. La instalación eléctrica va montada en tubo Bergman y el solado y la carpintería están cuidadosamente realizados. Los muros por su parte exterior son de ladrillo visto.

—¿De cuánto, amigo Santos?

—De pie y medio hasta la segunda planta. De ahí hasta la cubierta hidráulica se reduce a un pie de espesor.

Porque estas casas son de cuatro plantas. El bloque que estoy visitando tiene ocho viviendas por planta, con una cierta forma de «U» que deja un amplio patio entre las dos alas, lo que permite que absolutamente todas las viviendas sean exteriores.

Hace falta ver un piso, claro está. Este que abre un diminuto recibimiento a nuestro paso sería, por ejemplo, el sueño dorado de mi amiga Clotilde, que lleva seis años esperando encontrar uno así para casarse, aunque su novio es sospechosamente más estoico y contemplativo en ese aspecto. Tras el recibimiento, al cual se abre un pequeño cuarto de aseo con lavabo, inodoro y ducha de agua fría y caliente, aparece un comedor de buenas dimensiones. «sanctasentórum» futuro de la vida familiar, con un precioso balcón terraza y un medio punto que se abre a un espacio donde se puede instalar una pequeña cama. Con el comedor comunican tres dormitorios, uno grande y dos más pequeños. Y una cocina de reducido tamaño que, no obstante, posee en su recinto una cocina de las llamadas «bilbainas» y un lavadero de piedra artificial. La cocina, con su correspondiente termosifón.

Sobre los planos que cubren una pared de la oficina me muestran un espacio entre los grupos, destinado a plantar una pequeña zona verde.

Las obras, me dice Santos, comenzaron en diciembre del pasado año y están ya próximas a su conclusión, que se fija para el mes de octubre.

Antes de marcharme me presentan a uno de los adjudicatarios de viviendas, que está trabajando de peón en las obras. «Valencia» —es frecuente designar, en las obras y en los cuarteles, a los hombres por el nombre de su patria chica, a manera de apodo—, con su boina encasquetada hasta las cejas blancas de polvo y con el aire cortado del que se encuentra sin previo aviso ante una pregunta que va a salir en los papeles. Cuando concluye nuestro diálogo, la cosa está diáfana: Valencia vive con su mujer y dos hijos en una habitación que le ha cedido su madre política, y si bien, según el chiste famoso, «sale» una suegra admirable de cada ciento de ellas, la de Valencia—según parece—pertenece al honesto 99 por 100 restante.

—¿Se van a hacer más grupos, Valencia?

—Eso se lo dicen mejor a usted en Sindicatos.

Y me voy a Sindicatos.

MAS VIVIENDAS

José Bañales Novella tiene que llevar toda la labor sindical en una Delegación que tiene adscritos 25.000 productores.

—Y dentro de algún tiempo tendrá otros seis mil más.

—¿Y eso?

—No se puede hacer idea del ritmo a que se están construyendo e instalando industrias en esta zona. Sólo la fábrica de Manufacturas Metálicas, que se construye cerca del casco urbano de Villaverde, va a tener más de 4.000 operarios.

—Esto creará grandes problemas, ¿no?

—Algunos. Pero, sobre todo, el de la vivienda.

—¿Qué se hace en este aspecto?

—Acaba de comprobarlo usted en las viviendas recién adjudicadas.

—¿Presupuesto?

—Catorce millones de pesetas.

—¿En qué condiciones se entregan?

—Los beneficiarios pueden adquirir las viviendas mediante una pequeña prima de amortización.

—¿Que representa...?

—Hay varios tipos de viviendas y varios tipos, por tanto, de primas; pero la mayoría no excede a las 100 ó 125 pesetas mensuales. Bañales es hombre serio, de exacta precisión en sus palabras.

Me habla del proyecto, ya en realización (iniciada por los megaterios de color naranja de que hablé) de otras dos fases de construcción de viviendas, 712 en total que, comenzadas hace ocho días, tienen como plazo de realización el de ocho meses.

Los futuros nuevos inquilinos están alegres con su suerte. Este es, por ejemplo, Emilio Gómez, treinta y nueve años, segunda Bandera del Tercio, en el frente de Teruel, obrero de la construcción actualmente, que ha conseguido una vivienda.

—Y usted estará contento con su nueva casa, ¿no?

—No me diga. Aquí, a mi mujer, le dió un ataque de nervios cuando se enteró de que nos había tocado.

Su mujer afirma con la cabeza. Yo no puedo evitar mirar a un niño diminuto que duerme tranquilamente en uno de los artefactos que aquí llaman camas. Drotea, que así se llama la esposa de Emiliano, lleva escrita en la cara la historia de estos cinco años.

Tengo a mi alrededor a media colonia Antonia que, incansable, me hace recorrer, una tras otra, casi todas las antiguas viviendas. Es sorprendente, casi increíble, cómo—por ejemplo—Tomasa Villar (a quien también ha tocado en suerte un piso) consigue mantener impecable el diminuto zquizamí en donde habita con su

esposo y dos hijas de quince y dieciocho años de edad.

Pero la habitación brilla como una ascua, de relimpia; con el pavimento de trozos de baldosín como si lo hubieran dado cera. Y las ropas immaculadas, y las colchas cuidadísimas. Y el jalbegue de las paredes como recién dado.

El marido de Tomasa está también trabajando en una fábrica. Una de las hijas está en Marconi, «haciendo cuadros para teléfonos, ¿sabe usted?» Se ve que la prosperidad de esta familia es mayor. Pero cuatro metros cuadrados escasos eran pocos metros. Las nuevas viviendas serán, por fortuna, más espaciosas.

Algo así le pasa a Pascual Benaya. Pascual tiene dos habitaciones, es decir, una y la cocina.

Pascual se siente feliz con la adjudicación de su vivienda.

LA CARA DE LA MONEDA

Vuelvo hacia el coche de línea dando una vuelta con el agente de Policía Urbana Rodríguez Cabrera, hombre erudito, que me informa de que allí «pernoctan» no sé cuántos hombres y mujeres y una teoría interminable de niños.

Gentilmente me acompaña un rato, pero luego me abandona para tener a raya a los participantes en un juicio de faltas que se va a celebrar.

—Pero, ¿éste no es un sitio pacífico?

—Sí, señor. Aquí lo único que hay son peloterías entre vecinas; es un barrio muy tranquilo.

Y así es, efectivamente, a pesar de sus cuarenta y pico mil habitantes y su fisonomía humana tangerina.

EL MUNDO ES UN PAÑUELO

Lo digo porque aquí, a los veinte años, recupero la imagen y el aspecto campechano —y atlético— de don Alejandro Tomás, que fué panadero en Orcasitas cuando lo del «Ford» de punto de lana. Hombre agradable y cultivado, me enseña el grupo de casas que está construyendo, un alarde de modernidad y de estética, que alinea sus dos pabellones de fachadas alegres, pintadas en colores atrevidos y de buen gusto. Tomás ha invertido aquí sus buenos cuatro millones, y coopera así al crecimiento de este Villaverde, que ya no es Ayuntamiento, sino Alcaldía de barrio, y que no tiene nada que envidiar a muchos otros barrios madrileños.

Cuando le dejo, camino del coche, después de evocar aquel desierto que fué Orcasitas, me sale al paso, en la calle, algo que no entona con el ambiente: con aire irritado agita las alas y me vuelve su opulenta espalda de señora obesa, un magnífico ejemplar de oca de Toulouse. Así es la vida (suspiro); mira que una oca en La Arganzuela...

Fausto DE LIMA
(Fotografías de Angel Riesgo y de Mora.)

MRS. CLAIRE BOOTHE LUCE EN LA COSTA BRAVA DE CATALUÑA

**"DENTRO DE UNOS
AÑOS SERA UN
IMPORTANTISIMO
CENTRO TURISTICO"**

BASTANTE difícil resulta el localizar a un personaje que pase unas horas de incógnito descanso escondido entre las calas rocosas de la Costa Brava.

Todos los años, y cada vez más, se esconden de toda publicidad entre los pinos de un accidentado litoral ilustres veraneantes que, con su absoluto retraimiento, adquieren un aire de hombre furtivo en el pinar marítimo.

La embajadora norteamericana en Roma, mistress Claire Boothe Luce, con su esposo, mister Henry Luce, propietario de los semanarios «Life» y «Time», de la revista deportiva «Sport Illustrated» y la financiera «Fortune», acompañados de mister Burgess, subsecretario del Tesoro norteamericano, han pasado unas cortas vacaciones de «week end» en la finca que la actriz Madeleine Carroll tiene sobre la cala rocosa de Rocas Planas y entre los pinos del Putxet de la Cadira.

Suele decirse que la Costa Brava no anda sobrada de hoteles. Puede que sea cierto, pero no da esta impresión a quien tiene que localizar a una embajadora entre los hoteles y residencias privadas de un litoral costero que tiene más de sesenta kilómetros de longitud desde Blanes a Port-Bou. Tuvimos que valernos del método de eliminación para rastrear por teléfono toda la Costa y hacer en poco tiempo una labor digna de las radiopatrullas.

Por fin, el mayor número de probabilidades estaba alrededor



de la residencia de la actriz Madeleine Carroll.

DEL AMPURDAN A LA COSTA

En automóvil atravesamos la angostura montuosa del «Congost» para entrar en el Ampurdán, la comarca madre de la sardana. A la derecha, las montañas de la gran corchera, que se extiende hasta la raya del mar; a la izquierda, la línea del río Ter con su carrera guardada por cho-

pos, y sobre ella, las estribaciones de un Pirineo suave, que declina rápido hacia la costa, como un río en cascada hasta apagarse del todo en la eterna serenidad del mar clásico, el del aceite ribereño, la norma y la medida.

El Bajo y el Alto Ampurdán es una comarca partida por gala en dos, pero sin dejar de tener por ello una unidad armónica de tierra llana rodeada y circunscrita, como una sardana. A un lado y otro de la carretera, los campos fértiles y las masías, mechones de alcornocal sobre los montículos. La carretera es a veces recta y otras remonta una cresta de montes cultivados. Antes de llegar a La Bisbal, que es cabeza del Ampurdán Bajo, remontamos una de estas crestas desde la que se divisa un espléndido paisaje. A la espalda, el fondo de las montañas Gabarras sobre las que se recorta la ermita de Los Angeles, y enfrente, la gran extensión de tierras que van a besar al mar de Rosas, el de las ruinas de la vieja Emporium, un día extremo occidente de la magna Grecia. El pequeño golfo y gran bahía de Rosas es la gran muesca de este



La embajadora de los Estados Unidos en Italia, con su actual marido, Mr. Luce, durante su estancia en España

paisaje, al fondo del cual se destaca, más allá de la línea de Francia, la mole del Canigó, que es como el último coletazo del fondo almogávar de montañas en declive.

Pasada La Bisbal, otra vez la subida hacia la panorámica y luego el terreno llano, para volver a subir de nuevo antes de comenzar un conjunto de curvas denominadas «revols de Torrent», por las cuales se entra en el llano de Palafrugell, al que llegamos ya de noche. Aquí se siente ya la brisa. Es la proximidad del mar.

Una de las principales poblaciones de la industria taponera es esa de Palafrugell, donde chirrían fábricas y talleres que cortan corcho en pequeñas rodajas o discos, como fábricas de una extraña moneda sin acuñar. El campanario de Palafrugell está truncado, como el símbolo más exacto de una ciudad de tanto corte. Encima de un montículo hay un depósito de agua municipal suspendido por pilastras, como un hórreo grandioso y redondo.

Cruzamos después la población de San Juan para llegar a Palamós, ciudad que es ahora el portavoz de este litoral por medio de la emisora R. E. M. 40, «La Voz de la Costa Brava». Palamós es puerto de mar bien protegido y lugar de amarre, no solamente de embarcaciones de pesca, sino también de barcos de tonelaje mediano, que traen a él materia prima para la industria del corcho y se llevan para el extranjero la mayor parte de su producción. Tiene Palamós unos siete mil habitantes, aunque en la temporada veraniega reside en esta ciudad una población flotante mucho mayor. El poder creador de Palamós se ha manifestado en la organización de la emisora portavoz de este litoral veraniego, en el museo llamado Cau de la Costa Brava, en una oficina de turismo y en otras muchas cosas, entre las cuales están las muestras artísticas de trabajo de gubia sobre corcho virgen y aglomerado.

El paseo marítimo está animadísimo a estas horas de la noche, y hay un lujo de bombillas frente a los bares y a lo largo de este paseo de árboles y sombrillas.

Como el lugar de nuestro destino informativo está a bastante distancia más abajo, al otro lado de una larga playa de curva suave, salimos para San Antonio de Calonge, situada en la parte central de la bahía de Palamós. En este lugar esperamos el nuevo día, con el que se recordará más claramente la silueta de la Torre Valentina, que es el punto de referencia más próximo al escondido lugar de nuestra misión informativa.

POR EL CAMINO DE RONDA

Muy de mañana recorremos un trozo de carretera hasta llegar al Putxet, poblado de pinos en el que, sobre la segunda cala rocosa, se encuentra la residencia de Madeleine Carroll.

Ya hay turistas en la playa. Quizá pasaron allí la noche. La Torre Valentina es una fortaleza a la orilla del mar construida, como otras varias, para defender

la costa de incursiones piratas. Hoy en la Torre Valentina los moradores sirven, a quien se lo pida, un excelente «suquet», una nutritiva sopa de pescado o un arroz a la marinera. Estos payeses costeros convierten el cobertizo de la masía en garaje de extrañas matriculas de negras o coloradas incógnitas. Hay coches parados en la era, caballos mecánicos donde antes trotaron los de sangre para la trilla al paso.

Pasamos a pie por el lado de un eucalipto frondoso. Una vereda nos conduce al pinar donde se convierte en el consabido camino de ronda para la vigilancia contra el contrabando. Uno de los mejores atractivos de la Costa Brava son esos caminos de ronda, que hay que construir obligatoriamente a la orilla del mar. Quien los haya recorrido con una mochila a la espalda, en especial si ha sido por la noche, no olvida fácilmente el ruido del mar, los reflejos de la luna, el paso lejano e iluminado de los barcos y el olor a bosque de pinos, a brisa, a sal, a unión íntima de mar y de montaña, de algas y resinas.

Pero ahora es de día y con un sol tan brillante que adorna el azul fuerte de ese Mediterráneo que tan pocas veces aparece de color verde, sino que hasta en invierno tiene una calidez cromática que nos muestra su fondo latino y su inconfundible manera acogedora y cordial.

De pronto, en un recodo del camino, hay un pintor con su caballete. «¡Buenos días! Pasa una anciana con un capacho. «¡Usted lo pase bien—», decimos, sin pensar que lo que va en el capacho puede que sea tabaco de contrabando. Si es así retiramos lo dicho. El Fisco es el Fisco, ¡qué carrey!

En la segunda cala, en Rocas Planas, hay bañistas femeninas. Vamos hacia allá a la pesca de noticias. Son extranjeras. Alguna de ellas tiene bastante buen tipo.

EN LA RESIDENCIA DE MADELEINE CARROLL

Les preguntamos si han oído decir que la embajadora norteamericana en Roma descansa en aquellos andurriales. Es la primera noticia. Con las gafas de sol no sabemos si abren los ojos admiradas y ni siquiera si nos miran fijamente.

Otra vez para arriba hacia el pinar. La residencia de Madeleine Carroll es muy conocida en Rocas Planas. Está escondida entre los árboles, que la rodean en una gran extensión. Los indígenas del lugar cuando pronuncian Carroll no lo hacen de una manera suave, así: «Carol». Pronuncian este nombre con mucho ruido de erres para concluir con una elle metálica como un golpe de gong.

Nos acercamos a una cerca de espinos. Al final un pequeño portal cerrado. Seguimos la alambrada para dar con la entrada de coches. Hay biombos de hoja de pino que impiden la curiosidad. Venga a subir por los pinares hasta que damos con una carretera particular con un portalón que dice: «Prohibido el paso».

Un hombre llega en este momento. Resulta ser el guarda de una finca próxima, que pertenece a un escocés. Le rogamos que

nos guíe hacia un lugar donde puedan oírnos y nos conduce hacia la portezuela en la que antes estuvimos. Le contamos nuestra pretensión. Tampoco él sabe nada de cuanto le preguntamos.

—Precisamente, en estos días, hay poco movimiento—nos dice.

Nuestro acompañante se pone a gritar hacia las ventanas de servicio en las que hemos oído un lejano ruido de vajilla.

—¡Ep, ep!, mestresa.

Una sirvienta asoma, al fin y nos hace señal de que no gritemos. Sale.

—¿Es cierto que aquí se encuentra la embajadora norteamericana en Roma?

La muchacha se lleva el índice a los labios aconsejándonos sigilo.

—Creo que sí. Pero ahora está fuera. Ha ido a Palamós en automóvil. Está en misa.

Recordamos que Mrs. Claire Boothe Luce, que era indiferente en materia religiosa, se convirtió después ruidosamente al catolicismo atraída por la palabra del célebre padre Shee.

—Está en misa, pero va a volver en seguida. Vayan ustedes hacia la entrada de coches.

Pese al letrero que prohíbe el paso, penetramos en la finca. La residencia de la actriz Madeleine Carroll tiene un aire mixto de fortaleza gótica y casa de campo catalana. No falta en ella la clásica torre-fortaleza de las masías de este litoral.

SUBSECRETARIO AL VOLANTE

A la entrada hay un automóvil del que sale un señor muy alto que pregunta en inglés qué queremos. Es Mr. Burgess, subsecretario del Tesoro norteamericano, quien nos habla en mangas de camisa. Le explicamos nuestra pretensión de una entrevista. Mr. Burgess se sonríe e insiste en que la embajadora, ha venido a descansar en un corto fin de semana. Al final sonríe y nos dice que está en la iglesia de Palamós, cosa que ya sabíamos por la criada. Dice que él va para allá y puede llevarnos.

Extraña situación la nuestra, ya que a los pocos minutos estamos dentro de un automóvil al lado del conductor que es nada menos que el subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos de América. Jamás pensábamos tener un mecánico de tanta categoría, con su camisa de dibujos y un hablar simpático en una curiosa mixtura de inglés y español. Vamos hacia la salida de la finca y a cada paso difícil para el automóvil («Seat» que conduce Mr. Burgess, nuestro amable acompañante dice «¡difícil!» a lo que nosotros respondemos «yes», por cumplir, «Difícil», «yes», «difícil», «yes».

Cuando hemos descendido ya un buen trozo de la carretera que conduce a Palamós nos cruzamos con un automóvil conducido por una muchacha rubia. Mr. Burgess frena el coche y saluda con gran cordialidad a la joven que se ha cruzado con nosotros. Creemos que es la embajadora, pero no es así, ya que el subsecretario del Tesoro nos presenta diciendo que esperamos a la señora Luce y que hay que ir a buscarla.

El coche con el que nos hemos



Claire Boothe, con el embajador alemán, Von... en un baile de Carnaval, en Roma

cruzado va hacia la finca de Madeleine Carroll y nosotros también damos la vuelta.

Al llegar nos ruegan que esperemos un poco dentro de la sala, pues la embajadora va a llegar en seguida.

Sentados en un butacón miramos unas revistas gráficas extranjeras. La sala tiene unos ventanales que dan al mar. La amplia habitación está adornada con el sobrio estilo del país. No hay cortinajes; las paredes blancas y sin adornos. No falta tampoco el hogar sobre el cual hay unas panchas de maíz que brillan como si tuvieran una capa de esmalte.

Es un ambiente de cal y hierro forjado de una sobriedad absoluta. Alabamos el buen gusto de la actriz Madeleine Carroll, que no ha recargado su residencia con adornos suntuarios, sino que respetó en todo el estilo del país en su más auténtica aceptación rural, que es muy enemiga de lo superfluo. Cada cosa con su utilidad y en el lugar más racional para situarla.

Mister Burgess ha vuelto a salir y al poco rato oímos ruido de automóviles en la entrada.

LLEGA LA EMBAJADORA

Mister Burgess entra acompañado de una señora de aspecto joven que nos presenta como mistress Claire Boothe Luce, aunque nos ruega que seamos algo breves, ya que la señora Luce se encuentra bastante fatigada. Nos presentan también al esposo de la embajadora norteamericana en Roma, mister Henry Luce, propietario de las revistas «Life», «Time», «Sport Illustrated» y «Fortune».

Mistress Claire Boothe era ya célebre antes de dedicarse a la diplomacia. Bajo su nombre de soltera, Claire Boothe, era ya muy conocida como escritora y actriz. Su participación en el periodismo ha sido muy dinámica. Ella misma ha dicho que cuando en Roma oye que hay una manifestación que va por la calle siente el impulso de salir de la Embajada con un lápiz y un cuaderno de notas. «Soy una reportera», ha dicho. Ha escrito una obra titulada «Mujeres», que ha dado la vuelta al mundo. Fue colaboradora de las revistas «Life» y «Time» aun antes de convertirse en la esposa del propietario de esas importantísimas publicaciones.

El señor Luce nos mira algo serio. Teme que fatiguemos con demasiadas preguntas a su esposa, que está aquí para descansar durante un par de días.

Nos sentamos.

Mistress Claire Boothe Luce lleva un elegante vestido azul y

blanco y se cubre el pelo rubio con un pañuelo azul celeste atado a la manera campesina. La embajadora es de una delicada femineidad. Sonríe al decirnos que no piensa hablar de política.

—¿Es la primera vez que visita la Costa Brava?

—En España he estado varias veces, pero aquí es la primera vez.

—Son muchas las personas de sensibilidad que han dado su opinión sobre las bellezas de estos parajes rocosos. ¿Puede la señora embajadora decirnos su parecer sobre este litoral?

—No lo conozco bien, ya que llevo en él muy pocas horas, pero, por lo que he visto hasta ahora me parece maravilloso, aunque esté por descubrir. Dentro de unos años este será un importantísimo lugar de la tierra.

Pensamos que así como España descubrió América, ahora América descubre a la Costa Brava. Son ellos, los americanos quienes fijan más la atención sobre la belleza de esta costa.

—¿Considera este lugar ideal para el «week-end»?

—Incluso ideal para algo más que para el «week-end». No he tenido tiempo todavía de averiguar si es este un sitio sedante o excitante, pero me gusta. ¿Usted ha visto esas rocas que hay ahí abajo?

En este momento insinuamos algunas preguntas del momento internacional. Queremos hablar de las elecciones en San Marino, de ciertos aspectos de la actual política italiana, pero la señora embajadora nos dice sonriente que habíamos quedado en no hablar de política. Tenemos que desistir de las preguntas que habíamos pensado sobre la reforma agraria en Italia, sobre su parecer en la posible peligrosidad del próximo plebiscito en el Sarre, y de varias cosas más de política europea.

—Como embajadora, ¿cree que la mujer tiene mejores aptitudes que el hombre para la diplomacia?

—Tanto monta.

Ha sido una respuesta rápida y halagadora para nosotros. No se podía decir más de dos palabras.

—¿Su opinión sobre la mujer española?

—Muy guapa.

Aquí nos atrevemos a hacer unos comentarios sobre la circunspección diplomática, que nunca se compromete, y nuestra gentil entrevistada sonríe.

—¿Qué semejanza encuentra entre Italia y España?

—Son dos pueblos con una cultura básica común, y esto es muy importante. Existen algunas diferencias pequeñas, ya que cada nación tiene su propia riqueza.

—¿Puedo hablarse de la necesidad de una política mediterránea?

—Si es precisa la paz entre las naciones, también lo es para las que están situadas en las riberas del Mediterráneo.

UN PAIS DE GRAN FUTURO

Han traído un refresco. Es difícil esta entrevista a la orilla

del mar. No se oye un ruido por las ventanas. Estamos rodeados de pinos en una finca cercada por alambre. Nos ofrecen un cigarrillo. Mr. Burgess sonríe, pero Mr. Luce nos parece que continúa demasiado serio.

—Y sobre España, ¿qué puede decirnos sobre España?

Por primera vez Mrs. Claire parece contestar sin medir mucho las palabras. Habla con entusiasmo.

—Ya ha visto cómo han cambiado las circunstancias en las relaciones hispanonorteamericanas. ¿no? uno de mis deseos más ardientes es que España sea cada vez mejor conocida por mis compatriotas y vista todavía con mayor simpatía. Tanta como se merece este simpático país. España es maravillosa, brava y muy valiente.

—Brava como esta Costa—añadimos nosotros, por decir algo.

—¿Se encuentra a gusto en Italia?

—¡Mucho! Pienso permanecer todavía mucho tiempo allí.

—¿Volverá a la Costa Brava?

—Este es mi deseo.

La exquisita femineidad de mistress Claire es un adorno más a su belleza. No queremos cansarla. Nos tiende una mano delicada. Nos despedimos también de Mr. Burgess, subsecretario del Tesoro, y de Mr. Luce.

Ya en la puerta, la embajadora amplía sus declaraciones sobre España.

—Diga que éste es un país de un gran futuro; de un gran futuro.

Una de las sirvientas de la residencia de Madeleine Carroll nos acompaña a la salida. Por ellas nos enteramos que la señora embajadora gusta de las comidas del país, y que tiene buen apetito y humor.

Al llegar al portalón fijamos la vista en el letrero que dice: «Prohibida la entrada». Por entre los pinos no es difícil hallar rápidamente el camino de ronda. Las calas rocosas están allí abajo, donde unos pescadores practican la pesca submarina. A nuestras espaldas, un ruido lejano indica que por la carretera corre el tráfico de automóviles que, en estos días, van y vienen por los distintos lugares de la Costa Brava.

El sol está muy alto ya. Entre los pinos y las rocas, la gran bocanada de luces de esta costa mediterránea.

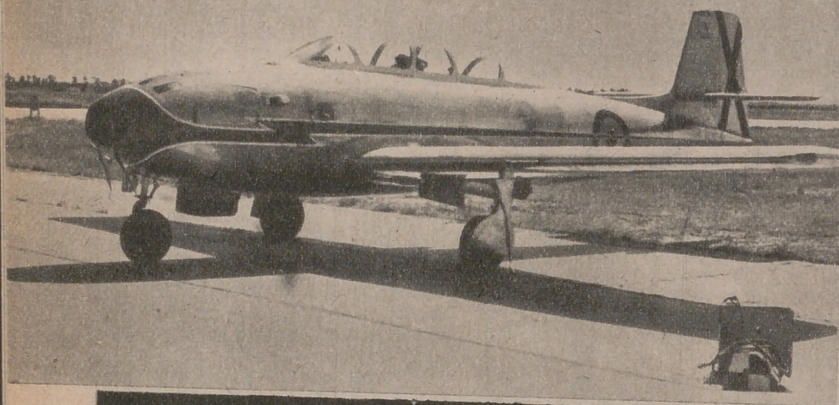
Suena en el bosque un aparato de radio que puntea una sardana. La música parece que anima a un grupo de balandros que juegan a navegar en círculo sobre el azul tranquilo.

Francisco COSTA TORRO
(Enviado especial)



A su llegada a Palermo, la embajadora pasa revista a las fuerzas que le rinden honores

HA VOLADO EL PRIMER AVION ESPAÑOL A REACCION



**LA INDUSTRIA AERONAUTICA
HISPANA PRESENTA UN APARATO
DE CLASE INTERNACIONAL**

PEQUEÑA HISTORIA DE UN PRIMER VUELO

SEVILLA es un oasis. Un oasis con muchas palmeras y bastante calor—treinta y siete grados a la sombra esta siesta!—y el más activo centro de la industria aeronáutica española, para sorpresa de muchos. Dos modernas fábricas, en proceso de expansión, construyen allí aviones para España. Hoy ha sido la Hispano-Aviación la empresa que nos ha proporcionado una maravillosa mañana. Estaba anunciando el primer vuelo oficial del avión HA-200 R-1, designación de una nueva máquina movida por dos pequeños motores de reacción.

He seguido paso a paso el desarrollo de este avión. Primero vino la inacabable serie de diseños en los tableros de dibujo. Un día, en el taller de prototipos apareció la maqueta en madera de tamaño natural. Es un paso previo indispensable: construida en maderas ligeras, es fácilmente transformable, permite hacerse perfectamente cargo de lo que ha de ser el futuro avión, y luego —sobre ella—se planea y estudia la colocación y distribución de los distintos componentes, para iniciar seguidamente la construcción del avión prototipo de verdad, el que ha de volar.

La Hispano-Aviación dispone de un plantel de jóvenes y eficientes elementos, eficazmente conjuntados, y ha sabido también asegurarse la colaboración de un pequeño núcleo de técnicos alemanes encabezado por el famoso profesor Messerschmitt, tan conocido por sus aviones de la pasada guerra. Juntos han trabajado en la creación de una serie de modernísimos prototipos que han salvado el bache que existía en nuestras construcciones aeronáu-

ticas por las circunstancias exteriores de todos conocidas. Y ello ha sido en un plazo récord.

SEIS PROTOTIPOS DIS- PUESTOS PARA EL VUELO

En la mañana del día 16, que amaneció fresca y con el cielo ligeramente cubierto, para hacer-



Arriba: El «Saeta» reposa en la pista, pronto para el vuelo.—El Ministro del Aire conversa con el piloto de pruebas, señor Valiente



Momento en que el sacerdote procede a la bendición del «Saeta»

nos arder poco más tarde, estaban alineados seis prototipos, que detallaremos a continuación, y que representan el esfuerzo de dicha empresa durante los últimos años:

Dos aviones de caza, del tipo HA-1109, versión española de serie del famoso avión Messerschmitt Me-109, núcleo de la caza de la Luftwaffe en la pasada guerra. Uno de ellos es el tipo HA-1109K-1 L, con motor Hispa-

no-Suiza. Otro es el HA-1109M-1 L, que lleva un motor Rolls-Royce «Merlin», llamado «Buchón»—el avión—por el característico aspecto que le da el radiador de su potente motor, en cuyo capot va pintado un gracioso palomo de esa casta. Otra versión de este mismo



El señor González Gallarza examina los motores del reactor después de su vuelo

avión, que en lugar de ser monoplaza de caza, como las anteriores, es biplaza de doble mando para entrenamiento es el HA-1110K 1 L, con el mismo motor Hispano-Suiza que el ya citado HA-1109K 1 L. Ambos van pintados en color gris ratón, mientras el prototipo «Buchón», cabeza de serie, va en azul aviación.

Antes de seguir adelante es interesante hacer constar que la licencia para la construcción de este caza fué adquirida al final de la guerra pasada, pero que el desarrollo y perfeccionamiento de estas versiones es obra exclusiva de los técnicos españoles.

Junto a ellos estaban los tres modernos aviones de entrenamiento, tan necesitados por nuestra aviación, que han sido planeados y construidos constituyendo una evolución completamente homogénea el HA-100 E-1, el HA-100 F-1 y el HA-200 R-1, que hacía hoy su presentación oficial. Vamos a traducir al lenguaje común estas denominaciones.

El HA-100 E-1 es un avión biplaza de entrenamiento, monoplano de ala baja, con motor de émbolo español, el «Beta» de 750 C. V., construido en Barcelona por la Empresa Nacional de Motores de Aviación (E. N. M. A. S. A.). Lleva hélice tripala y tren triciclo completamente retráctil en vuelo, como todos los aviones realmente modernos. Aquí, en Sevilla, le llaman el «Triana»—bonito nombre, aunque mejor le iría «trianero», por ser Triana su barrio de nacimiento—; pero malas lenguas le llaman el «Zanahoria» allá en la villa y corte, aludiendo a su silueta estilizada, con el chato y voluminoso motor de cilindros en estrella en la parte delantera.

El HA-100 F-1 es prácticamente el mismo avión anterior, pero lleva, en lugar del motor español, uno norteamericano, Wright «Cyclone» de 800 C. V. Exteriormente las diferencias son mínimas. Ambos están sin pintar, y sólo llevan—aparte las insignias—una

capa de barniz sobre el aluminio pulido de sus superficies.

Y por fin, resplandeciente y bello, el avión que hoy se iba a cristianar, el HA-200 R-1, cuyas frías siglas traducidas a la realidad significan un primoroso avión de reacción, el primero que se ha construido en España y por manos españolas.

UN JUGUETE QUE PUEDE VOLAR

El nuevo avión se inspira en el mismo diseño básico a que obedece el «Triana». Es, por tanto, un biplaza de entrenamiento, monoplano de ala baja, que en lugar de moverse por un convencional motor de émbolo con hélice, lleva dos turborreactores embutidos en la parte delantera del fuselaje. La entrada de aire de los dos motores es por una única abertura ovalada en el morro, y la

salida de gases es doble, a ambos lados del fuselaje, junto al encastre del ala. De aluminio pulido—con el morro rojo y un relámpago también rojo que se extiende desde el morro hasta detrás de la escarapela rojo y gualda—, resplandecía allí, a la luz un poco gris de la mañana, cuando llegué al aeropuerto sevillano de San Pablo. Más bajo que los otros aviones que le acompañaban en la fila, pues la falta de hélice permite que el tren de aterrizaje sea más corto, parece un juguete, y, sin embargo, su potencia es superior a la de los demás.

Otro importante detalle de este nuevo avión es que es también el primer avión español dotado de cabina a presión, «presurizada», como se va diciendo en un argot técnico internacional.

Los turborreactores son de origen francés, marca Turbomeca, tipo Marboré; pero se ha adquirido la licencia para su construcción en España, y la E. N. M. A. S. A. barcelonesa prepara su fa-

El reactor «Saeta» y el «Triana» en la pista de aterrizaje



bricación en serie. De este modo, cuando el prototipo supere todas sus pruebas, es de esperar que se halle en construcción la serie, que será completamente española. Motores incluidos.

La clase de estos pequeños motores, de 400 kilogramos de empuje estático cada uno, es tal que la licencia de fabricación ha sido comprada—lo mismo que por España—por los Estados Unidos y por Inglaterra. A su puesta a punto en el nuevo avión ha asistido un equipo de la casa constructora, que ha trabajado con todo entusiasmo al lado de nuestros técnicos.

EL NOMBRE DEL AVION ES SEVILLANO

En el campo había pocos aviones, además de los seis que hemos enumerado. Había dos trimotores Junkers Ju-52, los veteranos de nuestro Ejército del Aire, uno de los cuales había traído la tarde antes al excelentísimo señor Ministro; dos pequeños biplanos Bucker, una avioneta de enlace «Taifun», todos de la Aviación Militar, y como representantes del tráfico civil, únicamente un Douglas bimotor de la Iberia, que poco después partiría para Madrid, y las dos flotillas de aviones agrícolas que están fumigando las campiñas y las sierras de este rincón de Andalucía Baja. Más avanzada la mañana cuando acababan de terminar los vuelos, llegó—blanco, azul y plata—un Douglas de la Marina americana.

Llegó el Ministro del Aire, excelentísimo señor teniente general don Eduardo González Gallarza acompañado por otras personalidades, y a las ocho cuarenta de la mañana el reverendo padre don Gonzalo de los Ríos, vicario jefe de los servicios eclesiásticos de la región aérea del Estrecho, se acercó al nuevo avión y le dió su bendición. El nombre iba puesto en los costados de la parte delantera del fuselaje: «Saeta». Como ha dicho el director general de la Hispano-Aviación, don Gonzalo Taboada el nombre—enrañablemente sevillano—tiene una doble evocación: la copla religiosa—no en balde el avión es trianero—y el dardo veloz.

Quedó bendecido el avión, y no bautizado con nombre de «pin-up» y líquidos raros, como en otras latitudes. Listo para lanzarse hacia el cielo.

Se iniciaron entonces los brillantes vuelos de la mañana. Inició la serie el capitán Santa

Cruz, arrojado y experto que exhibió en vuelo—brillante, espectacular—el «Iriana». Realizó escalofriantes pasadas a una altura increíblemente baja, efectuando figuras acrobáticas que mostraron claramente la manejabilidad y potencia del avión y la excepcional habilidad del piloto. Es de esperar que estas cualidades del «Iriana» se mantengan e incluso mejoren en su hermano menor, el nuevo «Saeta».

VOLANDO AL RAS DE LAS CABEZAS DE LOS ESPECTADORES

Preparado su avión, el piloto de pruebas de la Hispano don Fernando de Juan Valiente, antiguo profesor de la Escuela de Reactores de Talavera la Real, subió a la cabina, hizo rodar al «Saeta», dejó paso al Douglas de Iberia que despegaba y a su vez despegó cara al viento en menos de 350 metros de rodaje, entre los característicos silbidos de sus motores.

Por cierto que a los dos operadores del «No-Do», a quienes el señor Figueroa—jefe de realizaciones de la Hispano—había llevado en automóvil, como a mí, a la cabecera de la pista, les faltó poco para verse alcanzados por él.

Apenas elevado unos metros, replegó sus ruedas y voló, brillante como su nombre, bajo los rayos cada vez más fuertes del sol. Realizó un circuito y dos pasadas rápidas a muy baja altura, exactamente sobre las cabezas de los que estábamos congregados en la pista de estacionamiento.

A los doce minutos de vuelo aterrizó sin incidente alguno. El piloto manifestó al Ministro del Aire el normal y satisfactorio comportamiento del avión en su breve e importante vuelo.

Después vinieron las congratulaciones mutuas y enhorabuena de todos a todos, que confirmaban los buenos deseos ya expresados en las pruebas privadas.

No quiere decir esto que todo esté ya hecho. Queda mucho por hacer; este prototipo ha de realizar pruebas exhaustivas, y las posibles modificaciones de detalle que convengan se incorporarán al segundo prototipo, ya en construcción.

Un grupo de técnicos y obreros de la Hispanoaviación posan ante el nuevo avión.—De derecha: El piloto señor Valiente sonríe después de su vuelo

EL «SAETA» SE VENDE-RA EN EL EXTRANJERO

Y se seguirá trabajando incansablemente. Y es muy probable que las esposas de los ingenieros vuelvan a jugar a la canasta a altas horas de la noche, esperando que sus maridos acaben el trabajo de un día que no tiene horas. Como no lo ha tenido en el último tiempo el de los técnicos y obreros del taller de prototipos, dirigido por el señor Figueroa, ni últimamente los del equipo del aeropuerto de San Pablo, encabezado por el señor Esteva. Recuerdo, por ejemplo, la noche del pasado día 11, en que las pruebas previas de motores duraron hasta medianoche, con la asistencia incluso del director general y el director técnico. Y a las siete de la mañana estábamos todos otra vez allí.

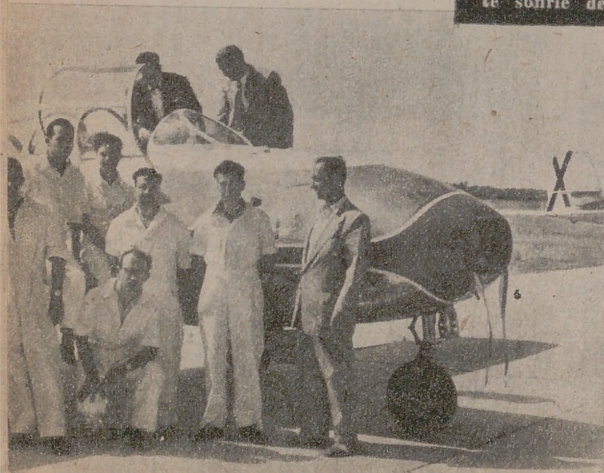
¿Qué representa este avión? ¿Qué posibilidades tiene y qué peligros le esperan en el inmediato futuro?

Para contestar estas preguntas, que a todos los españoles nos interesan, hablé con don Ricardo Monet, director técnico de la Hispano-Aviación, quien—luego de mostrarse muy satisfecho con el equipo técnico que se había logrado acoplar en la empresa—me dijo que el «Saeta» representaba la culminación de la actividad que la empresa—sin abandonar sus trabajos en aviones de combate, de los que no es posible hablar por el momento—había dedicado a proveer a la Aviación militar española de una serie homogénea de prototipos para entrenamiento. Viene a cubrir una necesidad urgentemente sentida en todos los países, y es de una categoría internacional por cuanto se adapta perfectamente a los requerimientos de la N. A. T. O. para tal tipo de avión.

Me dice que, supuesto el éxito de las pruebas, es de esperar se venda en el extranjero, o al menos que se construya con licencias españolas. Muy posiblemente se construirá en Alemania, pues el profesor Messerschmitt tiene dicha licencia para su país.

UN BRINDIS DE PIE QUE HAY QUE HACER SENTADOS

Volvamos al campo de vuelos. El señor Ministro inspeccionó el nuevo avión—en cuya cabina hay una medalla de la Virgen de los Reyes cerca del indicador del número de Mach—, hablando con el piloto de los técnicos, y luego nos dispusimos a presenciar el últi-





Las cámaras fotográficas recogen el momento en que el piloto sube al reactor para iniciar el primer vuelo

mo vuelo de la mañana. El capitán Santa Cruz volvió a empuñar los mandos, esta vez del caza «Buchón», y volvió a repetir las rápidas pasadas rozando el suelo, a las que ya nos había acostumbrado poco antes con el «Triana». Aterrizó, y fué muy felicitado por el teniente general González Gallarza, dejando la mejor impresión en los asistentes.

Acabó aquello y ocurrió, ya en privado, un pequeño incidente, que muestra cómo nuestra tierra española y andaluza sabe integrar las más dispares gentes. Luego de la prueba fuimos en grupo a tomar una cerveza en el bar del aeropuerto, donde siempre se acierta cuál es la tapa que Julia nos trae con los «dobles». Se puede asegurar que son patatas fritas, lo mismo que el señor Esteva pedirá patatas fritas para las mismas.

El caso es que en el grupo estaban casi todos los técnicos españoles que han puesto a punto el avión y un par de alemanes que han colaborado estrechamente con ellos, además del francés monsieur Peru, de Turbomeca, que encuentra a Julia muy inteligente y comprensiva, y yo, único representante en aquel momento de la Prensa.

Pues bien, uno de los alemanes—siento no recordar sus nombres—se levantó, levantó su brazo y brindó en puro germano:

—Prosit!

Todos, deferentemente, nos levantamos como un solo hombre, con nuestros vasos en la mano. Pero hacía calor y estábamos en Andalucía, y se estaba mejor sentado, y no... bueno, y el fotógrafo de la Hispano, que se había subido a una silla para enfocar al grupo entero, nos dijo:

—Pero, bueno, si se ponen de pie, ¿dónde me subo yo para hacer la foto?

Claro está que el ceremonioso Prosit se disolvió, y todos nos sentamos, sonrientes y felices; el avión era una realidad luego de dieciocho meses de trabajo.

Y cuando acabó todo, nos marchamos de aquel oasis donde se

había olvidado la existencia de nuestro viejo amigo el sol, que me iba a hacer acabar aquel mediodía con todo el gazpacho disponible.

Dario VECINO

ALGUNOS DATOS TECNICOS DEL AVION

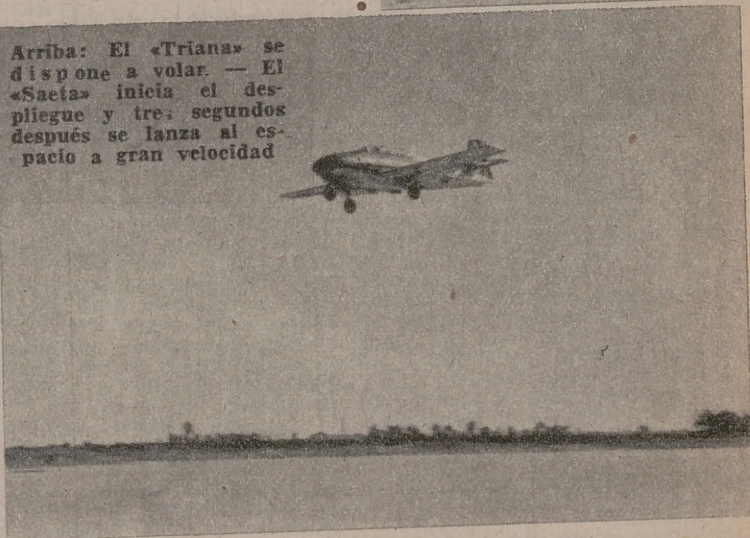
El «Saeta» tiene un fuselaje metálico, de sección circular, y 8,88 metros de largo. El ala es monolarguera, de dural y alciad, con alerones y flaps del tipo «Fowler» de ranura. Tiene una envergadura de 10,42 metros. Mide 2,85 metros de altura total.

Pesa en vacío 1.446 kilos, y al despegue, 3.212. Puede llevar en total 745 litros de Kerosene, que es el combustible que utiliza, entre los dos depósitos centrales y los dos suplementarios en los extremos de las alas. Con ellos puede volar durante cerca de cinco horas.

La velocidad máxima que el avión puede alcanzar es de 710 kilómetros por hora a 9.000 metros de altura, siendo su número de Mach 0,8, es decir, que puede volar a ocho décimas de la velocidad del sonido. Puede subir hasta 12.000 metros de altura.



Arriba: El «Triana» se dispone a volar. — El «Saeta» inicia el despegue y tres segundos después se lanza al espacio a gran velocidad



EL AGUA QUE CANTA Y CUETA

El río Segura a su paso por Orihuela



PARADOJAS DEL SEGRA

POR PUEBLOS MO FANTASMAS Y HUTOS CASI COLGANTES A EL RIO DE LAS SORISAS

ES el río de las tremendas y muy reales paradojas. Crea y destruye. Creó por sí sola la vega de Murcia, y Murcia cada año tiene su alma en vilo pensando en las sorpresas del Segura. Egipto es un don del Nilo, en decir de Herodoto, y Murcia lo es del Thader, que así es su nombre en la antigüedad.

Y Murcia, y Orihuela, y otras más, lo saben. Miran y miden cada día sus aguas. Se asoman para ver si está allí, donde lo dejaron la noche anterior. Tiene que ser así, porque es comprobar si podrán seguir viviendo. Si alguien lo toca—que en este caso sólo pueden ser los ingenieros de la Confederación Hidrográfica—resuenan las caracolas por el valle de naranjos y limoneros en toque de rebato. Y no es figura literaria esto. Una realidad, repetida e imponente.

Toma sus primeras aguas en tierra de Jaén. Pero inmediatamente se hace levantino. Levantino quiere ser y levantino es en todo y por todo. Práctico, productivo. Y poco dado a la leyenda y al verso. Eleva la renta hasta el máximo, y huye de la literatura. Su folklore literario apenas admite colección.

Se descuelga de unos montes entre pinos y otros árboles, y luego con brava entereza ataja por tierras casi inhóspitas, curas, rebeldes al agua, para luego crear, como contrapunto de su amarga experiencia, las tierras más feraces y fecundas. Y lo entrega todo, toda su agua, hasta llegar casi exhausto a los arenales de Guardamar.

Sale de quicio, sí, cuando las lluvias arbitrarias y absurdas, le dan agua sin orden ni concierto. Pero no es el principal culpable. Lo es en un 70 por 100 su tributario Guadalentín o Sangonera.

Ofrece a España y al mundo

naranjas, limones, arroz, pimienta, pelo de pescar y seda. Y sigue trabajando, produciendo por días y por centímetros cuadrados. Agua de beber facilita a Murcia, y aguas medicinales proporciona en Archena.

Corre por cuatro provincias—Jaén, Albacete, Murcia y Alicante—, pero estas dos últimas son sus predilectas. Por Jaén desciende irascible y bravucón; en Albacete se deja, por hacer bien, que le estrangulen su curso hasta formar las imponentes hernias de los pantanos; y en Murcia y Alicante, quieto y sosegado si no le producen taquicardia las lluvias y afluentes, se entrega a la sinfonía de la huerta.

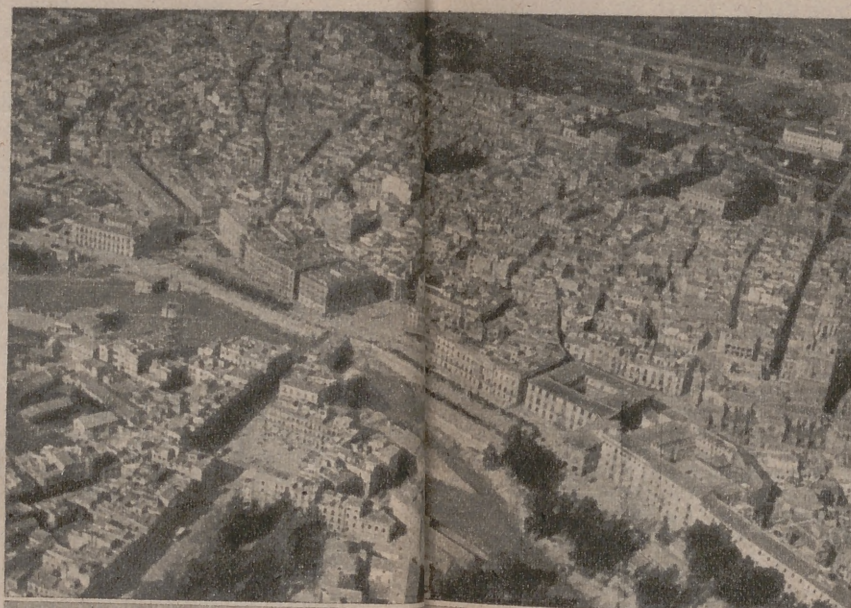
A Murcia le ha concedido un título: «Sagrario de la Santa Fecundidad». Lo ha proclamado un poeta.

PUEBLOS FANTASMAS BAJO UN PANTANO

He aquí su partida de nacimiento: En sierras de Segura, provincia de Jaén, partido judicial de Orcera, término de Segura de la Sierra y cerca del caserío llamado Fuentes del Segura. Hijo de la cordillera Ibérica. Ramblizos y arroyos le dan forma en Fuentes del Segura, a una altura de 1.442 metros sobre el mar.

De Granada, de Almería, de Jaén, de Albacete, Murcia y Alicante recibe aguas. Tal es su cuenca, aunque las dos últimas llenan el 82 por 100 del total. Un total que suma 14.432 kilómetros cuadrados.

Cuenca, a la que la Naturaleza le ha puesto vallas, que son las más altas cumbres de las sierras de Segura y Alcaraz por el Este; la sierra de Las Estancias, al Sudoeste, y las de Almenara, Carrasco y Columbas, al Sur.



A vista de pájaro la ciudad de Murcia ofrece esta panorámica con el Segura, que divide en dos la capital. — Abajo: Naranjos, palmeras y limoneros, el Segura discurre en curso en medio de un vergel



CORRE POR CUATRO PROVINCIAS Y PROCLAMA EL TRIUNFO DE LA FECUNDIDAD EN LAS VEGAS DE MURCIA

Así protegido y garantizado—a veces con exceso—inicia la marcha, a poco de nacer, por la provincia de Jaén en dirección Nordeste, pasa por Casicas de Segura y Miller, y, cerca ya de Albacete, recibe el primer tributo de Agua: el río Zumeta. Junto al cortijo de Las Huelgas es el encuentro, cuando ya tiene el Segura 32 kilómetros de vida. Pinos, muchos pinos, que luego han de servir de cajas para el envase y transporte de los frutos de las huertas, y hombres son los testigos de su paso. Y ganado menor. Montes altos le hacen el decorado.

Tuerce al Norte, y ocho kilómetros establece las diferencias jurisdiccionales entre Jaén y Albacete. Penetra en esta última enfilado al Nordeste. A los 22 kilómetros, otro mensajero con agua: el Tus.

A su izquierda, y no a la orilla, ha dejado a Yeste, con su castillo medieval y su iglesia del siglo XVI, que construyó el vizcaino Ortuño del Villar.

Aquí, el primer pantano: el Fuensanta. Estamos en Albacete y, sin embargo, lleva un nombre de Murcia, de su Patrona. Y es que el nombre geográfopopular anterior era bastante fatídico: Estrecho del Infierno. Una mujer hizo la liberación de ese estigma nominal: doña María Cordero de La Cierva, en súplica al entonces ministro de Fomento. Año 1928. Pero no empezó la explotación hasta 1933.

Ficha del Fuensanta: Concebi-

do para defensa contra las inundaciones. Pero sus aguas valen también para ampliación y mejora de regadíos y para producir energía eléctrica. Unos 82 metros de altura tiene su presa, que retiene 256.653.000 metros cúbicos de agua. Y una energía anual de 37,5 kilovatios hay en sus aguas, que saltan de octubre a abril con un caudal de 18 metros cúbicos por segundo. Como sólo hacen falta ocho metros cúbicos por segundo para las necesidades agrícolas de las vegas inferiores, el Fuensanta reclamaba otro embalse, que ya está a punto de terminarse: el Cenajo.

Avaricioso de agua, impresionante por su grandiosa lámina de agua entre montañas, el Fuensanta ha llevado la tranquilidad a miles de agricultores de las vegas media y baja del Segura. Pero, como prenda mágica, ha hundido en su seno casas y poblados, que en los años de sequía surgen a la superficie como pueblos fantasmas.

EL RIO QUE PIERDE UN AFLUENTE

Así es Albacete. Albacete ha perdido casas, viviendas bajo la masa de agua del Fuensanta. Y de sus 15.000 hectáreas de regadío—proporción muy relativa para la economía provincial—ha de perder tierras, tierras fecundas, en holocausto de los pantanos de Talave, Cenajo y Camararillas, que también tienen sus vasos en territorio albaceteño. En término de Hellín, precisamente.

Albacete es una provincia en lucha, en esfuerzo por su bienestar. Mira al suelo, pero mucho más al cielo. Es agrícola. Más de 727.000 hectáreas de terreno agrícola en el 1.443.000 de superficie total. Y el resto, forestal o improductivo. Cereales, viñedos y olivar. Madera y esparto. Ganado. Y contra ellos, sequías y heladas. Defensas: riego y cooperativas.

Hellín ha dado espacio a tres pantanos. Tierras perdidas. Pero sus diversas fábricas de picados de esparto, y una de fabricación de sacos, mueven remunerativamente los brazos de 4.500 personas, de las que el 75 por 100 son mujeres. Y pide. Ya en 1946 se otorgaba la concesión de 1.000 litros de agua por segundo para regar sus 4.000 hectáreas de secano y el abastecimiento de la ciudad.

Y sigue el Segura. A 11 kilómetros más abajo del Tus debía recibir al Taibilla. Pero se lo han quitado. Siempre fué éste al Segura, pero le han hecho dar la vuelta en sentido contrario, hacia Cartagena, para dar agua a la Base naval, a la ciudad, a Murcia, Lorca y veinte localidades más. Porque la Base naval no tenía agua, y los barcos habían de repostar en otro puerto. Y ahí tenemos el Taibilla de hoy, que además del lujo de una presa de 75.000.000 de metros cúbicos, corre cubierto, limpio y señorial, bajo tubería. Lleva agua para beber, y también con sus saltos ofrece electricidad. Unos 25 kilómetros por cauce de fábrica. La mayor conducción cubierta de Europa.

Sigue, sigue el Segura su marcha, dejando a la izquierda Elche de la Sierra, tierra de esparto, y a la derecha, Letur, Pérez y Socobos. Sigue caminando hacia el Este, y a los 35 kilómetros del sitio de confluencia reservado al Taibilla, tuerce hacia el Sur. Poco antes se ha puesto por medio entre Albacete y Murcia. Y kilómetros después, tropieza con el Mundo, que es un río.

Pero antes, el Segura tiene a la vista un nuevo descanso. El embalse del Cenajo, en avanzada construcción. Una altura de presa de 84 metros, la suficiente para contener 437.120.000 metros cúbicos. Este es el eje de la regulación del Segura. Explota en plan regular el salto de pie de presa del Fuensanta y de otro salto que hay entre los dos pantanos, ultimando así el aprovechamiento hidroeléctrico de la cabecera del Segura.

Tras unos kilómetros, el término de Calasparra. Arroz. El arroz «Bomba», al que dan la «cinta azul» de la calidad, o por lo menos en cotización. El arroz que no «se pasa». Y por esto llega incluso al Lejano Oriente, a la misma cuna del arroz. Embajadores no le faltan, porque al comerciante levantino no le pesan los paralelos geográficos.

Calasparra marcha bien. Y en otro tiempo fué propietaria de las minas de azufre del Mundo, de que le desposeyó Felipe V. Tuvo un nombre en la antigüedad: Argos.

HUERTOS CASI COLGANTES

Y regadíos a la vista. Admite la llegada del Alarabe y Moratalla, pasa por el puente de la carretera de Calasparra y vira al Este. Acepta la llegada del Argos o Caravaca y, bravo, montañez y decidido, pasa regando entre peñas de 150 metros de altura, moles inmensas y muy cercanas entre sí que se ven obligadas a respetar la tenacidad del río. Un gran espectáculo de Naturalidad, dura, escueta, angulosa y descarnada. Y un triunfo del agua sobre la piedra, del río sobre la sierra. Estamos en el paso de los Almadenes.

Si no la piedra, el cemento ha ido al desquite, obligándole a saltar por inspiración del hombre. Y salta, para dejar entre batidos de espuma, 18.000.000 de kilovatios hora. El salto de los Almadenes.

No lejos, le llega otro río, ya en doma. El Quipar. Un río no largo. Unos 55 kilómetros, poco aprovechados, pero que molestaban la vega del Segura con sus inundaciones, hasta que en 1918 se le puso puertas. Hoy le acuna un pantano, con más de 50 millones de metros cúbicos de capacidad, y un volumen útil para el riego de más de 36 millones de metros cúbicos. Ahora, dócil, ha cambiado su función: está a la expectativa para acudir con sus aguas en ayuda del Segura en el período de estiaje, tranquilizando así a los huertanos.

Y Cieza en el horizonte. Cieza que no es más que una huerta en medio de una estepa. Milagro del río, del Segura, tan galante y generoso, que se encorva en demasia, hasta perfilar una península de juguete. En esa península ha puesto sus reales la villa de Cieza, la nueva, porque la otra, la antigua, destruida por los moros granadinos, tuvo sus cimientos en la otra parte del río.

Acequias entre muchas hectáreas; naranjos, limoneros, moreras y granados. Esta es la expresión económicoaritmética de la huerta. Y en lo alto, en su alta llanura peninsular, Cieza vigilante, trabajadora cuidadosa hasta el mimo. Es su huerta. Porque fuera de ella, sólo montes con esparto: las Atalayas, el del Oro, Pico Blanco y Peñón de Armo-chón. Tierra reseca, ingrata. Sólo esparto. Menos mal que el esparto y sus manufacturas dan dinero. Y lo saben, y lo cuentan en Cieza.

Por ahí está el valle de Ricote. Tierras de promisión. También naranjos, moreras y frutales. Huerta fecunda, a cuyos ár-

boles se agarraron los morcos, como niños discolos, para no dejarlo. Y hasta 1505 no volvió el culto cristiano. Allí puso el pie la Orden de Santiago. Tierra dadivosa que se extiende a Blanca, Ojos, Ulea y Villanueva del Río. Si unos muros mutilados evocan el castillo moro, ya famoso en 826, en la iglesia católica y romana de Ricote perviven esculturas del siglo XVI y un San José de Salzillo.

Abarán. Otro milagro, pero del hombre. De hombres audaces y férreos, que a fuerza de músculo han dado a la estepa, a sus cerros gredosos, insípidos y muertos, la capa verde de la vegetación opípara. No han hecho más que esto: a sus cerros, con declives de 40 grados, los han allanado, en escalonamiento, con terraplenes y muros. Y luego, agua del río, subida con motores. Conclusión, ya vieja: huertos, huertos casi colgantes donde hubo tierra desnuda.

SE EVAPORA CINCO VECES MAS DE AGUA QUE LA QUE CAE

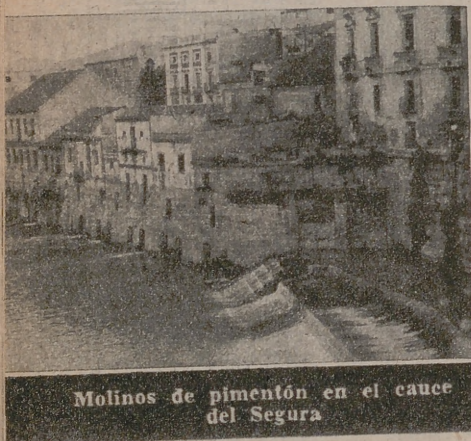
A la entrada de Archena cambia el panorama. Hay sosiego, menos velocidad. Desde su nacimiento no ha hecho más que correr mucho, cuando los pantanos le han dejado paso. Porque desde Yeste al mar, su pendiente es 4.900 milímetros por kilómetro recorrido. Y de Cieza al mar, menos: 1.360. Y mucho menos, después: sólo seis metros desde Murcia.

Admite comparaciones, de los que no sale malparado: el Tajo, desde Aranjuez, tiene una pendiente de 830 milímetros por kilómetro de recorrido; el Ebro, desde Logroño, 627; el Ródano, desde Lyon, 378; el Danubio, desde Austria al mar, 121, y el Rhin, por la baja Alemania y Holanda, sólo 115.

Baja rápido, contundente. Mejor dicho, bajaba. Ya está más sometido a disciplina, aunque para ello, para tener más seguridad, habría que poner más bridas a sus afluentes, sobre todo el Guadalentín, mayor culpable de las inundaciones. Ahora, con la próxima teminación del pantano del Cenajo y la repoblación forestal que el Patrimonio Nacional está realizando en su cabecera y cuenca abastecedora—más de 10.000 hectáreas—, no perderá trágicamente el pulso aunque caigan esas repentinas y aplastantes lluvias de otoño y primavera, cuando caen.

Y es que la región murciana va de extremo a extremo. Desde sequías deshidratantes hasta horrosas inundaciones. Angustia en el campo. Mirada continua al cielo. Su río, el Segura, es el benefactor que, sacando las reservas de la Sierra, ayuda y protege, si no le molestan las tormentas.

Seca, muy seca, es la región murciana. Más seca, árida y cálida que la valenciana. Un clima de tránsito al subdesértico, donde apenas hay temperaturas inferiores a los 10 grados, como ocurre en invierno, pero que en los cuatro o más meses de verano no baja de los 20. Pero veranos de verdad, calurosos, por el poder reflector de las tierras esteparias, por la falta de humedad y la extrema transparencia



Molinos de pimentón en el cauce del Segura

del aire. Insolación fuerte. Sólo aparece, a fuerza de calor, ese tenue cendal de la calina, que no es más que una niebla seca de verano que empaña el cielo de color plomizo. Peor.

Allí la evaporación supera varias veces la cantidad de agua caída, sea lluvia o nieve. Unos datos de la huerta de Murcia:

Lluvia anual	386 mm.
Evaporación anual en milímetros	2.048 »
Número de veces que se evapora lo que llueve	5,6

Un problema. Agua que se va por las alturas. En cambio, la que debe quedar, por infiltración en el terreno, es poca. Lo impide el predominio de la arcilla en el terreno de la estepa.

EL CIELO MAS CLARO Y TRANSPARENTE DE ESPAÑA

«Reino Serenísimo», «Reino del Sol y del Aire». Estos sobrenombres tiene la región murciana. Un cielo azul cobalto y una luz espléndida, que contraste fuertemente con el paisaje. Es la región más transparente, clara y luminosa. La región donde menos acampan—si puede valer este verbo—las nubes. Tan es así, que al año hay doble o triple de días despejados. A 223 llega la zona de Cartagena.

Pero en esta limpidez hay peligro. El peligro de las duras noches invernales, en que la intensa radiación origina las temibles heladas, aun en primavera avanzada, sobre todo en la estepa.

¿Es que no llueve? Llueve. Pero llueve de prisa, descargándolo todo cuanto antes. Lluvias torrenciales, que cayendo y no filtrándose por las gradas de la cuenca, desguarnecida de árboles, provocan la iracunda hidropesía del Segura y sus afluentes. A eso de la segunda quincena de septiembre acostumbran a presentarse a continuación de la sequía estival. Agua. Agua de una vez. A veces, 150 mm. de pronto, como ocurrió en Guardamar el 23 de septiembre de 1906. No tanto, desde luego, como en Alicante un día de 1882, que midieron los pluviómetros 200 mm., es decir, más que todo el resto de aquel año, en cuyos cuarenta días de lluvia sólo contaron 120 milímetros.

Los campesinos de Murcia, como todos los campesinos de España, están pendientes del viento. El viento trae las novedades meteorológicas, de que depende, por ahora, el campo. Que viene del Nordeste: lluvias; que va del Sur al Este: unas lluvias ligeras, o por lo menos días frescos y húmedos; el «deveche»—Sudcete—y del Sur: ambiente templado y seco; y el «terral», el temible «terral»—del O. N. O.—, días muy secos y calurosos. Por Murcia tienen entrada los vientos del Sahara africano, si no lo impide una barrera del Atlántico, que entra por el estrecho de Gibraltar.

Alrededor de los 400 mm. anuales es la lluvia media de Murcia, aunque algunos años no llega a los 160. Comarcas hay—como Mazarrón, Totana y Lorca—donde pasa el año sin caer can-

tidad digna de agua. El cielo valenciano es más pluvioso: 480 milímetros. Y más todavía el sevillano: 520. Y, sobre todo, Galicia y la parte meridional de los Pirineos occidentales: hasta 1.540. La «marca» nacional.

CAUCES QUE VARIAN.—MAS DE 27 KILOGRAMOS DE TIERRA POR METRO CUBICO DE AGUA

Ese carácter torrencial de las lluvias y la aridez subdesértica del suelo, ya erosión inicial de las primeras en el segundo concluyen en una cosa: las inundaciones. Las trágicas inundaciones del Segura y sus afluentes, que no respetan vidas ni trabajos. Así que el Segura ha sido un río sin curso normal. Un río de arrebatos ácidos. Fijense: de los 8 a 10 metros cúbicos por segundo, que es lo que normalmente mantiene en su cauce en estos tiempos de regulación, crece, parece que se infla, hasta los 1.000 a 2.000. Engorda y crece, porque su nivel se eleva de 8 a 10 metros. Corre, por tanto, rugiendo, se encrespa más a medida que le van llegando los afluentes, sobre todo el Guadalentín, y cuando su tumultuosa superficie avizora los llanos de la huerta, se desata.

Tan antigua como la historia geológica de España es la de las inundaciones del Segura. La inteligencia y la mano del hombre pueden, están poniéndole punto final. Ha hecho bien el río y ha hecho mal. El suelo de esas mismas huertas que inunda y asola fué puesto por él. Es un Saturno. Quiere devorar a su propia hija.

Tiene un cómplice, además de la lluvia: el suelo de su cuenca y cabecera. Ya lo hemos dicho. Este suelo, resentido de las sequías, rechaza, escupe el agua que cae. Se da el caso de que en las grandes avenidas el Segura conduce el 9 por 100 del agua caída. Bastante menos que sus afluentes y las ramblas. El Luchena, por ejemplo, carga con el 20, y la rambla de la Sierra Espuña, con el 23. Esta cantidad de agua devuelta, vertida a los ríos, va disminuyendo a medida que cumbres y laderas de los montes se cubren de árboles y pastizales, verdaderos parachoques y filtros de la fuerza mecánica del agua venida del cielo. En la Sierra la Espuña se han dado casos de que el metro cuadrado de cuenca ha contribuido al máximo de la avenida con 4,10 y 5,75 en Alhama, y con 6 en Totana.

¿Qué ocurre entonces? Que las aguas recién caídas se juntan pronto atropelladamente. ¡Las ramblas. Las temibles ramblas. El pánico de los hombres de campo. Tan temibles y sañudamente caprichosas son, que en poco tiempo cambian de curso. Nada respetan. Si hoy pasa por aquí, y aquí tiene su cauce—una especie de arroyo seco cuando no hay lluvias—, dentro de poco ha trasladado su voraz camino, su cauce, allí, por aquella heredad.

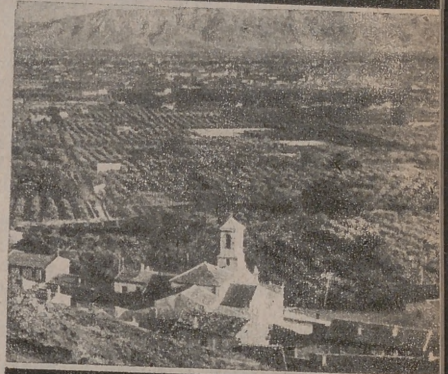
—Me hicieron fracasar un proyecto—dijome en cierta ocasión un constructor de obras hidráulicas.

—¿Cómo!

—Sí, señor. Hice los planos



El Segura corre sus aguas en medio de una fragante vegetación en Cieza



Al llegar a las vegas murcianas el Segura proclama a los cuatro puntos su fecundidad



El puente de piedra que sobre el Segura une los dos barrios de Murcia

ateniéndome a las circunstancias del terreno. Y en ellos previne una alcantarilla para el paso de una rambla. Y se hizo la alcantarilla. Pero de nada valió.

«¿Cómo es posible que haya tenido este error?», me preguntaba. Y no hubo error. Era que la rambla había variado de curso.

Estas cosas suceden en la cuenca del Segura. A estos caprichos y veleidades tiene que someterse. Así que puede decirse que, después de todo, es el único que pone un poco de orden, sin librarse de las terribles convulsiones que le provocan sus tributarios. Estos tributarios—y no queda fuera el Segura—no dejan de robar y tirar al mar territorio nacional. Así. En 1917 se calculó que el Segura transportaba al Mediterráneo durante las inundaciones hasta 27,60 kilos de tierra por metro cúbico de agua.

UN MISMO PANTANO, CONSTRUIDO TRES VECES

Continuemos por las orillas del Segura. Estamos en Archena.

desembocadura también del valle de Ricote. A dos kilómetros, el balneario—un manantial de agua a 52 grados—, que ya usaron de antiguo los romanos, según las epigrafías. Más adelante, Lorquí, Alguazas, Cotillas, Molina... En la llanura de Lorquí y Molina dicen los entendidos que se libró una batalla entre romanos y cartagineses, que perdieron aquéllos, muriendo además los jefes, los Scipiones Cneo y Publio.

Y, por fin, la Contraparada, órgano vital de Murcia y Orihuela. No es más que una presa antiquísima, que deriva la totalidad del caudal ordinario para regar la huerta. A partir de aquí otras presas y acequias para regar los vergeles de Murcia, Beniel, Orihuela, Callosa, Bigastro, Jacarilla, Benejúzar, Rafal, Almoradí, Benijo. Pero antes de llegar a Murcia recoge las aguas del Mula, también de mucho cuidado. Y cerca de la capital, el «coco» de la región: el Guadalentín.

Unos datos biográficos del Guadalentín: Es un producto, mejor dicho, suma, del Vélez y el Luchena, verificada en un antiguo pantano. En total, 142 kilómetros de longitud. Poco curso, pero excesivamente aprovechado en ocasiones, hasta el punto de que en la avenida de 1879 llevaba, al pasar por Lorca, 1.400 metros cúbicos por segundo. Y en la de 1884 más de 1.200. Mucha agua para un río de tan poca anatomía.

Pero causa respeto. Y miedo. Tanto, que tiene en cuerpo los pantanos más antiguos: los de Puentes y Val-de-Infierno. En los dos han tenido que repetirse las obras, arrolladas o invalidadas por el río. El de Puentes, en el estrecho del mismo nombre, comenzó en 1648, pero una crecida los destruyó. Entonces Carlos III decidió la construcción de los dos, con una capacidad total de 81.500.000 metros cúbicos, correspondiendo 52 millones al de Puentes. Empezaron a embalsar en 1788. He aquí el trato que les dió el río: el viernes 4 de abril de 1802, a las tres de la tarde, no habían transcurrido cuatro años—se lo llevó por delante; más de 600 personas murieron, se destruyeron 809 casas, 229 barracas, más de 40.000 árboles, 30 fábricas de paños, 22 de salitre, ocho molinos de harina, nueve de aceite y otra porción de edificios industriales, así como los conventos de San Diego y la Merced. Todo en Lorca. A los ochenta años ha vuelto a reconstruirse con una capacidad para 36 millones de metros cúbicos; pero los arrastres—tierra y piedra—lo han reducido a 22 millones. Lo mismo ha ocurrido al Val-de-Infierno, totalmente cegado, inservible.

Todas las precauciones son pocas. Una de ellas es el Reguerón, que no es más que un canal artificial, calculado para 225 metros cúbicos por segundo, que, partiendo del Guadalentín, pasa por el Palmar, cerca de La Alberca y Algezares, y desemboca en el Segura más allá de Murcia. Unas cinco leguas. Todo por descarrar el Segura y defender la huerta.

Murcia tiene su experiencia del río. En el río tiene el corazón y también los ojos. Lo quiere, pero no deja de tomar, de habilitar

posiciones de defensa. Precisamente en este mes comenzarán obras a su paso por la zona urbana de la capital: la canalización del cauce entre el Puente Viejo y Vistabella, con la desaparición de la isla que se formó hace años. A partir de estas obras, dos cauces tendrá el río: uno en el centro, para el caudal normal, y otro mayor, llamado de Avenidas, que aguantará el paso de hasta 2.000 metros por segundo. Una anchura de 50 metros en el fondo y una altura de 10,9 metros desde el lecho. Y con ello, fuera peligro para siempre. En total: 24.500.000 pesetas en cuatro años. Con una cuarta parte y los terrenos contribuirá la ciudad.

1.476.615 PESETAS EN PRODUCTOS AGRICOLAS

Sucio, muy sucio, lleno de tierra, se acerca el Segura al gran espectáculo de la huerta. Es decir, práctico, aunque contraste con el límpido azul cielo y el verde exuberante del suelo. Parece que se extasia, si viene normal, en sus cabales. Y lo demuestra, porque se desparrama ordenadamente por acequias y regueros como en un último esfuerzo por quedarse. Tan es así que termina prácticamente agotado, y llega con vida al mar sólo cuando llueve. Más 40.000 hectáreas en parte baja. Y más de 100.000 en el total de su recorrido, a las que unas veces atiende por canales o acequias—en la parte baja—y otras subiendo con ayuda de motores, que es lo que ocurre en las zonas altas de su curso. Ese es su patrimonio.

Se entrega por completo, hasta el punto de que los ingenieros de la Confederación dicen que no podrá contarse con más de 100 millones de metros realizando todas las regulaciones que puedan hacerse en su cuenca. Es decir, lo más que puede hacer ya es completar a los riegos inseguros su dotación.

Naranjos y almendros, membrillos y arroz, fresa y manzano, hortalizas y fruta, moreras y magnolios. Y flores... Ha venido viéndole de cerca desde Cañave. rosa, pero en más cantidad en la vega, que comprende Murcia y Orihuela. Orgullosos de su obra. Porque en lo que está fuera de su alcance no ha contemplado más que esparto, tomillo, albardín, pitas, higueras chumbas, verdolaga, romero, chaparra, jara, lentisco, palmitos, aromos, combrilos, matapollos, cantueso, carrizo, esparraguillos... Todos han salido por su cuenta.

Pero en Murcia y demás huertas, no. En la huerta vive en eterna primavera. Frondosidad y caseríos, que, en poco espacio suman más de 40 pueblos, cercanos pero sin preocupación por el poder vivir. Sabe que la huerta admite, sustenta 600 habitantes por kilómetro cuadrado. Minifundio. Un minifundio impuesto por la prodigalidad del suelo. Tan prodigo, que con tres tahullas—la tahulla: un noveno de hectárea y en ella se cultivan entre 20 y 25 albarcoqueros y unos 35 a 40 naranjos, además de otras cosas—basta para acaparar el tra-

bajo de un hombre y garantizar su medio de vida, en régimen económico de aparcería.

Así que Murcia está convirtiéndose en una de las provincias más ricas de España. Y no deja de aumentar su población: de 719.000 habitantes en 1940, ya se acerca a los 800.000. Y a pesetas 1.476.615.000 asciende el valor global de sus productos agrícolas. De 48 fábricas de conservas existentes antes del Movimiento ha subido el número a 80. Y de 122.176 kilos de capullos de seda en 1939, a 477.775 en 1953. Y un millón de quintales de agrios exportó en la última campaña.

Y una producción típica y sin rival en el mundo: la industria pimentonera. El pimentón de Murcia, cuyos puntos claves están en Espinardo, Cabezo de Torres, Churra, Nora, La Raya y Municipios de Alcantarilla y Molina de Segura. Más de 73.000 quintales métricos el pasado año, por un valor de más de 81.000.000 de pesetas, del que se ha exportado no menos del 80 por 100.

Es consecuente la industrialización. De 2.540 industriales en 1936, hoy son más de 8.000. Y unas 284 Empresas—exactamente el doble de las de 1939—funcionan en toda la provincia. Y una de las dos únicas fábricas de ácido cítrico españolas, que consume más de 14 millones de kilos de limón para producir 300.000 kilos anuales de ácido con una riqueza del 90 por 100.

Y, por si fuera poco, propaga su primavera a todas partes, a España y al extranjero. No puede llevar su huerta y su campo, pero los envía en esencia, por vía química. Fábricas—nos menos de dieciséis—arrancan del tomillo, del romero, del espliego y la salvia sus aceites esenciales. Y por ello cobra 2.500.000 pesetas. Y también extrae para recreo del olfato la esencia y perfume de los geranios y las rosas, del azahar de sus naranjos y limoneros. ¿Qué más puede hacer?

Y termina extenuado en Guardamar. Ahito de placer. Termina con las espeluznantes dunas de Guardamar que el hombre, los ingenieros de Montes de la Sexta Región Hidrológica Forestal, han rescatado a su panorama desolado, hoy embellecido con un hermoso bosque de eucaliptos y palmerales. Una zona de 18 kilómetros de longitud por 200 a 1.300 metros de anchura. Pero una zona movediza, inquieta, de arena, que impulsada por el Levante avanzaba de tres a ocho metros por año camino de Guardamar. De seis a ocho hectáreas por año. Las suficientes para sepultar el pueblo y sus cultivos, sentenciados a muerte lenta. Algunas calles había ya bajo la arena.

En fin, parece el Segura condenado, sin culpa, al fatalismo de la desolación. Pero él no ha nacido para eso. Y la prueba está en que procura quedarse en la huerta.

Y no quiere salir de su reino, del Reino Serenísimo del Sol y del Aire. Le gustaría anclar—si vale la paradoja—en su capital: Murcia.

JIMENEZ SUTIL



LOS BUENOS JUGADORES DE TENIS...



Coman siempre

SOBERANO

hielo y sellz, el perfecto

high-ball (jálbol)

Calma la sed plenamente,
refresca y entona.



GONZALEZ BYASS



SE llamaba Antonio, era español y prisionero de guerra en Rusia... Poco más podemos decir de aquel hombre. Todas nuestras preguntas se estrellaban contra su sonrisa irónica y audaz siempre a flor de labio.

En 1943 ya se ocupaba Antonio en aprender la lengua rusa. Mostraba un especial interés por dominarla y todo el tiempo le parecía poco para cumplir tan arduo cometido. (Porque, indiscutiblemente, el idioma eslavo ofrecía serias dificultades para nosotros los latinos.) En las horas de trabajo buscaba Antonio preferentemente la compañía de los obreros rusos. Permanecía horas y horas extasiado en el movimiento de los labios, en las inflexiones del tono de voz, en los gestos de los músculos faciales...

LA EVASION

Novela, por Juan NEGRO

... en todo aquello que pudiese reportar una idea de cómo se debía de hablar aquella lengua. Los castigos, las reprimendas, las consecuencias a que le conducía a que le

actitud contemplativa no le importaban a Antonio con tal de conseguir su propósito. Puedo decir que, a los tres meses de haber caído prisionero, conocía más de tres mil vocablos del idioma ruso. Pero como le eran insuficientes para hacerse comprender, ya que desconocía las reglas gramaticales y su empleo, se procuró. Dics sabe cómo, una gramática francesa-rusa.

En el año 47 Antonio llegó a dominar de tal forma la lengua rusa, que cuando hablaba con un nativo sería imposible decir que él no lo fuese también.

Y un día..., en este mismo año 47 a que me refería, Antonio desapareció de la fábrica donde trabajábamos para no verie jamás. La verdad es que nos alarmamos, y aunque nuestra amistad para con él no fuese muy profunda, no por ello dejaba de ser un español. Sabíamos la suerte que habían corrido todos aquellos que intentaron escapar. Los rusos tenían —podemos llamar— la sádica costumbre de traer al campo de origen el cadáver del desertor. Lo exponían durante unos días a la vista de todos los prisioneros para que sirviera de escarmiento. Y en esto consistía nuestra preocupación: en ver aparecer de un momento a otro el cuerpo mutilado de nuestro compatriota. Pero no fué así. Pasaron los días y los meses y Antonio no apareció ni vivo ni muerto. Y como todo se borra con el tiempo, también se borró el recuerdo de nuestro fugitivo de nuestras mentes. De tarde en tarde, solíamos hablar de su misteriosa huida con admiración.

Pasaron muchos años, tantos como siete. Y en el 54, y pocos meses antes de ser repatriados, conocimos a un prisionero de nacionalidad italiana que nos dijo algo tan interesante sobre el desaparecido Antonio que merece la pena relatarse:

«En la ciudad de Jarcov (Ucrania), lugar en donde tuvo la audacia de escaparse Antonio, había una fábrica donde trabajaban miles de rusos civiles, tanto hombres como mujeres. Entre éstas había una que era considerada como la número uno en cuanto a productividad y eficacia en el trabajo se refiere. Era afiliada al partido comunista, ostentaba el título de «stajanovista» y estaba en posesión de unas cuantas órdenes y medallas con-

seguidas —según ella misma— matando alemanes invasores o haciendo proezas de emulación en una máquina fresadora. Esta mujer, aunque no repulsiva, era físicamente, y hablando en términos corrientes, fea. Y, sobre todo, varonil. Nadie podía decir que se la hubiese visto ataviada con falda. Usaba pantalones y los portaba con un orgullo y seguridad que desarmaba a los propios varones. En cuanto a su edad, se dice que rayaría con los cuarenta. Sólo tenía una cosa agradable aquella obrera consumada: sus irreprochables ojos garzos, no en concordancia con su adusto carácter. Por lo demás, sus facciones eran angulosas, secas y duras. Se llamaba Viera.

Conocía a la máquina en donde trabajaba tan exactamente como su propio cuerpo. Podríamos decir sin temor a equivocarnos que Viera y su máquina constituían un todo homogéneo. Todos cuantos ayudantes se la enviaron para abastecerla de material fracasaron en la empresa.

A principios del año 47, cuando los prisioneros de guerra residentes en Jarco fueron destinados a trabajar en la mencionada fábrica, fué Antonio el primero en prestar atención en Viera y su máquina. Ya el primer día Antonio no separó los ojos de las vertiginosas revoluciones de los ejes. Calculó mentalmente la cantidad de piezas que podía producir por minuto, se examinó y controló sus fuerzas físicas, y, con harta sorpresa de todos, al día siguiente pedía voluntario ayudar a Viera, con la particularidad que había de ser sólo, porque, según él, «se bastaba para aquella labor».

—Aquí estoy —fué el único saludo de Antonio cuando se puso a las órdenes de Viera. Y, mostrando la blancura desdeñosa de su sonrisa, añadió: —¿Qué he de hacer?

Viera se sorprendió.

—¿Tú? ¿Estás seguro de tus fuerzas?

—¡Bah! Todo es cuestión de probar.

—¿Sabes que hablas nuestra lengua bastante bien para ser prisionero? —volvió a preguntar, sin salir de su asombro, Viera.

Antonio no contestó a esta pregunta y, sin dejar de sonreírse, añadió:

—¿Quieres decirme cuál ha de ser mi trabajo junto a ti?

—Tu misión consiste en proveer de material a esta máquina. Lo importante es que no ha de pararse por falta de él. Piensa que si, por tu culpa, dejo de cumplir la norma, podría costarte un serio disgusto.

Antonio no dejó de sonreír ni de mirarla. La firmeza de sus ojos pareció romper la ecuanimidad de Viera. Nuestro amigo puso manos a la obra. Abasteció durante todo el tiempo a la máquina y aun le quedaba tiempo para hacer la reglamentaria pausa de cinco minutos cada hora. Viera no salía de su asombro viendo aquel cuerpo menudo ir y venir infatigable de la máquina al montón de material y del montón a la máquina.

En una de las pausas, Viera no tuvo inconveniente en acercarse a Antonio, apretar las muñecas del chico con todas las fuerzas de sus varoniles manos. No podía comprender cómo aquellos brazos no muy robustos podían transportar con tal celeridad aquella carga de hierros.

—No te asombres —la dijo Antonio—. Mis bra-

zos son de carne y hueso como los demás. Y te advierto que aun no has visto nada. Ya verás... ya verás... —y el español sonreía, seguro de sí mismo.

Cuando Antonio creyó llegado el momento oportuno en que podía expansionarse con Viera sin temer a que ésta se escandalizase, la dijo de repente, y mientras el ruido de las máquinas ensordecía todo:

—¿Sabes, Viera, que tienes unos ojos maravillosos?

Y como la soviética no hubiese escuchado en su vida frases como ésta, creyó desmayarse por la sorpresa y lo miró de una forma indescriptible. Luego abrió su boca, que dejó al descubierto una larga hilera de dientes recubiertos de acero inoxidable. Antonio, osado, continuó:

—¡Si!...; y no sólo los ojos, sino toda tú entera. ¿Existe alguna ley que me prohíba hablar así? Además... yo te admiro. He de reconocer que vales en todos sentidos. Ese sacrificio constante en aras del trabajo, eso, Viera, ¡es formidable!

Viera se dió cuenta de que Antonio era un caso excepcional de hombre: joven, hermoso y decidido.

Estos coloquios amorosos de nuestros personajes tenían lugar tan recatadamente que nadie, absolutamente nadie, podría decir en realidad de qué se trataba en aquellas conversaciones a media voz. La máquina iba y venía, moviendo incansable sus largos brazos. Antonio no cesaba de transportar piezas, y Viera, por su parte, no levantaba la vista del movimiento de los ejes... Fué a la hora de la salida del trabajo: las siete de la tarde. Como de costumbre, la guardia se hizo cargo de los prisioneros para controlarlos. ¡Faltaba uno! Todos se preguntaban: ¿Quién será? Una hora larga a pie firme hubo de soportarse aquel interminable repasar por las filas. Se pensó en los alemanes —muy amigos de las evasiones—, en los italianos, en los rumanos... en todas las nacionalidades allí representadas, pero no se pensó que un español hubiese sido capaz de cometer tal «osadía». Y cuál sería la sorpresa de los prisioneros cuando el jefe de la guardia anunciaba que había sido Antonio el evadido.

Todo se olvidó. Antonio no apareció. Desde luego, resultaba difícil el imaginárselo muerto, porque se sabía que era audaz y decidido en sus resoluciones. Y lo que más confirmaba esta sospecha era el silencio que los rusos habían guardado sobre aquella evasión.

Y aquí viene la verdadera historia que nos contara el italiano.

Antonio consiguió, no se sabe por qué poderosos medios, que Viera le considerase indispensable en su vida. El se dió cuenta de ello y decidió aprovecharse de esta debilidad de la mujer de acero. Y sabiendo Antonio, como sabía, que Viera tenía influencia en los círculos políticos de la región, la convenció para que le consiguiese una supuesta y falsa documentación. Ella anduvo pensándolo y dudando, pero, al fin, se decidió a ayudar a nuestro hombre. Consiguió el pasaporte que Antonio deseaba y se lo entregó:

—¡Toma, Antonio! Aquí tienes los documentos necesarios para que puedas salir inadvertido por la puerta de la fábrica. Hoy mismo, al atardecer, o harás. El «controller» es un tanto descuidado y no prestará gran atención a tus facciones. Como ves,



ya no te llamas Antonio, sino Dimitri. La fotografía es totalmente diferente a tu cara, pero, entre la penumbra del atardecer, y con un poco de buena voluntad, nadie diría que no eres ése. Procura no ser el primero en salir. Mézclate con todos. Sonríe y habla el más vulgar ruso que conozcas. Increpa a la guardia, vocífera, blasfema..., sé uno de tantos. Sé bravo y osado. Cuando estés en la calle, pregunta por la calle... Llama a la puerta sin miedo. Te abrirá una mujer que ya te conoce. Espérame allí. No te importe lo que tarde. Me detendrán, me interrogarán..., pero no te preocupes...

Cuando la noche se había echado sobre las calles de la ciudad, Antonio llamaba a las puertas de la casa repetidas veces. Al fin, alguien preguntaba desde dentro:

—¿Quién es?

—¡Antonio! —repuso, desde la calle, nuestro español.

Se abrió la puerta y apareció una mujer en el dintel que, sin intimidarse ante su indumentaria extraña, le invitaba a pasar:

—¡Pasa, pasa! Ya te conozco. No es preciso que me digas nada. ¿Te ha seguido alguien?

—¡Bah! No hay por qué preocuparse —replicó Antonio, siguiéndola por el oscuro pasadizo—. En cuanto a Viera, nada podrán probarle; estoy seguro de ello.

La vivienda se componía de una especie de zaguán de entrada y dos habitaciones. No había cocina ni servicio. En una de aquellas dos habitaciones había de hacerse todo. Es decir, que lo mismo hacían de cocina, cuarto de estar, dormitorio, etcétera, de otras utilidades. En una de ellas había dos camas y una mesa en el centro, ídem de algunos taburetes. ¡Ah!, y una especie de desván, que la mujer señaló a Antonio como su futuro dormitorio, diciéndole:

—Aquí habrás de dormir mientras estés con nosotros. No tenemos otra cosa que ofrecerte. Y, sobre todo, que aquí estarás menos al alcance de la vista de cualquier miliciano. Desde luego, durante el día y mientras yo no estoy aquí, no cometas la imprudencia de asomarte a ninguna ventana; sería comprometerte y comprometernos. En esas camas dormimos mi amiga Niura y yo.

—¿Pero cuántas sois aquí? ¿Dos? —preguntó Antonio, receloso—. Esto no me gusta nada. Mi secreto es harto conocido, y a la postre saldremos todos perjudicados. Preferiría estar solo.

—No temas por ella —repuso la mujer—. Le hemos contado tu caso y no dirá nada por ahora. Por lo menos, mientras no sospechen que estás aquí...

—... Lo cual no quiere decir que algún día...

—... Te delatará. De eso no hay la menor duda. Esperemos que no surjan sospechas. Y hablando de otra cosa: ¿Cómo has aprendido a hablar tan bien nuestra lengua? —hablaba Nadia (éste era el nombre de la mujer que abrió).

Antonio esta vez sonrió con toda su alma, pero de sus labios no salió una palabra que indicase a Nadia la procedencia de aquel caudal de conocimientos lingüísticos.

—Eso no te interesa. Lo único que desee en este momento es comer.

Nadia se levantó, seca y desabrida, y se dirigió a una especie de armario-cómoda. Anduvo rebuscando largo rato entre sus cajones, para volver luego con un grasiiento papel que depositó sobre la mesa. Lo desdobló y aparecieron unas sucias y duras patatas cocidas, un trozo de pan negro y algo de tocino salado.

—Otra cosa no hay—dijo.

—No es muy opípara la cena, que digamos—murmuró el español—. Me parece que echaré de menos el campo.

Nadia lo miró de una manera particular.

—Creo que debemos dormir, so pena de que quieras preguntarme algo.

—No, nada.

Y Nadia se entró en su dormitorio para salir más tarde con una especie de manta que entregó a Antonio.

—Aquí tienes. Te servirá para que descanses.

Antes de echarse miró Antonio a través de una ventana, mejor dicho, cleraboya a la calle. No vio nada anormal. Ni un alma se veía. Tan sólo el centinela del cuartel de milicias próximo daba saltos sobre la acera desentumeciendo sus pies fríos. Más tranquilo se echó, quedándose profundamente dormido...

La misma tarde que desapareció Antonio de la fábrica y cuando Viera hubo regresado a su «cuartier» (habitación), llamaron a la puerta una pareja de «milicioneros» (soldados de la M. V. D.).

—¿La camarada Viera Dimitrova?—preguntaron.

—¡Yo soy!—repuso la misma Viera, que fuera quien les abrió la puerta—. ¿Qué queréis?

—¡Camarada! Debes acompañarnos al cuartel de milicias. Al parecer hay una denuncia contra ti, y el comisario quiere hablarte.

—¿Sólo hablarme, o retenerme allí unos días? —preguntó de nuevo Viera mirándolos autoritaria y severa.

—Camarada Viera, eso no lo sabemos. Sólo nos han dicho que te condujéramos allí.

—¡Está bien! Me prepararé, porque estos interrogatorios suelen ser demasiado largos—las palabras de Viera destilaban amarga ironía—. Ya se para qué me quiere. Se me cree complicada en la evasión de ese maldito prisionero... ¡imbéciles! Tendrán que oírme—Viera entró en una segunda habitación para reaparecer momentos después ataviada con un largo abrigo de pieles y unas «valenkis» de fieltro—. Cuando queráis—dijo a la guardia.

Salió Viera escoltada por los dos guardianes hasta el cuartel no lejano. Una vez llegados condujeron a Viera a través de corredores hasta un despacho, que era el del comisario. Los soldados, tras de llamar a la puerta, entraron, haciendo a Viera esperar fuera. Inmediatamente la mandaron pasar.

—¿Camarada Viera Dimitrova?—la preguntó un hombre que se sentaba tras la mesa.

—¡Soy yo!—exclamó Viera adelantándose al centro de la sala y desafiando al mofletudo comisario—. Probablemente se me acusará de haber sido participe en la fuga de ese prisionero. ¡Lo sé! Además es natural que esto penséis. Trabajaba conmigo, charlaba conmigo y nadie más que yo, al parecer, le ha podido facilitar los medios para evadirse. Pero ten presente, camarada comisario, y no lo olvides, que pertenezco al partido y que mucho antes que tú y que otros que ocupáis cargos de responsabilidad he luchado por la causa. Y, sobre todo, que ostento sobre mi pecho una orden que no me permite traicionar a mis ideales proletarios. Ahora puedes hablar tú y explicarme los motivos que te han inducido a detenerme.

Esta ofensiva inesperada por parte de Viera intimidó un tanto al comisario, que se revolvió nervioso en el sillón sin saber a punto fijo qué decir. Luego se levantó de su asiento y comenzó a pasearse por la habitación a grandes zancadas, mientras que su pesado y fofo vientre temblaba a cada paso. Luego pareció reaccionar. Se paró en seco frente a Viera y con repentina voz comenzó así:





—Camarada Viera, ¿por qué has empezado tú a amonestarme sin dejarme hablar ni preguntar? ¿Intentas adelantarte? ¿Cómo sabías que habíamos de llamarte para este asunto? No negarás que tus mismas palabras te delatan. En efecto, no sabemos ciertamente hasta qué punto ha podido llegar tu ayuda y colaboración en esa fuga. Pero en caso de que nuestras sospechas sean ciertas lo pasarás mal, muy mal. No dejarás de reconocer que tu amistad personal con ese prisionero sobrepasaba los límites establecidos.

—Te advierto, camarada comisario, que una vez aclaradas estas dudas que sobre mí pesan habrás de responder sobre esta detención. No creas que he de permanecer callada ante tanta insolencia. Ahora me toca a mí obedecer. Puedes conducirme a mi celda—repuso Viera, y se negó a responder a las demás preguntas que el comisario le hacía.

La encerraron en un calabozo de los muchos provisionales que aquel cuartel tenía. Cada día fué sometida a diferentes interrogatorios. Pero como la hoja de servicios o, si queremos, de méritos de Viera eran infinitos y no probada su intervención en la fuga del español, se la hubo de dejar libre, aunque estrechamente vigilada, sin que al parecer ello lo supiese. Cuando salió de nuevo a la luz del día pasó por el despacho del comisario. No dijo una palabra Viera. Se limitó a mirarlo y a sonreír despectiva.

El comisario se limpiaba el copioso sudor que emanaba de su cabezota.

Inmediatamente comenzó Viera, una vez más a trabajar en la fábrica en donde estaba calificada de indispensable. Su actitud y comportamiento fueron los mismos que siempre. De vuelta a su casa no hablaba con nadie ni se la veía alternar con nadie. La vigilancia sobre ella empezó a distanciar-se. Ya apenas se la molestaba. Y llegó un día... en que los esbirros embedistas encargados de seguirla la abandonaron. Cesó la búsqueda de Antonio y todo pareció volver a la normalidad de nuevo.

Pero una de las noches en que Viera, de vuelta a su labor, descansaba, llamaron quedamente a la puerta de su habitación. Se estremeció un poco la mujer y se aprestó a la defensa. Se levantó y fué a abrir. En la penumbra del pasillo le pareció distinguir la silueta de una mujer.

—¡Soy yo; Nadia!—dijeron desde las sombras.

—¿Cómo tú? Pasa, pasa. ¿Qué sucede? ¿Y Antonio?—las palabras de Viera eran atropelladas y su voz denotaba una angustia profunda.

Pasó Nadia y una vez que hubo cerrado la puerta dijo a Viera:

—Precisamente de Antonio quería hablarte. Ese protegido tuyo se ha enamorado de Niura y tienen la intención de escapar juntos. Anoche he oído algo de interés y he creído un deber el decirte. Yo en tu lugar, lo denunciaría. Ese prisionero sólo nos traerá quebraderos de cabeza y malas consecuencias.

—¡Cállate!—casi gritó Viera—. Me he enamorado de él. Le quiero. Y le quiero porque es un hombre completamente diferente a los demás que hemos visto. He creído tener derecho a ser feliz en ese aspecto y lo quise para mí. Pero que me lo robe Niura...

Te digo que no será. Prefiero verle muerto antes que ocurra esto que me cuentas. Espérame. Saldré contigo. Quiero convencerme por mis propios ojos que lo que me has dicho es cierto.

Pasaron por delante del cuartel de milicias casi sin hacer ruido, por no llamar la atención del guardián, que canturreaba entre dientes, apoyado en el marco de la garita. Doblaron la esquina de la calle y en seguida estuvieron en la casa desverejada donde se hospedaba Antonio. Antes de llamar a la puerta, Viera dijo al oído de Nadia:

—Aguarda tú aquí, en la puerta. Esto es cosa exclusivamente mía. Terminaré pronto. Tú sabes cómo mis argumentos son contundentes. Además es posible que nos hayan visto salir juntas y hayamos podido despertar sospechas. En ese caso tú avisarías.

Viera subió las escaleras y empujó la puerta medio podrida, que se abrió sin gran esfuerzo ante sus músculos y fuerzas varoniles. Entró súbitamente.

Sentado en un taburete estaba Antonio. Junto a él, Niura. En la mesa había una botella de «vodka» y cortezas de tocino salado. Oía a alcohol, a sudor de mujer y humo de tabaco verde. Antonio no pareció inmutarse ante aquella repentina aparición y sonrió a Viera con el más descarado de los cinismos, mostrando su simétrica y blanca dentadura. Niura, por el contrario, palideció y huyó temblorosa a refugiarse en un rincón.

Antonio había conocido a Niura al día siguiente de haberse refugiado en la casa de Nadia. Niura era compañera de trabajo de Nadia. Más joven que ésta y físicamente atractiva, más que por su belleza por su juventud, pues Niura no pasaría por entonces de los veinte años.

Antonio se había levantado de su camastro y salió a la habitación-comedor-dormitorio. Nadia se había marchado. Le pareció oír ruido en la pieza contigua y, prestando oído, le pareció distinguir que alguien se movía allí dentro. En efecto: la puerta se abrió y apareció en su dintel Niura, ligeramente vestida, suelto el cabello blanco, que le caía sobre sus hombros, y descalza de pie. Al ver a Antonio no pareció demostrar la menor sorpresa y le preguntó con naturalidad:

—Tú eres Antonio, ¿verdad?

Antonio quedó perplejo ante lo que oía.

—¿Cómo sabes que me llamo Antonio? ¿Quién te lo ha dicho?—y se fué acercando a ella sin apartar sus ojos de los de Niura.

Niura no pestañeó ante la inminente proximidad de Antonio. Al contrario, le sonrió.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó a quemarropa.

—¿Hacer...?—y Antonio se detuvo en su marcha sin saber qué responder—. No lo sé. Esperaré. Pero creo que después de haberte encontrado he perdido las ganas de marcharme.

Niura le sonrió de una manera natural, agradeciéndole aquella lisonja, mientras que sus mejillas se iban arrebolando, transformándose en delicadas rosas. Con cierto pudor bajó los ojos al suelo para murmurar, en voz baja:

—Yo tampoco quisiera que te marcharas después de conocerte. Tú debes ser diferente a los hom-

bres de mi país. Ellos me cansan, me hastian... y luego levantó la cabeza dorada para seguir hablándole: ¿Seremos buenos amigos?...

Vivieron unos meses tan ensimismados y ajenos a todo lo que les rodeaba, que no advirtieron que Nadia se estaba dando cuenta de aquellas relaciones.

Un día Niura le decía a Antonio:

—Viera está libre. Ha salido de la prisión. Yo misma acabo de verla esta mañana encaminarse al trabajo. Esto significa que no tardará en aparecer por aquí y te separará de mi lado para siempre. Hoy te quiero demasiado para que nos alejemos. Tú hablas el ruso tan bien, que nadie podría reconocerte ni distinguirte en la calle como un extranjero. He robado la documentación a un obrero de mi fábrica. El no se ha dado cuenta. Sospechará cualquier cosa, antes de pensar que yo la robé. La fotografía no juega un importante papel, porque en este caso tu carnet—ese carnet que he robado—es del partido. Un día de éstos, antes de que Viera pueda dirigirse aquí, huirás. Yo te facilitaré el suficiente dinero para que no pases hambre en el camino. Te dirigirás a Dalmaata. Allí tengo unos lejanos parientes que me aprecian y que te ayudarán hasta que yo tenga ocasión de zafarme de este compromiso con la fábrica...

A Antonio le pareció la proposición de rosas. Pero no así a Nadia, que acababa de escuchar tras de la puerta toda la conversación. Al día siguiente Nadia entraba en casa de Viera a informarla de todo.

—¡Hola, Viera!—fué lo único que se le ocurrió a Antonio decir a la recién llegada. Y se levantó de su asiento para dirigirse al encuentro de Viera, que lentamente se iba acercando a él.

Viera sólo tenía ojos para el tembloroso busto de Niura, que sin saber qué hacer yacía acurrucada en un rincón. Antonio, adivinando las intenciones de la visitante, se interpuso entre ambas mujeres.

—Pero ¿qué te pasa? ¿No te alegras de verme de nuevo, Viera?—decía Antonio.

Pero Viera parecía sorda a las palabras de Antonio. Sólo la obsesionaba el cuerpo casi inmóvil de Niura. Aquel cuerpo joven y exuberante. Cogió un taburete e intentó lanzarse sobre Niura. Antonio detuvo aquella mano en el aire y la torció con toda su fuerza hasta hacer quejarse a Viera en un prolongado aullido de dolor, al cual hizo eco Niura, atemorizada.

Por la puerta entornada entraron Nadia y dos «milicioners».

—¡Ese, ése es el prisionero de guerra que se fugó de la fábrica!—gritaba Nadia señalando a Antonio.

Niura consiguió huir hasta el dormitorio contiguo. Viera quedó petrificada; Antonio, insensible. Parecía que los estuviese aguardando y quedó en su actitud sonriente y provocativa.

Antonio no dijo nada. Recogió su pellica de pieles, se la puso, y tranquilamente pasó delante de las mujeres y de los soldados haciéndoles a éstos una señal, como indicándoles que estaba vencido y que se entregaba. Bajaron las escaleras semipodridas y crujientes y dieron los tres en la calle. Una vez allí, Antonio, con aquella elasticidad felina que lo caracterizaba, se descombarizó de la guardia y la emprendió a correr por la calle desierta, haciendo marcados zigzag en su carrera. El silencio de la noche se estremeció en una descarga de fusiles automáticos, silbidos y corridas de zapatos claveteados. Luego, todo volvió a la nor-

malidad. En la esquina de la calle estaba Antonio tendido en un charco de sangre humeante, pero sin dejar de sonreírse, con sus dientes de nieve —de lobo, mejor dijéramos—.

Se acercaron los soldados apuntándole con sus fusiles.

—¿Estáis ya contentos, imbéciles?—les increpó Antonio desde su lecho de adquinas rojas—. ¡Eh! Ya podéis terminar conmigo y entregarme al campo como muestra de vuestro valor. ¿Qué hacéis? ¿Os da miedo la sangre? Poco debéis tener de guerreros y soldados cuando así tembláis. Yo os aborrazaré ese esfuerzo—se levantó con miles de trabajos, apoyándose en la pared, mientras que los guardias se retiraban precavidos. La sangre le salía a borbotones por el muslo—. Poca puntería habéis tenido, ¿eh?—y Antonio se pasaba sus manos blancas sobre la pierna retirándolas negras y humeantes—. ¡Ya estoy preparado!—y empezó a marchar cojeando visiblemente delante de los soldados.

—¡Alto, alto!—gritaron varias voces desde el fondo de la calle. Se aproximaron más soldados y entre ellos un oficial.

—¿Dónde lo lleváis?—preguntó el jefe acercándose al grupo y mirando a Antonio a la luz de su linterna—. Conducido a la cárcel próxima. Mañana ya veremos qué hacemos con él—ordenó.

Retrocedieron lo andado y volvió a pasar el grupo delante de la puerta de Nadia. No había luz en la ventana de la cocina, pero desde la esquina de la calle se oía clara y distinta la metálica voz de Nadia:

—¡Ese ha sido el prisionero que huyó de la fábrica, ése!

Antonio volvió a sonreírse, enseñando esta vez los molares simétricos.

Antonio se encontró en la enfermería de la cárcel de la ciudad. Le curaron la herida, que no pasó de ser escandalosa, y a los pocos días le internaban en una de las celdas en compañía de otros reclusos comunes rusos.

Se extrañó Antonio de que no le hubiesen matado en su conato de huida o por lo menos que no le hubiesen devuelto al campo primitivo. Poco tiempo después y tras condenarlo a diez años de trabajos forzados en especial campo, pasó a un campo siberiano.

En este nuevo ambiente, sólo entre rusos, enriqueció sus conocimientos idiomáticos, geográficos e históricos. De tal forma asimiló el carácter del pueblo, que ya resultaba más que imposible el figurárselo de otro país que no fuese Rusia. Pero la obsesión de Antonio por la fuga era tan constante que le robaba los reposos. Se pasaba las noches en vela calculando las posibilidades de huir de nuevo.

En la cocina del campo, adonde consiguió entrar a trabajar como pinche, robó un cuchillo enorme que guardó cuidadosamente en la arena. Cuando los tórridos calores estivales se dejaron sentir, Antonio no lo pensó más.

Aquella noche en que Antonio se decidió a huir por segunda vez estaba oscura. Por la tarde había descargado una fenomenal tormenta y el cielo permanecía cargado de nubarrones negros y bajos, que amenazaban descargar de un momento a otro.

Se levantó de su litera y se fué derecho al lugar en donde tenía el cuchillo oculto. Lo desenterró y guardándoselo empezó a otear el ambiente.

Comenzó a arrastrarse pegado al suelo. Cada diez metros se paraba. Giraba la cabeza hacia atrás y agudizaba más el oído. La quietud y la



calma eran imponentes. Unos metros más, y su cabeza tropezó con los primeros hilos de alambre. Una de las punzantes espinas de hierro le hirió en la frente y resbalaron unas gotas espesas de sangre por su entrecejo, hasta morir dulzonas y empalagosas en su boca. Con el cuchillo cortó las dos hileras de la parte inferior. Fué un golpe seco que restalló en la tensión de los restantes alambres y debió alarmar a la guardia de las garitas y a los perros, que empezaron a moverse inquietos y a gruñir sordamente. Los reflectores lanzaron sus haces de luz sobre la monotonía nebulosa del campo.

El corazón de Antonio no se movía. El aire se hizo más pesado, bochornoso. Las tinieblas se hicieron más tenebrosas y comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia templada, que cayendo al suelo levantaban trocitos de arena que ensuciaban la boca de Antonio. Un esfuerzo más y llegó hasta la empalizada de madera. Trepar por ella no podía. Las tablas, lisas, no ofrecían ningún saliente donde apoyar los pies. Además, que en cuanto se incorporase de la tierra despertaría la atención de los celosos centinelas. Tuvo otra idea. Esas repentinas ideas que surgen ante lo imposible. Clavó las uñas en la tierra blanda y empezó a escarbar por debajo de la madera. Su intención era hacer un orificio por donde pudiese pasar su cuerpo. Trabajó afanoso durante dos o tres horas. No cesaba de llover.

Sabía que ya no podía retroceder. Se había decidido por aquella noche y había de ser precisamente aquélla, o nunca.

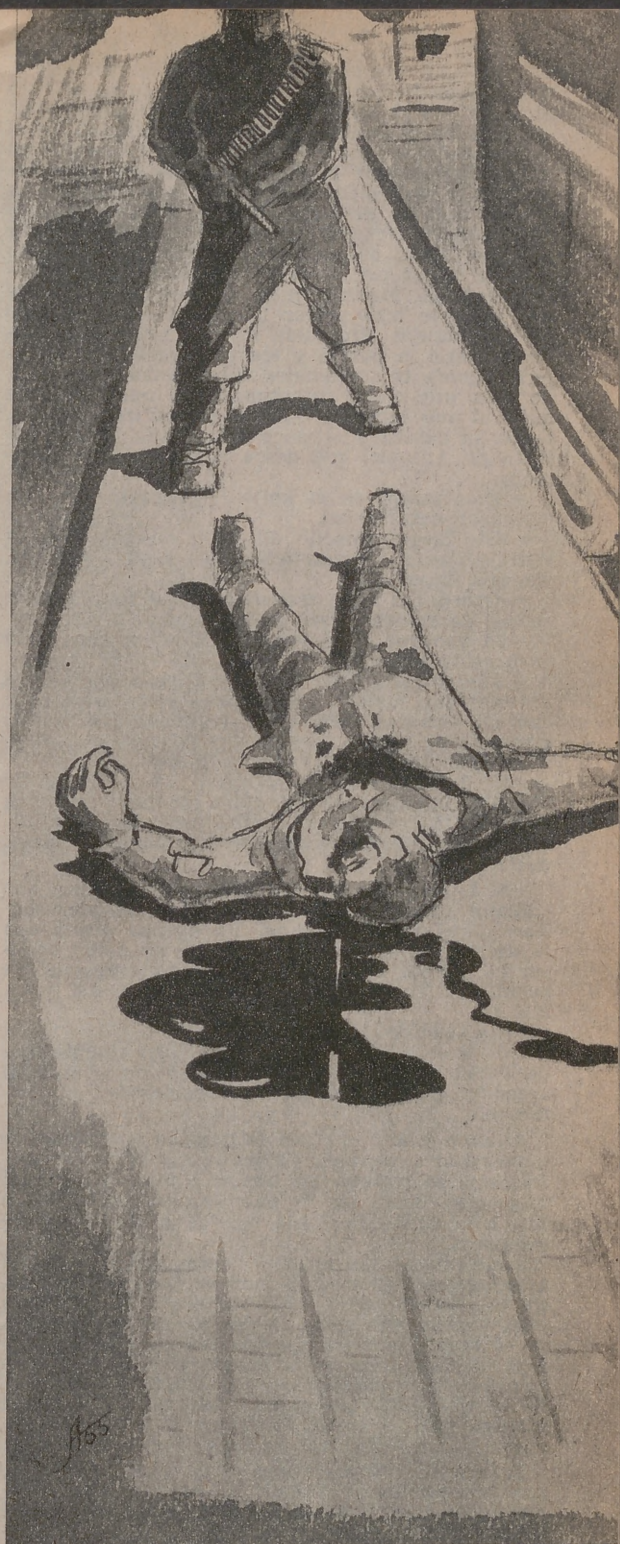
Una vez más acudió a su mente un luminoso pensamiento que puso en práctica acto seguido. Cogió una piedra del suelo y la lanzó con todas sus fuerzas lejos de sí. El ruido del guijarro al caer, despertó la curiosidad del can, que se lanzó ladrando desaforadamente hacia el lugar donde él creyera había peligro. Inmediatamente, todos los reflectores de las garitas se concentraron sobre el perro, que quedó aprisionado entre los rayos de luz. Este barullo fué aprovechado por Antonio para cortar de un solo golpe los hilos restantes, ¡los últimos!... y se deslizó rápido y sin volver la cabeza bajo ellos. En un segundo estuvo alejado del campo. Se levantó y emprendió una loca carrera a través de los campos convertidos en espesos barrizales. Tras él quedaba un confuso murmullo de voces, círculos de luz persiguiéndose y ladrar de perros... Penetró en el bosque cercano. Tres días que se estuvo alimentando de las hojas de los árboles y durmiendo a saltos en cualquier montón de musgo seco. Tres días durante los cuales no vió a ser humano que pudiese indicarle una dirección para salir de aquel laberinto. El bosque le parecía interminable. Cada paso que daba, tan sólo servía para confundirse más y más. Estuvo a punto de perder la paciencia, la fe y cometer cualquier atentado contra su propia vida. Después meditaba y se reía de sí mismo, de su cobardía. ¿No había esperado tantos años aquel momento? ¿Por qué iba a desesperarse ahora, cuando poseía la misma libertad que las aves y las fieras que le rodeaban? Y reconfortado con estas filosóficas divagaciones, se echaba un puñado de hierba a la boca y seguía adelante entre el ceno movedizo del pantanoso bosque. Más adelante divisó humo por encima de los árboles. Esperó a la noche y se encaminó hacia aquella dirección que denotaba vida. Al cabo de unos minutos, el bosque terminó para dar paso a una explanada sobre la cual se elevaba un poblado oscuro, misero y triste. Ni un alma se distinguía por sus calles, ni un resquicio de luz a través de las ventanas cerradas, ni una estela olorosa que denotase que allí se vivía... Pensó que sería una de las tantas aldeas muertas que habían evacuado a la ciudad huyendo de los campos. Desvainó el cuchillo y llamó a la primera puerta que se le ocurrió. Uno, dos, tres.... muchos y repetidos golpes hubo de dar hasta que una voz desde dentro preguntó:

—¿Quién es?

—¡La Policía!—repuso.

A este conjuro se abrió más que precipitadamente la puerta y apareció sosteniendo un farol entre sus manos, un hombre arrugado, gris y viejo. Antonio le empujó, cerró tras de sí y puso el cuchillo en el pecho del tembloroso anciano.

—No grite. Soy un hombre que vengo huyendo de un campo de concentración. Quiero esconderme y comer. Tengo hambre y estoy cansado. No te ocurrirá nada.



El viejo no sabía qué hacer, y se limitó a entrar en la cocina.

—¿Qué quieres en mi casa? ¿Qué quieres de mí?—preguntó el anciano—. Estoy solo. No tengo a nadie que me defienda. ¡Vete! Déjame en paz. No quiero cuentas con la Policía.

Antonio, por toda respuesta, se sentó en un de rengado taburete.

La voz del viejo subió de tono y de temblor y ponía sus crispados puños ante la faz de Antonio.

—Te irás, maldito; te irás. Aunque viejo, tengo valor para echarte de esta casa.

—No te alteres, abuelo. No puedo irme y no me iré. Mañana, cuando esté descansado, es posible que cambie de parecer. Necesito por ahora reposo.

El viejo intentó abrir la puerta y marcharse, no sabemos con qué intención, pero Antonio se abalanzó sobre él y volvió a cerrarla atrancándola con un palo. El viejo, refunfuñando, se retiró a un sulo jergón de paja, se arrellanó en él, apagó de

un soplo la vacilante luz del farol y comenzó a roncarse inmediatamente. Antonio, por su parte, hizo lo mismo en el suelo. No se le ocurrió pensar que aquel anciano pudiera denunciarle. Además, estaba tan cansado, que no tenía tiempo de pensar en nada. Cuando por la mañana abrió los ojos Antonio, aún seguía roncando el viejo acurrucado en un viejo abrigo de pieles. Por la ventana de cristales dobles entraba un sol enfermizo y pálido. Antonio estaba desmayado. Se incorporó buscando algo de comer por todos los rincones, pero no encontró nada. Maldijo entre dientes. El mugir de una vaca le hizo volver la cabeza en el sentido de los mugidos. Procedían de una habitación contigua. Abrió la puerta y era un establo. En su interior había tres animales delgaduchos. Bajo uno de ellos, una mujer intentaba sacar unas gotas de leche al más ruego. Ella, al presentirse vigilada, tornó su cabeza y se encontró con la inmóvil silueta de Antonio, que desde el marco la contemplaba.

—¿Eres nuevo en el koljos?—preguntó ella con la mayor naturalidad.

—¡Sí! Llegué anoche. El viejo me dió cama y venía ahora a ordeñar las vacas—repuso Antonio, viéndose ignorado.

—¿Ordeñar a estos esqueletos?...—y soltó todo el raudal de su risa joven la muchacha.

—Ya veo que el invierno ha sido un poco duro para estos animales.

—Este invierno y todos. ¿O es que crees que el anterior fué mejor? Ya veo que eres forastero y que no conoces bien estas regiones. ¿De dónde eres?

Antonio era decidido en sus réplicas:

—De Leningrado.

—¿De Leningrado? ¿Y cómo te han mandado aquí? Ya habrás hecho alguna fechoría. Aquí sólo vienen los que estorban. Nosotros también somos desterrado.

—Si te empeñas en no querer partir, tendrás que trabajar para mí—dijo el viejo sin más preámbulos— Eres joven y fuerte. Yo apenas puedo con la azada y muero de hambre por no poder realizar la norma. Tú la harás y nos repartiremos los beneficios. Yo a cambio, te tendré aquí. Así que... allá tú.

—De acuerdo. Eso haremos.

En este poblado, formado exclusivamente por desterrados políticos, nadie prestó una especial atención a Antonio, que lo consideraron uno de tantos.

Antonio y Aña, que así se llamaba la muchacha, empezaron a convivir juntos, como si de un matrimonio se tratase. Se fueron a vivir a casa del viejo que—dicho sea de paso—jamás había estado tan bien atendido desde que se implantó el comunismo.

Posiblemente con el trato, Antonio llegó a considerar a Aña como algo indispensable en su vida, sin la cual no podía encontrarse a sí mismo. Este amor o esta necesidad, le impidieron de momento el seguir madurando su plan de evasión. Así pasaron hasta dos años. Surgió de nuevo la confianza en Antonio al verse tan olvidado. Contó todo a Aña. Ella, que estaba ilusionada con aquel hombre que le había mostrado el camino de la felicidad, no vaciló en ayudarlo.

Por aquel entonces llegó a la aldea un nuevo jefe procedente de Moscú. El cambiar frecuentemente de jefes era una cosa casi natural, y nadie se mostraba curioso ante estos sucesos. Este se diferenció de los anteriores en que llevaba consigo a una mujer. Una mujer que no dejaba de ser hermosa. Ella conoció a Antonio y le agradó. Pero Antonio parecía pendiente de Aña y de él mismo, y esta beldad le hacía poca gracia. Olga—que así se llamaba—comprendió que todos sus esfuerzos serían inútiles para derretir aquel tém-

pano de hielo y sintió celos. Celos de Aña, claro está.

Trabó amistad con ella. La audacia y la experiencia de Olga consiguieron que de los labios de Aña surtiese toda la extraña historia de Antonio. Lo contó todo a su marido o compañero y cuando menos lo esperaba nuestro compatriota se presentaron una noche en la casa donde vivía con Aña unos «milicioneros» para detenerle. Sin la menor resistencia le condujeron al puesto más inmediato de la M. V. D. Allí se aclaró todo. Se pidieron datos y señales y resultó que Antonio estaba reclamado como desertor por todos los puestos de la M. V. D.

Lo condenaron y Antonio recibió la nueva sentencia de «veinte y cinco años de trabajos forzados» con la más absoluta frialdad. Lo destinaron a un campo inmediato de prisioneros sito en la misma Siberia. No había ningún español; sólo rumanos, italianos y muchos rusos. Y aquí fue en donde Antonio conoció al italiano que nos relató la historia completa.

Antonio trabajaba en las minas de carbón. Era celosamente vigilado, porque sus antecedentes no podían ser peores. Cada día, cuando pasaba por el camino que le conducía al pco de las minas, se tropezaba con Aña. Antonio no se atrevía a mirarla y bajaba su cabeza al suelo abrumado por la pena...

Un día recibía nuestro héroe una bolita de papel por medio de un minero civil ruso. Una bolita, que Antonio desenrolló y contenía una escritura casi infantil. Aña le decía que se escapase del trabajo. Ella lo esperaba en la estación y de allí partirían hasta Omsk, para coger el tren siberiano. Antonio reflexionó: ¿Por qué no intentar de nuevo la evasión? ¿Acaso había de consumirse tan cobardemente en aquel ambiente? Una segunda bolita de papel enviada por Aña le decía que le esperaba un determinado día y hora en la estación. Nadie supo cómo fué. El caso es que Antonio se escapaba por tercera vez y al atardecer llegaba a la estación. Sólo una pareja de milicias armados con automáticos recorría el solitario andén. Pero la alarma dada desde la mina llegó hasta ellos: «Se había fugado un preso por tercera vez y había que registrar todos los trenes que entraban y salían». Aña también había llegado a la estación y se ocultaba tras las columnas en espera de ver aparecer a Antonio. Pero un grupo de soldados que acababan de llegar le impidió el acercarse a su prometido. Acorralaron a Antonio, que, al verse perdido y sin posibilidades de huida, decidió dar la batalla final cara a cara. Los soldados lo vieron, montaron sus fusiles y le dieron el alto. Pausadamente, y con las manos en alto, se fué acercando Antonio. Cuando estuvo a un metro del primero de los que apuntaban. Fué sólo un segundo. Se abalanzó sobre él, y arrebatándole el fusil de las manos, disparó una ráfaga a quemarropa sobre su pecho. El soldado cayó ensangrentado al suelo. De entre las tinieblas surgieron unos disparos que fueron a estrellarse y morir en la carne de Antonio. Se desplomó. Se fueron acercando hasta hacerle un cerco completo y volvieron a disparar sobre las palpitantes sienes del español, que se retorció convulsivo varias veces, hasta quedar inmóvil para siempre.

Tres días estuvo expuesto el cadáver de Antonio en el campo. Lo arrojaron sobre la nieve. El de Aña pendió durante otros tantos días en la portada central del mismo campo, para que pudiesen verla los de dentro y los de fuera...

Aun recuerdo—termina diciéndonos el italiano amigo de Antonio— cómo nuestro compatriota, después de muerto, sonreía victorioso, dejando ver la blancura de sus dientes agudos. Tenía los ojos abiertos, los ojos fijos en el cielo y la cabeza firme y esbelta. Fué un recio soldado que supo entregar su vida y morir con honor.

(Dibujos de Anselmo.)

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:

QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

SOCUELLAMOS, EL CHICAGO DE LA MANCHA



Si yo les dijera a ustedes que he estado en Socuéllamos cuatro noches prácticamente sin dormir, creerían, sin duda, que exageraba. Pero la realidad ha sido esa, y la doy por bien empleada.

Aquí, en Socuéllamos, no hay títulos nobiliarios como en otras villas de abolengo: hay sólo trabajo, sencillez y llaneza.

—Todo el mundo que me presentan ya son mis amigos —me dice John Rickett, londinense y albino, que está de vacaciones en España y ha venido aquí a ver la feria.

Y tiene razón. En Socuéllamos pronto se sentirá usted amigo de todo el mundo, porque este pueblo es abierto y acogedor: pueblo con visos de capital, que en unos años tan sólo se ha modernizado y ahora vive ya en la seguridad del bienestar y el progreso.

Antes de llegar ya me habían dicho:

—Por aquí se le llama el Chicago de la Mancha, porque progresan de día en día. Tienen obras como en las mismas capitales. Ya verá el Matadero y los Grupos Escolares y verá cómo viste la gente...

Pero, ciertamente, no había esperado encontrarme con un pueblo tendido en tres kilómetros cuadrados, con 16.000 habitantes, contra 7.000 que tenía en el año 1928.

—¿Y cómo puede ser esto?

—Pues porque aquí hay vida, y la gente viene y se queda.

En Socuéllamos vive del vino todo el mundo, porque la propiedad está muy repartida, tanto que baste decir que de las 35.000 hectáreas de que se compone su término, sólo existen dos o tres propietarios con número superior a 500 hectáreas, y el resto está dividido desde media hectárea hasta 200.

Por eso usted se asombraría del nivel de vida que existe aquí, donde todo el mundo es propietario, propietario de viñas y propietario de casas, como ya contaré más adelante. Por eso, esta

UNA TIERRA DE VINO SIN TABERNAS

EL VALOR DE SU PRODUCCION ANUAL ES DE OCHENTA Y CINCO MILLONES DE PESETAS



Arriba: Una vista del pueblo manchego de Socuéllamos.—Abajo: Elaboración de vino en una bodega de la villa

gente que vive en un buen desahogo económico se mueve feliz y satisfecha. El pueblo tiene una fisonomía alegre, limpia, cuidada. Pero hasta llegar a esto, el socuellentino ha trabajado sin descanso para poder hacer productivo un terreno baldío. Ha sido el empeño del hombre laborioso contra una tierra esquiva que al fin se le ha entregado sin reservas.

EN LA FERIA NADIE SE QUEDA EN CASA

Con dos ríos en su parte norte: el Záncara y el Córcoles, rodeado de un mar de viñas y al socaire

de sus arboledas, Socuéllamos, verde de chopos y blanco de cal, tiene más fisonomía de pueblo levantino que de manchego. Lo han hecho sus habitantes así, lo han vestido con su amor al árbol, de esta vegetación que lo rodea y que hace morir aquí la explotación literaria sobre el páramo manchego. Tierra de agua, sus pozos brotan por todas partes a una profundidad de tres a cinco metros. Ni un palmo de tierra sin cultivar, ni una hierba, ni una maleza. Sólo hileras interminables de viñas cuyo término no alcanza la vista a divisar. Ni un

solo cerro en muchas leguas a la redonda. Los más cercanos, a cuarenta y sesenta kilómetros. Antes, sólo la llanura esmeralda de pámpanos. Y en medio, el pueblo, con su dilatada extensión y erizado en las chimeneas de sus fábricas de alcohol.

Este pueblo, bonito porque sí, está ahora en la tregua de sus campos. El cereal ya está en los graneros: «Se ha hecho el agosto», como se dice aquí, y en septiembre vendrá la vendimia, que llenará sus calles y sus campos con el colorido y trasiego de esos 8.000 vendimiadores que vienen todos los años desde las provincias limítrofes. Mientras, hay que divertirse, y bien, porque esta gente sabe poner pasión en todo, en trabajar y en dar lustre a su pueblo. ¡Y vaya si lo dan! Alegría, garbo, señorío en esta fiesta mayor: la feria del Cristo de la Vega. Feria famosa en todos los contornos. Cada año se procura no defraudar al visitante, porque Socuéllamos en estos días de agosto está llena de gente de los pueblos vecinos.

Los forasteros lo inundan todo. El hotel Castilla está lleno. El hotel Cervantes, igual. En todas las casas hay algún amigo que viene a la feria.

—Aquel muchacho no es de aquí, ni aquél, ni ese otro, ni tampoco aquel grupo—explica alguien. Pasan Carmen Díaz y Antofita Bello, las dos de Ciudad Real, con Julia Cicuéndez, la infatigable Delegada Local de la Sección Femenina, que lleva catorce años en el cargo.

Lo más florido de la juventud del albaceteño y rico Villarrobledo ha llegado, y hasta del conquense y azoriniano Pedernoso. El real de la feria es una orgía de luces multicolores. Las calles están colgadas de guirnaldas de bombillas. Se vende de todo a lo largo de los puestos instalados en el paseo de Cervantes y se compra también de todo.

Por las esquinas, tinajas con las típicas berenjenas, de un aliño especial y agridulce, que en toda la provincia se comen como golosina.

—¡A las berenjenas de Almagro! ¡A las buenas berenjenas! Pasan muchachas espigadas y gráciles, que es la silueta característica de la mujer de aquí, llevando aún al brazo las madroñeras que lucieron en la corrida de la tarde. Una vuelta por el Real y a casa, a cenar y a dejar la mantilla. Después, a la feria otra vez.

Pasan grupos de mujeres de sencilla condición. Limpias, emperijiladas:

—Adiós; mañana torea mi hijo, ¿sabes?

—Pues irá a verle; descuida. La chiquillería pita y arma jaleo.

—¡Mamá, que está aquí don Paquito! Llévame al circo a verlo. Efectivamente, don Paquito, el famoso enano que hizo las delicias de la generación del 14, se exhibe viejo, pulcro y nostálgico.

La zona de atracciones, junto al parque, es una ascua de luz.

Un río humano por todas partes. Nadie se queda en casa. Se ha trabajado bien todo el año. Ahora la feria es la feria. Los

dos cines de verano están abarrotados.

BAILANDO HASTA LA AMANECIDA

En esta pista del Cervantes al aire libre hay un penetrante perfume a enredaderas. Los farolillos a la veneciana se balancean suavemente. Los músicos y el vocalista que han venido de Madrid llevan smóking celeste y pantalón negro. Las parejas, ellas muy bien vestidas; ellos, de indumentaria impecable. Abogados, médicos, ingenieros, arquitectos. Baila también don Pedro López con su hija. Don Pedro, que ha sido siempre un estupendo bailarín, renuncia todavía a su fama, aunque su pelo esté ya color de lino.

—Mire —me explican—, aquí clasificamos a las mujeres por monumentos, guapísimas y guapas.

Y como monumentos me señalan a Mariquita Montero, a Isabelita Parra, a Maruja y Lolita Ortiz, la casi adolescente aún, Marta Arenas, Isabel Valiente, María Dolores Carrasco, Nes'a Delgado y muchas más. Ahora que con las guapísimas y las guapas hay para poder parar la circulación.

En el mostrador del bar, un camarero asegura que el año pasado sacó mil pesetas de propina y que este año lleva el mismo camino. Otro jovencuelo, mientras fríega los vasos, lleva el compás del «bugü» que ataca la orquesta.

—¿Qué hay en plan de refrescar?

—Pues de todo.

De la mesa de Maruja Ortiz y Andrés Verdú, hijo del notario y notario en ciernes él también, se pide una botella de champán. En otra mesa, Félix Frías y su novia.

Afuera, en la calle, la gente se divierte a su manera. Un grupo, compuesto por «El Serrano», «El Aguardentero», «Robinson» y «El Chantero», casi todos albañiles, lo están pasando en grande. Se están tomando doce jarras de vino, así, por las buenas, y tres ruedas de churros. A todo el que quiera oírlos le cuentan eufóricos:

—Anoche nos amaneció comiendo melones. Esta noche tampoco nos acostamos.

Cuando vuelvo a entrar en la pista, el vocalista canta:

Pero no puedo olvidarte,
y eres como una espinita,
que se me ha clavado en el corazón...

Como todas las noches, y aun a trueque de faltar a la cortesía, yo me voy a acostar, pues no me encuentro con resistencia; pero, como todas las noches también, es un intento en balde. Un leve sueño y me tengo que levantar otra vez. La música inunda todos los ámbitos del hotel y es imposible dormir. Opto por acomodarme en el balcón que da sobre el bar de la pista. Es un buen observatorio. Las cuatro, las cinco. De pronto, alguien dice abajo, cómicamente escandalizado:

—¡No hay derecho! Somos un pueblo austero y trabajador y estamos bailando a estas horas como si estuviéramos en Villa Romana en Pavillón...

Y hay las risas consiguientes por esta salida. Pero para satisfacción de todos tengo que hacer constar que nunca aquí se pierde el buen tono, y si hay alegría, no por eso hay estridencias de mal gusto. Es un baile de respeto éste.

En las mesas, en torno a la pista, están los graves matrimonios y los sesudos padres de familia.

A las seis de la mañana, en el hall, Manolita Cicuéndez y yo hablamos aún.

—Ya casi no vale la pena de acostarse otra vez. Me he desvelado.

—Pues, sí; yo también me he desvelado.

Y es que la feria de Socuéllamos es mucha feria.

El vocalista cierra el baile con la última melodía de la noche:

Quiero mirar tus ojos
hasta aplacar mi sed.
No faltes a la cita,
que te espero a las seis...

Y así cuatro noches seguidas. Sin dormir.

REVOLCONES EN EL RUEDO

Por la tarde, novilladas serias y novilladas de aficionados. A la de aficionados se le ha querido dar un marcado tono popular, pues el Ayuntamiento siempre procura que en los festejos tomen parte todos. Y además que aquí nadie desdena tratar a nadie. En la plaza, un público dispuesto a jalear a sus diestros locales. Rondas de la clásica «zurra», que aquí es típico traer a las corrietas. Todo el mundo porta su garrafa. Y rondas de «zurra» y rondas de almendras van y vienen, porque es costumbre invitarse unos a otros. Lo curioso de la «zurra» es que es un auténtico «cup», con sus frutas y todo, que según parece se bebe aquí desde tiempo inmemorial, mucho antes, desde luego, de que en España la descubriésemos como bebida exótica e importada.

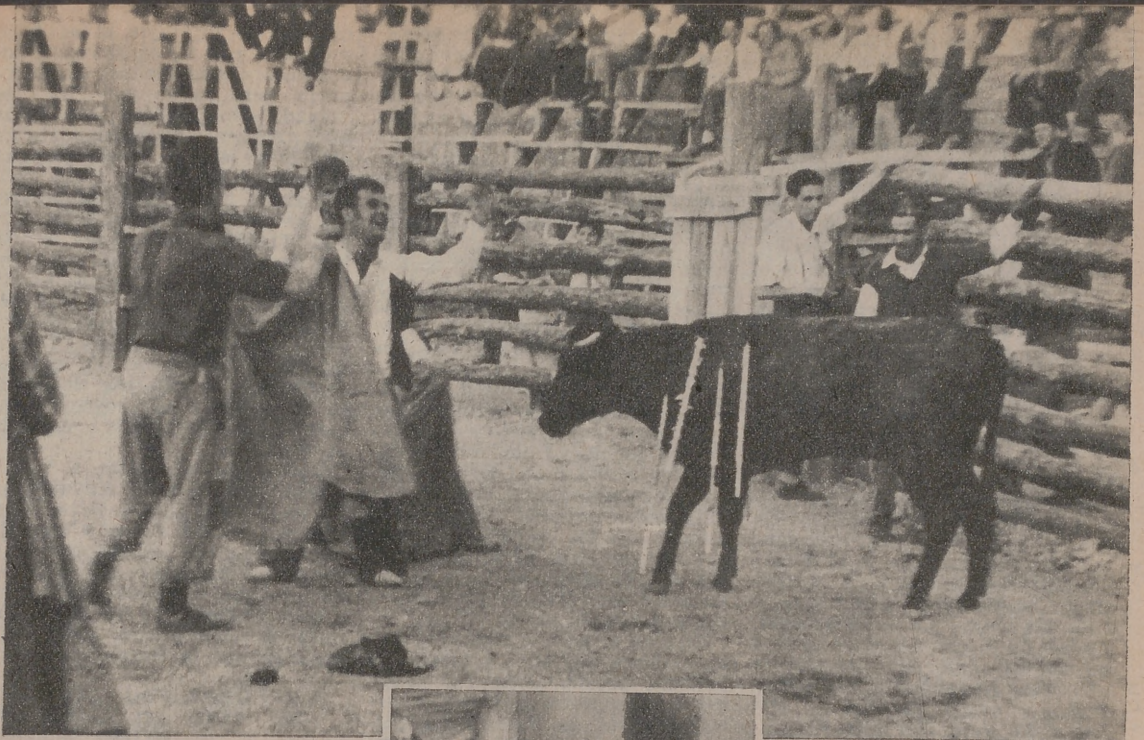
En el ruedo, revolcones y alboroto. La gente pide:

—¡Que salga Canut!

Y Canut es gracioso hasta el máximo, pero tampoco le va a la zaga «El Florido», que es el jardinero municipal, y que en medio de las mayores payasadas mata a su bicho limpiamente. Y claro, hay que concederle la oreja.

Para la chiquillería tampoco faltan las cucañas de pucheros. El buen pintor que es Pepe Jiménez ha sido el inventor de este gracioso festejo, que a mí me hace reír hasta saltármeme las lágrimas.

Pero el tiro de pichón es el festejo señor en Socuéllamos. Asisten muchos ricos hacendados de esta provincia y de las de Cuenca y Albacete. Ramón Alarcón y Antonio Bustos, socuemellinos y médicos, respectivamente, en Bilbao y Albacete, me aseguran que ellos vienen todos los años. También viene siempre el abogado Ignacio Izquierdo, yerno de Adriano del Valle. Hay varios premios. El primero, el del Gobernador Civil, con 2.500 pesetas; el segundo, de la Diputación Provincial, y el tercero, del Ayuntamiento de Socuéllamos. Aquí hay una gran eficción a este deporte, pues no en



baide vive en el pueblo Miguel de las Casas.

—Mirad, deja secos a los pájaros de un solo tiro. Ni siquiera revolotean—exclaman los entusiastas de Miguel.

Las Casas tiene 128 copas, entre ellas el Gran Premio de Canto Blanco. En Somontes siempre ha sido un temido competidor.

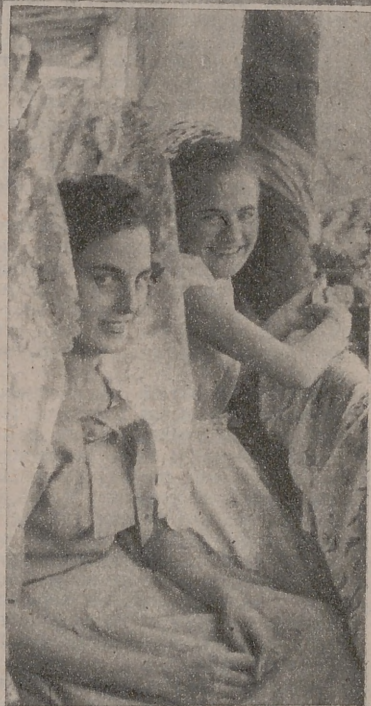
Ai final, los dos primeros premios y sus consiguientes copas son para él. Los restantes, para Nicolás Arenas y Rufino Martínez.

MOZART EN SOCUÉLLAMOS

Socuéllamos tiene un parque que fué para mí una sorpresa al encontrarlo. En él siempre corre una brisa impropia de estos días de agosto. Para esto, fácilmente, se comprende si se mira su frondosidad. Este parque tan bonito tan cuidado y con sus modernos y espaciosos bancos, siempre está lleno. Por los atardeceres, el parque es una inmensa mancha negra. La gente del campo que lleva la clásica blusa negra manchada descansa aquí de las duras faenas. Enjutos, con las huellas del trabajo en el rostro, departen en paz y en gracia de Dios, de sus cosas.

En este parque hay un quiosco para la música, y otro también en la plaza Mayor. En los días de feria, los conciertos siempre se dan aquí. En el invierno, en el cine Rex. El primer día que yo oí aquí a la Banda Municipal me causó una impresión difícil de olvidar. Pero no fué esto por la maestría de ese buen director que es el valenciano don Juan Moragues, ni por la afinación de todos sus componentes, sino por el público, que se apiñaba en silencioso silencio, casi suspendido el aliento, alrededor del quiosco. Eran campesinos y obreros de las bodegas, que escuchaban extasiados no una música chabacana, sino la «Marcha turca» de Mozart.

Y es que la pasión de Socuella-



Una novillada celebrada por los aficionados de la localidad.— Abajo: Guapas chicas de Socuéllamos presencian con sus mantillas las hazañas de los mozos en el ruedo

mos es la música, la buena música, que esta gente comprende con rara intuición:

—Mire usted, el que no le gusta la música es que está seco de alma o que es tonto. Ya ve usted, yo vivo muy lejos, pero en cuanto hay concierto, aquí estoy. ¿Y sabe una cosa? Pues que si hubiera otro por la noche no me iba a cenar. Los empalmaba. Ya ve si disfrutará con la música.

El que me dice esta larga perorata es Saturio, buen viejo y herrero de oficio.

Y cuando la Banda toca ahora el poema «Una noche en Granada», Pedro Alcolea, «El Chato Chirret», me explica:

—Escuche usted ese contrapun-

to, Mire, esos son motivos árabes. Ahora viene cambio de tiempo.

Y una abre tamaños ojos.

En cambio, no busque usted tabernas en este pueblo. No las hay. Y esto es una paradoja en una tierra de vino. Estos hombres trabajadores son tan austeros que no irían aunque las hubiese. Sólo hay, para ligero esparcimiento de echar algún tute, dos pequeños bares, Gredos y El Nido. Y esto, ciertamente, no es nada en una villa de dieciséis mil habitantes.

LA EMISORA ES DE TODO EL PUEBLO

Pues, sí; aquí también tienen su radio. La gente está muy orgullosa de ella. Además casi todo el mundo se considera parte de esta radio, porque se ha hecho con obligaciones de 500 pesetas, para que todo el pueblo participase en su construcción. Los chicos de la radio, Gregorio Trujillo, Paco Bello, Waldo Visier y otros muchos hacen desde el micrófono su poquito de crítica de espectáculos y su mucho de literatura. Bueno, ¿y cómo olvidar al alma de esta peña de escritores, al joven coadjutor don Joaquín Fernández Martín, que tiene para el micrófono un seudónimo alegre y juvenil, y como tal da unas amenas charlas sobre el panorama literario mundial?

—«El viejo y el mar» no se merecía el Premio Nóbel. Lo acabo de leer ahora y estoy convencido de que también para este Premio hay recomendaciones—me dice don Joaquín.

Luego me cuenta que él era entusiasta de «La Estafeta Literaria» y me refiere los graciosos detalles de cómo se las arreglaban para entrar de contrabando aquella publicación en el Seminario. De pronto la sorpresa:

—Si el Obispado me dejara, me gustaría hacer los cursos en la Escuela de Periodismo...

Pero la réplica de cómo se está aquí al tanto de todo me la da Nicolás Arenas cuando me dice:

—¿Sabe usted que Fulano—aquí el nombre de un escritor muy conocido—tiene trucos y latiguillos efectistas? Ahora le ha dado por emplear en sus artículos, en cuanto viene un poco a cuento, la frase de que tal o cual personaje llevaba puños alfonsinos.

También hay aquí eruditos de altos vuelos. El notario don Andrés Verdú, el doctor don Avelino Fernández Jiménez y don Alejandro Sirvent, entre muchos. Por cierto que don Alejandro en virtud de una promesa, está ahora levantando a sus expensas la torre de la iglesia.

Pero yo pasé un rato muy agradable departiendo con el párroco, don Julio Mata. Don Julio, que es murciano, se ha encariñado tanto con este pueblo que dedica todo su tiempo libre a desentrañar la historia de Socuéllamos. Ya ha conseguido descubrimientos muy interesantes en el Archivo Histórico Nacional, y el Instituto de Estudios Manchegos le tira sus obras de investigación. Ahora ha hecho un documentado estudio sobre don Antonio de Mendoza, comendador de Socuéllamos y virrey que fué de Méjico y del Perú. También me habla de don Pedro de Mena, médico de Felipe II, y, como Mendoza, de Socuéllamos.

—Se puede decir que don Fernando de Mena fué el precursor de la penicilina. En sus escritos profesionales recomendaba como muy beneficioso para la salud el comer el queso y el pan enmohecido.

Y cuando me despido me recomienda:

—No deje usted de hablar con Pérez. Es un labrador ocurrente y con mucha gramática parda.

Y, naturalmente, procuro verlo.

El señor Julián Pérez, con sus ojos picaros y su lengua oportuna, es el «Séneca» del pueblo, y cuando le pregunto que cómo ve el progreso continuo de su tierra me contesta:

—Mire usted, todo tiene su misterio en la vida. Casi siempre el que las cosas están bien hechas y vayan para arriba depende del corazón que haya. Y aquí ocurre que en el orden hay corazón.

—¿Y eso qué es?

—El orden le digo yo a la autoridad. Quiero decir que tenemos la suerte de que el Alcalde tiene corazón y al mismo tiempo vara de autoridad.

Y, claro, me quedé enterada.

UN PUEBLO EN MARCHA

En este pueblo de tres kilómetros de casco urbano, como ya he apuntado antes, hay que ir en taxi para verlo todo si no se quiere una mola. A las ocho y media de la mañana yo ya suelo andar por ahí viendo cosas. Ahí están los bonitos chalets de don Pedro Martínez, sobre la plaza y las casas de los Fonte, de los Ponce de León, de los Arenas, de don Melchor Moreno; casi todas de buena planta y presencia. Las calles están siempre enmarcadas por árboles; el árbol es aquí un motivo ornamental de primera clase. Hay calles hasta de dos kilómetros, como la del Generalísimo y la de los Caidos. Y, desde luego, todas adoquinadas.

En la parte antigua de Socuéllamos existen calles de nombres pintorescos: calle del Albaricoque, calle de la Arena, calle de las Cruces. En esta parte está la iglesia, y enfrente el palacio del virrey Antonio de Mendoza. Este palacio es ahora de don Ramón Lodares, y sus muros son de un espesor desusado aun en edificaciones muy antiguas. En él vivió también doña María de Pacheco, hermanastra del virrey y mujer del comunero Padilla. Se cuenta aquí que por lealtad hacia su paisana, doña María, los socuelleminos hicieron frente a tropas suizas de Carlos V que tuvieron que pasar por este pueblo.

El Socuéllamos viejo estaba separado del nuevo por enorme explanada solitaria y deshabitada, a la que llamaban el Coso, y que solía servir muchas veces para refugio de los vagabundos que merodeaban por estos alrededores. Así, la gente del viejo Socuéllamos o viceversa, rehúían el pasar por allí de noche.

Cuando el Ayuntamiento actual entro, hace dos años y medio, su primera preocupación fué urbanizar el sombrío paraje. Se hicieron casas, se iluminó cumplidamente y se levantó en él también dos grupos escolares, un centro de alimentación infantil y ese gran matadero municipal que dispone hasta de frigoríficos. Ahora el Coso es un puente tendido que une a la gente de la vieja y nueva parte.

Al otro lado del Socuéllamos nuevo, después de pasar la vía del ferrocarril—el pueblo lo atraviesa el tren en más de dos kilómetros—, están los barrios obreros y junto a ellos ese inmenso grupo escolar al que asisten mil niños.

El barrio obrero del Perpetuo Socorro, que es un barrio perfectamente urbanizado y de calles rectas e iguales, tiene la particularidad de que no hay en él ninguna casa de alquiler. Todos estos obreros son propietarios de la casa en que habitan. Y es que para la gente de esta tierra, por muy humildes que sean, es tradicional en ellos ahorrar para edificar la casa y después comprar, aunque sólo sea, media fanega de víña.

Pero también he visto más viviendas de obreros. Me refiero a los dos grupos de casas construidos hace dos años por el Ayuntamiento en colaboración con la Obra Social de la Falange. Estos grupos están también en esta parte del ensanche. Uno es completamente gratuito, y se le ha adjudicado a ancianos y enfermos. En el otro pagan cincuenta pesetas, y en él viven peones y trabajadores de poco jornal.

Pero me dijeron que fuese a «La Hoyuela», que es lo más grande que se ha hecho aquí, y picaron mi curiosidad.

«La Hoyuela» es una enorme mancha verde. Una chopera desfleada al viento, que si se entra en ella se cree una encontrarse en un auténtico bosque de espesura.

—Esto era una enorme charca pantanosa que amenazaba siempre la salud del pueblo. Cuando los Gobiernos liberales, venían los diputados, prometían mucho y después ninguno se atrevió con la charca. Cuando Anibal entró

de Alcalde dijo que él se comprometía a secar la charca y todos entonces le creímos un visionario. Pero ya ve cómo ha sido verdad...—me explica Juan Manuel Orriach, primer teniente de alcalde y jefe de la Hermandad de Labradores.

Orriach me refiere los proyectos de la Hermandad para este año. Traída de máquinas agrícolas, canalización de aguas en colaboración con el Ayuntamiento y la construcción en el sitio denominado «La lagartija» de dos grandes grupos de casas protegidas para labradores, en colaboración con el Instituto Social de la Vivienda. Y el proyecto también de la Cooperativa Agrícola de Regadíos.

Luego vamos hasta la vereda general que va desde Andalucía a Teruel y pasa aquí a dos kilómetros del pueblo. En este lugar la Hermandad de Labradores va a construir un abrevadero para el ganado que cruza de una región a otra. Enfrente se levanta la ermita de San Isidro, construída también por la Hermandad.

RECORRIENDO BODEGAS. EL VINO ES COMO MI HIJO

La gran riqueza del pueblo son sus bodegas y sus fábricas de alcohol. Dos millones de arrobas de vino produce Socuéllamos, y un millón de litros de alcohol, aunque de vino haya capacidad para tres millones de arrobas. Por todo el pueblo se abren las grandes portaladas de las bodegas: bodegas de Lambies, de Boronat, de Molina, de Arenas, de Sánchez Izquierdo, de García Casanovas, de Navarro, de Martinez, entre innumerables más. Montadas con todos los adelantos modernos y en las que se cuenta con vías de apartadero para entrar los fudres desde la estación a las mismas bodegas. Bodegas con prensa continua que prensan 16.000 kilos de uva a la hora, como la existente en la bodega de Titos. Se usan tinajas de barro, de Villarbledo, como es tradicional; pero como más práctico, ya en casi todas las bodegas se tienen las enormes tinajas de cemento armado con una capacidad de veinte mil litros. Lo más impresionante de las bodegas es ver una nave de conos. Los conos son de roble y tienen capacidad para 60.000 litros. Ni que decir tiene que el valor de estos conos fué de veinte mil duros hace muchos años, y ahora me dicen que valdrán el doble. En cada nave hay diez o doce conos de estos. Sirven para almacenamiento y crianza de vinos comunes, dulces, secos y mistelas. El valor anual de toda esta riqueza de Socuéllamos es de 85.000.000 de pesetas.

Cuando llevamos a la bodega de Arenas se está llenando de un vino pálido la cisterna de un camión «Pegaso» que mañana sale para Jerez.

—¿Para Jerez?

—Sí. No le extrañe a usted. Los vinos manchegos son necesarios como primera materia para elaborar otros de fama internacional.

Este vino es de un color precioso, y su bouquet y su sabor

son exquisitos. Mientras celebro el vino, el capataz, Julián, me escaucha suspenso y sonriente. Al fin dice:

—No sabe cómo me alegra oír-la... En cuanto celebran mi vino se me cae la baba. Es que lo quiero como si fuera un hijo mío...

Y lo gracioso del caso es que Julián no bebe. Lo emocionante de este hombre es que durante la vendimia, en las que se suele hacer hasta turnos de veinte horas, él no consiente marcharse, aunque el dueño le invite a ello, en atención a sus sesenta años. No se va. Y al fin se queda dormido sobre las mismas máquinas. Todos los hijos de este buen Julián también trabajan en esta bodega.

En la bodega de los herederos de Navarro, su gerente y uno de los dueños, el abogado don Miguel Navarro, me hace probar la mistela, que es especialidad de la casa. En la vía de apartadero, fuertes dispuestos a viajar. También para Málaga sale la solera del vino dulce.

—¿Cuántos fudres se exportarán?

—Pues para unas regiones y otras, cien fudres.

—¿Con capacidad?

—De quince mil litros cada uno.

Al terminar de recorrer bodegas aun vamos a ver algo más. La fábrica de harinas de Nuestra Señora de Loreto. Después, a visitar la finca «La Carmetita», de don Adolfo Fernández, y por último el balneario de la Hija, cuyas aguas tienen la mayor cantidad de sales de magnesia conocidas hasta el día. Por las calles del pueblo seguí viendo más grupos escolares en construcción, ya a mi regreso del balneario.

¡SEÑOR ALCALDE MA- YOR...!

Pero toda la riqueza vitivinícola de Socuéllamos, igual que la de La Mancha tuvo su crisis. En 1951, y aunque menos apremiante que la del 1934, se padeció por los precios ruinosos del vino una época de angustia en esta comarca que no tenía otra vida que su industria vinica. Los hombres de La Mancha hacían planes, se discutía, se planeaban soluciones; pero al fin todo quedaba en proyectos. Un hombre, sin embargo, llevó las decisiones a cabo: se llama Anibal Arenas y Díaz-Hellín. Era cosechero, exportador, vocal provincial del Sindicato de la Vid y amaba a su tierra manchega entrañablemente. Defendió los



La alegría invade las calles de la simpática villa en estos días de feria. Los pintorescos puestos de la feria dan una nota de color al pueblo manchego

intereses del vino con tanto calor que inmediatamente lo nombraron Vocal Nacional del Sindicato de la Vid.

—Es el pan de miles de hombres...

La resolución fué que la Comisión de Compras de Excedentes de Vino acudió a la última campaña a hacer compras de uva y de vino con precios y auxilios económicos como se estimaran convenientes para proteger unos precios para la uva y el vino remuneradores y justos. El vino de La Mancha se salvó y a Anibal Arenas se le nombró, además de Vocal Nacional, Jefe Provincial del Sindicato de la Vid en Ciudad Real. También se le concedió la Cruz de Cisneros, que su pueblo, por suscripción pública, le regaló en esmalte y brillantes. El 12 de junio se le impuso solemnemente. Este hombre es ahora el ilustísimo señor Alcalde de Socuéllamos.

Cuando le fui a ver, tanto me habían hablado de él que ya le conocía. Había sido una voz unánime y popular; pero cuando estuve frente a este hombre, pequeño, dinámico, que compone música, ama los árboles, y a quien vi secarse una lágrima hablando de su pueblo, entonces comprendí todo.

—Señor Alcalde, ¿por qué tantos grupos escolares?

—Es que quiero que la escuela busque al niño y no que el niño vaya a buscar a la escuela. El grupo escolar grande está muy lejos. Allí irán los niños de aquel barrio.

—¿Es verdad que a cuarenta niños de aquel grupo de mil se le dan en turnos de quince días

comida en el grupo? Yo he visto la cocina y el comedor.

—Sí; se le da un cuarto de litro de leche diario a todos los escolares, tanto de ese grupo como de los otros. A los cuarenta niños de turno se les da también la comida del mediodía.

—¿Y qué hizo usted en La Hoya, señor Alcalde?

—Fué una obsesión mía de siempre el que esa charca desapareciera. Cuando fui Alcalde, en lo primero que pensé fué en la charca. Entré un día 1 y el 15 ya se estaban plantando pinos. Se pusieron 20.000 pinos canadienses alrededor de la charca y las raíces fueron embebiendo el agua pantanosa. En la actualidad ya ha visto usted cómo está seca. Sólo me resta quemar ya completamente la hoya. Vendrán equipos del Ministerio de Obras Públicas, según me tienen ya anunciado. ¿Y el vivero no lo ha visto? Estoy muy contento. Hay en él unos plantones de pinos canadienses también que ya valen 20.000 duros el celemin. Quiero seguir repoblando todo lo que queda.

Después, la vuelta. Pero aun conozco a uno de los hombres más populares de aquí: el anciano practicante Cándido Pozuelo. Cándido, a pesar de sus muchos años, desde las siete de la mañana sale a trabajar. Puntual siempre, si es menester ir por las calles a la madrugada, en el riguroso invierno, pues se va. Su ternura es tan franciscana que los enfermos se animan cuando le ven:

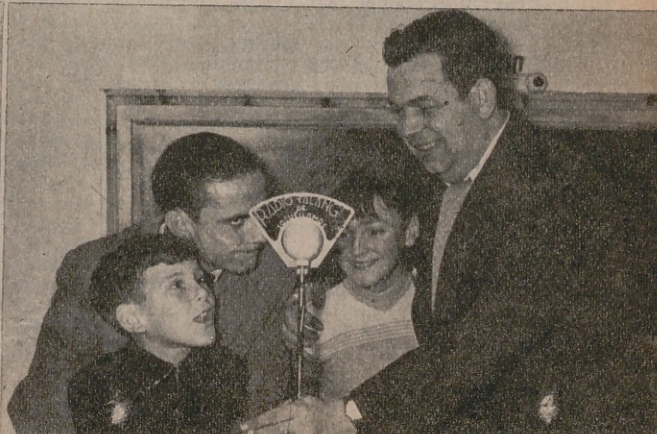
—Ya viene Cándido—dicen los parientes. Y el que yace en la cama repite consolado:

—Ya viene Cándido.

La verdad es que venir a Socuéllamos merece la pena.

BLANCA ESPINAR
(Enviado especial.)

La banda de música alegra las calles de Socuéllamos con sus aires populares.—Derecha: Una Comisión infantil en la radio de la villa



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EJERCITOS Y ARMAS ATOMICAS

Por F. O. MIKSCHÉ

F. O. Miksche

“MIKSCHÉ
is one of the world's
most stimulating military
writers. Here he tackles the
most crucial and thorniest
problem of the moment”

—Liddell Hart

CON la amenidad de una novela y sin perder por ello solidez científica, el coronel Miksche describe en su última obra, «Atomic Weapons and Armies», los profundos cambios experimentados en la estrategia con la introducción de las armas atómicas. La primera parte de la obra está dedicada a estudiar las experiencias obtenidas durante las dos últimas grandes guerras mundiales y en la segunda pasa ya a tratar de una manera exacta y detallada cómo serán las campañas del futuro. Miksche sigue creyendo en el valor invariable de la infantería, que representará siempre el papel decisivo, tras de adaptarse a las nuevas técnicas.

El coronel Miksche fue agregado militar en el Cuartel General de las fuerzas francesas libres durante la última guerra. Posteriormente estuvo como enlace en el Estado Mayor del general Eisenhower. Nombrado por el Gobierno checoslovaco agregado militar en París, dimitió por disconformidad con el Gobierno comunista de Praga. Últimamente ha sido profesor de táctica en la Escuela de Estado Mayor de Portugal. En la actualidad reside en París.

Miksché (F. O.). — «ATOMIC WEAPONS AND ARMIES». — Faber and Faber Ltd. Londres, 1953.

UNA NUEVA EPOCA EN LA ESTRATEGIA

EN febrero de 1954, extensas maniobras invernales fueron realizadas por el Ejército soviético. La zona elegida—Ucrania occidental—estaba situada al Noroeste de los Cárpatos, las tierras defendidas tan heroicamente en otros tiempos por las tropas austrohúngaras, el Ejército de mis antepasados. Según informaciones fidedignas, el Alto Mando soviético suponía que un agresor había logrado penetrar a través de los altos puertos montañosos, en la región de la capital de Bucovina, Czernowitz. Las defensas habían logrado aquí paralizar la ofensiva. En ambas partes se suponía el uso de armas atómicas y sus fuerzas aéreas eran aproximadamente iguales. Cada uno de los bandos concentraba sus principales esfuerzos sobre las líneas de comunicación y los centros de abastecimiento de su contrario. Y el resultado de todo ello fué, según los técnicos, que las operaciones quedaron en un punto muerto. A causa de la fuerte oposición aérea, las tropas podían ser sólo parcialmente abastecidas por el aire.

El veredicto de los técnicos soviéticos reafirma lo que yo intento demostrar en este libro. Basándose en la interpretación de las experiencias de las dos guerras últimas me enfrento con las posibles formas de táctica del futuro. ¿Tendrá mayor efecto el fuego de las armas atómicas sobre los campos de batalla del mañana que las posibilidades de movimiento? ¿Cómo se organizarán los futuros

Ejércitos? ¿Cuál será, dentro de la estructura de las nuevas tácticas, el papel de la Infantería, la Artillería, las fuerzas mecanizadas y los paracaidistas? ¿Qué relaciones habrá entre las fuerzas de tierra y aire o entre el frente y la retaguardia? Todos estos problemas, aunque de difícil solución, son de vital importancia. En cierto modo, la existencia de la civilización occidental depende de encontrarles una respuesta adecuada. El Ejército que cree una organización, un armamento y las tácticas correspondientes a las futuras formas de guerra se asegurará indudablemente decisivas ventajas. Por otra parte, existe el peligro de que se gasten muchos millones en equipos de utilidad limitada o de ningún valor, como resultado de falsas deducciones de experiencias pasadas. Mucho hay que pensar y descubrir para encontrar el completo significado de lo que se tiene en la mano.

Desde 1945 los occidentales han cometido muchas faltas. Política y militarmente sería difícil hacer las cosas peor de lo que se han hecho. La táctica es una esencial combinación de fuego y movimiento. Las nuevas armas producen nuevas formas de lucha, nuevas formas de ataque y de defensa. El desarrollo del poder del fuego tiende a aumentar su fortaleza. Como resultado de la invención de las armas atómicas el fuego ha aumentado su fuerza mil veces más. Al mismo tiempo, el movimiento sobre el terreno permanece invariable, pues los camiones y los tanques, que ahora se utilizan son los mismos que los de la última guerra. Es fácil decir que las tácticas futuras requerirán más velocidad, más penetración y más flexibilidad de movimientos, pero es difícil ver cómo las maniobras terrestres podrán competir contra las armas atómicas transportadas por aviones de reacción que desarrollan una velocidad de 700 millas por hora.

Hay, además, otros factores que tienden a favorecer la defensa. El agresor es obligado a operar al descubierto y cualquier fortificación ofrece hasta cierto punto refugio contra las bombas atómicas. Los defensores, además, se pueden proteger más fácilmente por medio de camuflaje. Su fortaleza se basa principalmente en el fuego concentrado, mientras que el éxito del ataque depende ampliamente de la agrupación física de fuerzas, apoyadas por la Artillería. En la guerra atómica será mucho más fácil para la defensa aunar el fuego desde diversas posiciones separadas, mientras que para la atacante será mucho más difícil, si no enteramente imposible, el forzar una decisión, con fuerzas necesariamente dispersas, ya que toda aglomeración se convierte inevitablemente en un objetivo sumamente vulnerable para las armas atómicas. Sin conexión en el ataque no puede haber penetración. El fuego sólo raramente decide el desenlace, y como sin movimiento no hay maniobra, consecuentemente no habrá decisión. ¿Hace suponer esto una estabilización de los combates? En circunstancias semejantes es muy probable que las fuerzas mecanizadas pierdan su importancia anterior, en parte por los numerosos antidotos que encuentran ahora en el campo de batalla, pero mucho más también por la gran vulnerabilidad de sus numerosos servicios auxiliares, sin los cuales nada puede hacer. No es

un gran problema en la guerra atómica cortar casi herméticamente los pocos canales de abastecimiento que existen en el sector de una ofensiva de 34 millas. Si los paracaedistas continúan teniendo valor es algo que también está en duda. Los descensos en masa pueden escasamente salir bien cuando se tienen irente a un enemigo que dispone de una poderosa aviación.

TACTICAS CAMBIANTES

Los horribles efectos de las armas atómicas pueden fácilmente conducir a un desarrollo totalmente diferente del que está previsto para los ejércitos actuales. En tales circunstancias, ¿no constituirá un fracaso en gastar tanto dinero como se hace en la construcción de determinadas máquinas de guerra? Existe también una cosa que se puede calificar de conservadurismo militar. Nada en el Universo es estático o invariable. Cualquier sistema de ideas o cualquier técnica requiere una continua renovación, un proceso en el que con el desarrollo de nuevas ideas y métodos, los anteriores procedimientos se hacen anticuados. En general, el hombre no cambia sus opiniones demasiado pronto, y su mente está más influida por el hábito que por la razón. La disciplina militar hace difícil el desarrollo de la crítica. Sir William Napier se oponía rotundamente a que el Ejército británico se equipase con un nuevo tipo de rifle, que, según su opinión, destruiría el espíritu de la Infantería, convirtiendo a los soldados en asesinos a distancia. Ni el mariscal Foch ni el general Ludendorff concedieron gran importancia a los tanques y consideraron a los aeroplanos como simples juguetes. Antes de la segunda guerra mundial, no sólo el mariscal Peñain, sino también otros muchos generales alemanes de la vieja generación, concedían importancia a la guerra mecanizada.

Sin embargo, no es menos peligroso el ignorar las lecciones del pasado y aventurarse demasiado en el reino de la utopía. La crítica está sólo en parte justificada. En todas las esferas debe reinar el justo medio entre el conservadurismo y el progresismo excesivo. Las falsas estimaciones sobre los efectos de nuevas invenciones no se limitan sólo a la esfera militar. Las primeras explosiones atómicas produjeron, sobre todo en Norteamérica, una fuerte conmoción. Todavía hay muchos que creen que unas cuantas bombas atómicas bastan para acabar con una gran potencia. Solamente una vez en la Historia se produjo este milagro. Fue en las campañas de Cortés y Pizarro en México y Perú, donde los indios, armados con arcs y flechas, lucharon vanamente contra el cañón y los caballeros revestidos de armadura. Pero incluso en este caso, los factores simplemente morales parecen haber representado un papel más importante que el material. Japón no capituló a causa de dos bombas atómicas solamente. Sabemos que ya antes de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki se preparaba a negociar un armisticio. La cuestión de si en una guerra, una decisión se puede alcanzar sin bombas atómicas se responde ciertamente con una afirmación categórica. A pesar de la invención de los rifles y de las piezas de artillería, la Caballería fué útil durante mucho tiempo. En la última guerra, las divisiones acorazadas actuaban sólo decisivamente si operaban conjuntamente con la Infantería. A pesar de todas las ventajas logradas en la técnica, los caballos han tenido un valor real en los barrizales de las carreteras rusas y en determinadas circunstancias en Corea, especialmente en primavera y en otoño. El desarrollo en todas las esferas de la actividad humana depende no de algo aislado, sino de un conjunto de circunstancias. La Infantería y la Artillería se adaptan a las nuevas condiciones de táctica gradualmente, cuando la estructura de un Ejército ha cambiado. El general en jefe está ahora a muchas millas del campo de batalla, perdiendo prácticamente el contacto personal con las tropas combatientes, con las que él comunica a través del teléfono. La aparición de los tanques, los transportes motorizados y la Aviación, produjeron otra nueva fase en la estrategia de la guerra. Ahora, las bombas atómicas provocan cambios fundamentales en la forma de los futuros ejércitos y tácticas.

PERMANENCIA DEL VALOR HUMANO

El cuadro final que emerge de un análisis de las experiencias de la última guerra muestra que las diversas armas blindadas, sin ser ya inútiles, han reducido considerablemente su inicial libertad de movimientos. Por lo que respecta a la Aviación,

aun no ha sido inventado, con excepción de los complicados y costosos cohetes, ningún auténtico y efectivo antidoto. No obstante, han surgido nuevas complicaciones para lograr la cooperación de las fuerzas de tierra y aire. La velocidad de los aviones de propulsión se ha hecho demasiado grande para que puedan adecuadamente apoyar las operaciones terrestres con la misma eficacia que antes. Los aviones que vuelan bajo no pueden ya bombardear los objetivos desde su propia observación. A poca altura ven la tierra de una manera semejante a como se contempla el paisaje cuando se va en un tren veloz, y con ello tienen una visión borrosa solamente. En tales circunstancias es difícil localizar objetivos, y si ellos lo logran es generalmente demasiado tarde para acción. Por otra parte, no se puede pensar en volver a los antiguos tipos de aviones para las misiones concretas de bombardeo cuando los aviones de propulsión dominan el cielo. Largas columnas que atraviesan carreteras, sean de tanques o de camiones, son vulnerables tanto para los aviones supersónicos como para cualquier otro tipo de aparatos, pero el problema cambia cuando se trata de neutralizar posiciones bien camufladas de artillería o puntos fortificados.

Todos estos hechos se discuten ahora, y se afirma que la creciente velocidad de la Aviación no puede perjudicar el modo alguno la cooperación con las fuerzas de tierra. No obstante, estaría contra toda la lógica el mantener que sus funciones son ahora exactamente iguales que antes. En general, los acontecimientos de Corea han confirmado las experiencias de la última guerra. Los combates en el Lejano Oriente han terminado con muchas ilusiones relativas al valor de las divisiones blindadas en el futuro. Muy a menudo ha sido el tanque el que ha tenido que ser protegido por la Infantería durante los ataques. Esta última ha marchado delante con el fin de limpiar el terreno de minas y de nidos «bazooka». Actualmente, la Infantería opera a una distancia de unas 300 yardas en vanguardia de los blindados. Pero, ¿qué ocurrirá cuando la Infantería de mañana se vea obligada a destruir posiciones antitanques, cuyas piezas alcanzan una distancia efectiva del mil yardas? Nada tiene de extraño que los americanos en Corea algunas veces hayan preferido atacar apoyados sólo por la artillería, en lugar de utilizar tanques, que les hubiera obligado muchas veces a protegerlos contra sus numerosos enemigos.

Las experiencias de Corea han demostrado de nuevo el valor de las fortificaciones militares. Tan pronto como irrumpe la infantería de una parte en la otra se impone el combate. Las operaciones adoptaron frecuentemente formas similares a las de 1917. Los intentos para rectificar el frente en un determinado sector fracasaron a pesar de la enorme cantidad de municiones gastadas por la artillería. Las trincheras probaron ser más fuertes que el efecto del fuego concentrado, y los tanques y la aviación, que colaboraban con aquél, tampoco sirvieron para mucho. El espíritu inventivo de los chinos encontró medios para aumentar la eficacia de las fortificaciones mejorando el camuflaje de los refugios individuales, defendidos por una infantería extremadamente ligera.

La guerra de Corea ha conformado el valor del soldado en la lucha contra la máquina. Los intentos de las fuerzas aéreas para aislar el frente de la retaguardia hostigando a columnas y camiones individuales con cohetes, bombas y otros medios ofensivos, no han logrado siempre lo que se proponían. Millares de coolies llevando pequeños paquetes de pertrechos sobre sus espaldas a través del campo para alcanzar las trincheras, se movían de un extremo a otro durante la noche. Fué por esto por lo que los americanos descubrieron por primera vez la doctrina de los «batallones fuertes», promulgada hace largo tiempo por Napoleón. En otras palabras, descubrieron la importancia del hombre en la batalla moderna, del hombre determinado a luchar y la incapacidad de las máquinas, que habían sido proclamadas como seguros sustitutos del hombre.

LA DEFENSA ATOMICA

Desde la invención de las armas atómicas, muchos cerebros se han esforzado por descubrir las formas tácticas de las futuras batallas. Las contramedidas que generalmente son recomendadas contra los devastadores efectos de estas armas son las de más camuflaje y más dispersión. Esto es fácil de decir, pero no de hacer. El camuflaje es más difícil en el ataque que en la defensa. Con la

excepción de casos especiales, tales como los de zonas boscosas, el problema permanece todavía muy por solucionar. Por lo que se refiere a la dispersión, también existen grandes límites. Cualquier decisión de una batalla exige una concentración. Y esto no lo puede cambiar ninguna nueva circunstancia.

En una batalla atómica cada una de las partes del sistema defensivo—la artillería atómica, las fuerzas aéreas tácticas (armas volantes) y la Infantería—tiene una tarea específica en el combate, y el éxito de cada uno se refleja decisivamente sobre lo que hacen los otros, y afecta al desenlace final de la batalla. Todo el sistema funciona como un filtro profundo. Visto a gran escala y a través de los ojos de la primera guerra mundial, se puede decir que el bombardeo atómico por la Aviación y los cohetes representa el papel de las antiguas cortinas de artillería y que las baterías atómicas cumplen la tarea de las ametralladoras.

Las fases de una batalla defensiva son, a grosso modo, como sigue: primero comienzan a funcionar los detectores de radar y se inician los reconocimientos aéreos para determinar las intenciones del enemigo. Fuerzas aéreas tácticas, en colaboración con batallones de armas volantes, hostilizan sus movimientos sobre sus líneas de comunicación. Las fuerzas atacantes que logran atravesar la sucesiva serie de barreras que encuentran a partir de su base de partida, penetran en la zona de la artillería atómica. Si logran desencadenar la ofensiva, corresponde entonces a los tres cinturones sucesivos de fuerzas de tierra el parar su avance conjuntamente.

Especialmente todo sistema táctico de este género se basa en la interdependencia de las dos partes componentes: la acción de las armas atómicas y de las armas convencionales. Quizá se diría mejor que el uso de las armas atómicas depende más de consideraciones estratégicas que las de tipo convencional, que son esencialmente tácticas. ¿Dónde encuentran la artillería atómica y los batallones de cohetes su lugar en este conjunto? ¿Debe su acción subordinarse a la de las fuerzas de Infantería o a las de aviación? Hay importantes argumentos en uno y otro sentido. Unos creen que la cooperación entre las fuerzas convencionales y las armas atómicas es esencial; otros consideran que el mecanismo total de la defensa se basa principalmente en el efecto combinado de la artillería atómica, los batallones de armas volantes y la aviación portadora de bombas atómicas, y que todo lo demás debe girar alrededor de este núcleo y adaptarse al mismo. Creemos que el desenlace de la batalla depende esencialmente de la cooperación de todas sus partes. En la batalla defensiva las fuerzas de tierra convencionales tienen como misión principal el proteger las bases aéreas, las posiciones de artillería atómica y las plataformas de lanzamiento de las armas volantes.

Algunos se plantean la cuestión de si no será ventajoso en determinadas circunstancias organizar un mando separado para la artillería, y los batallones de armas volantes, al cual deberán estar subordinados los aparatos de la aviación táctica. Un argumento importante en favor de esta tesis es que el uso de las armas atómicas requiere técnicas y tácticas especiales. La estructura en la que actúa el arma atómica es incomparablemente mucho mayor, tanto en profundidad como en longitud, que la esfera de acción de las divisiones o los cuerpos de ejército. Su campo es la actualidad del teatro bélico. El total desenlace de la batalla, tanto la de tierra como la de aire, dependerá inevitablemente de la lucha por el dominio de las armas atómicas. Este será el principal objetivo de la pugna, pues es lógico que la parte que logre paralizar las armas atómicas de su contrario limpiará el camino para el avance de sus fuerzas de Infantería.

La realización de una contraofensiva a gran escala puede muchas veces ser más difícil que el desencadenamiento de un ataque. ¿Cuál será el papel, en una batalla de este tipo, de las reservas estratégicas, mantenidas en la posición central tras el frente y a unas distancias de ochenta a cien millas? ¿No ocurrirá que estas fuerzas no logren atravesar las barreras sucesivas de las fuerzas aéreas tácticas hostiles al tratar de alcanzar los sectores amenazados? Indudablemente tendrá que contar menos con el factor sorpresa que el atacante, que tiene ya la iniciativa, especialmente en el aire. En ningún caso parece razonable suponer que las reservas estratégicas se mantengan a una

distancia que no pueda ser cubierta en una simple noche.

Hablando de una manera general, en las campañas atómicas el papel de las principales reservas tácticas será más importante que durante la pasada guerra. Pero con el fin de poder cumplir su tarea, deberán estacionarse lo más cerca posible de las líneas de combate. Sin embargo, las concentraciones amplias de tropas deben evitarse en lo posible. Las tropas mantenidas en dispersión deben reunirse inmediatamente antes de la acción y en la proximidad de la zona en la que van a comenzar a operar. Suponiendo que la retaguardia del enemigo es fuertemente bombardeada por la artillería atómica, dos batallones de tanques y uno de Infantería provistos de «jeeps», estacionados en un tercer cinturón defensivo, deberán bastar, por término medio, para repeler a las fuerzas que hayan logrado romper la primera línea en un punto y hayan alcanzado la segunda.

ATAQUE ATOMICO

La cuestión de cómo un ataque atómico debe ser realizado contra un enemigo que no tiene armas atómicas es simple de responder. Una o varias bombas atómicas, acompañadas por proyectiles de la misma clase, lanzados en unos pocos puntos importantes de las posiciones hostiles, seguido por una rápida irrupción de las fuerzas blindadas de Infantería bastarán para decidir la batalla, esto en cierto modo sería algo que los estrategas califican de una «Super-Blitzkrieg». El problema se hace mucho más complicado si ambas partes poseen armas atómicas.

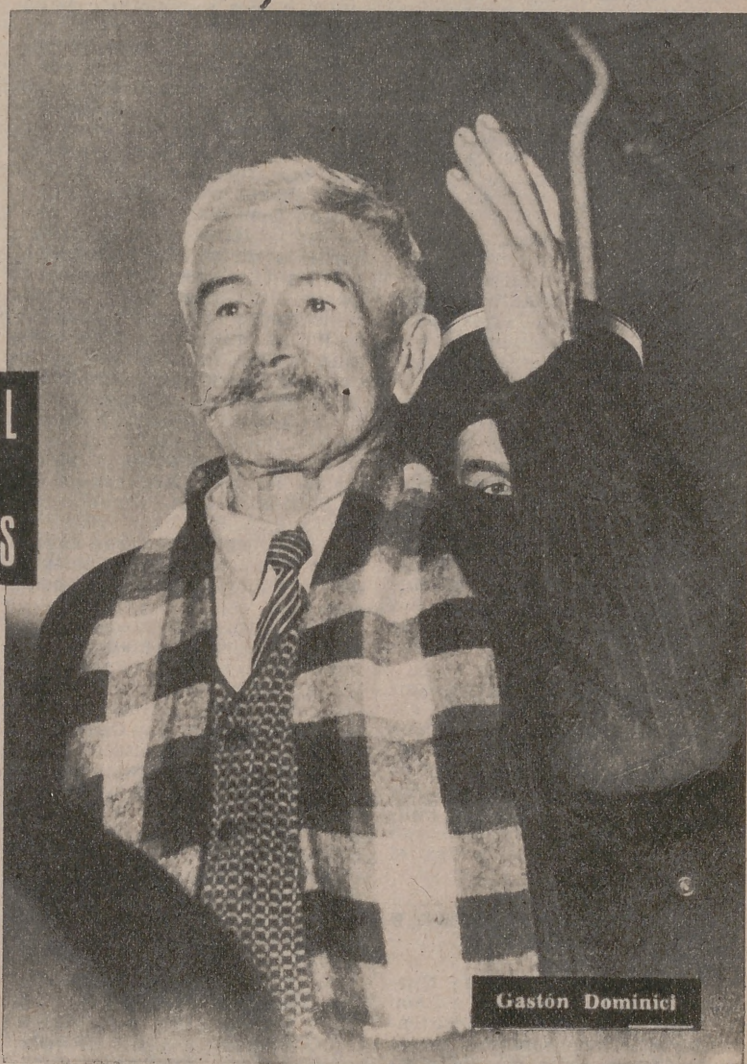
En este último caso la lucha por la superioridad aérea inicia el ataque. Para asegurarse la libertad de movimientos detrás de su propio frente, las fuerzas aéreas hostiles tienen que tener seguras sus bases, y, por otra parte, los espacios celestes que dominan toda su retaguardia tienen que ser protegidos constantemente por patrullas de caza. El uso de armas atómicas puede dejar sentir su influencia en la lucha por la superioridad aérea. Realmente, parece que será mucho más fácil en el futuro destruir una gran parte de la aviación del enemigo en tierra a través de un bombardeo que en el aire. Los aeropuertos no pueden ser camuflados adecuadamente y una simple bomba atómica basta para aniquilar no sólo la mayor parte de los aeroplanos estacionados en él, sino también para dañar seriamente muchas de las instalaciones técnicas indispensables para el mantenimiento del servicio. Estos golpes deben darse inmediatamente contra todas las bases aéreas conocidas, y si es posible simultáneamente, poco antes de que comience la ofensiva de las fuerzas de Infantería. Con el fin de evitar este peligro, la dispersión de las fuerzas aéreas se hace también inevitable en una campaña atómica. En lugar de grandes bases aéreas, se deben construir muchas pequeñas.

Los reconocimientos aéreos, en cooperación con las investigaciones de radar, concentrará toda la atención sobre las bases de artillería atómica y las plataformas de lanzamiento de armas volantes. La Artillería debe desorganizar la retaguardia de la primera línea defensiva. Durante el propio ataque, la artillería ordinaria debe proteger el avance de la Infantería, mientras que los proyectiles atómicos deben caer implacablemente sobre la retaguardia. La Aviación, portadora de bombas atómicas, tratará de aislar al sector atacado de sus reservas y abastecimientos. Fuerzas aéreas convencionales y batallones de armas volantes completarán esta tarea destructiva. A pesar de una preparación tan prodigiosa y de una cooperación tan perfecta de todas las armas el ataque no será nunca fácil y además siempre correrá el peligro para las fuerzas agresoras de perder el contacto con su retaguardia. En esta lucha feroz la Aviación representará un papel todavía más importante que en el pasado. No hay duda que todo gira alrededor del que logre neutralizar a su enemigo. Las batallas atómicas provocarán gigantescos combates aéreos, durante los cuales las fuerzas de tierra representarán un papel relativamente subordinado. Bajo el impacto de los aplastantes efectos de las armas modernas, el fuego puede adquirir una decisiva preponderancia sobre el movimiento, paralizando ampliamente al último. Sin embargo, la guerra de trincheras puede difícilmente provocar una decisión. Clausewitz dijo ya que la defensa, a pesar de ser la forma más fuerte de guerra, tiene, sin embargo, un objeto negativo.

GASTON DOMINICI, CONDENADO A MUERTE, VUELVE A ESCENA

A LOS TRES AÑOS DEL CRIMEN DE LURS SE RECONSTRUYEN LOS HECHOS

EN UN AMBIENTE DRAMATICO, LA POLICIA DE PARIS SE ENFRENTA CON LOS JUECES, ADVERSOS A LA REVISION DE UN CASO FALLADO



Gastón Dominici

CINCO GRANDES ABOGADOS DEFIENDEN AL PATRIARCA DE LA "GRAND-TERRÉ"

UN CAMPESINO CON BACHILLER ELEMENTAL CONVERTIDO EN DEFENSOR NUMERO UNO

HAY días con sorpresa. El día 21 de julio, en la oficina de Correos del distrito XV de París, un hombre alto, de cara morena, de largas espaldas y pintoresco acento de los Bajos Alpes, dejaba en la ventanilla número 3 un telegrama, en el que se habían escrito, sobriamente, doce palabras:

«Al señor Gastón Dominici, prisión de Beaumettes, Marsella.—Investigación comienza. Afectuosamente, León.»

El empleado las contó maravillado. Cobró el importe y vió, después, cómo se alejaba con un paso fuerte, casi atlético, el campesino. Y nada más, salvo su sorpresa. El funcionario no pudo saber, en aquellos momentos, a última hora de la tarde, cómo había sido el día de León Dominici.

Este había llegado a París por la estación de Lyon con dos ideas en la cabeza. Dos ideas só-



En primer lugar, M. Rozan, representante del Ministerio Público, y el abogado general, Sabatier

lidas, duras y tenaces, como suelen ser las de los hombres del campo. Una de ellas, que ya había esgrimido en unas famosas declaraciones al periódico «Le Parisien», era la creencia absoluta en la inocencia de su tío Gas-

tón. La segunda, pícaro y aventurera, era una confianza personal en que «las cosas había que moverlas desde París». Y las cosas que habían de «moverse»—según sus palabras—eran, entre otras cosas, la lentitud y las dilaciones

puestas, por un lado y por otro, para abrir una nueva encuesta, cuando se daba el caso que la Prensa, la opinión pública y la Policía se manifestaban fuertemente favorables a un examen de conjunto de la terrible historia de Lurs.

León Dominici, que había salido de la noche anterior de Corbières, un pueblecito en el límite mismo de los Bajos Alpes y Vaucluse, llegaba a París, por circunstancias fuera de todos sus cálculos, en un momento clave. En la estación de Lyon se enteraba por los periódicos, mientras tomaba un café caliente y humeante, que la investigación comenzaba. El expediente del patriarca de la «Grand-Terre» quedaba abierto con un eufemismo jurídico: «Para encontrar a cualquier clase de cómplices...».

León Dominici, sobrino del condenado a muerte, que es casado, que tiene dos hijos, que es apicultor y no ha llegado a los treinta y seis años, no es hombre que se arredre. Desde siempre, además, en la familia se le ha considerado como el intelectual. El mismo Clovis Dominici, aferrado siempre en la declaración de culpabilidad de su padre, ha dicho de él: «Es el más preparado de nosotros... Ha hecho el Bachiller.»

Un día en París, para un campesino con prisa, es hacer las cosas una tras otra. Eso es lo que hizo León Dominici, viviendo así de oficina en oficina, la trama silenciosa que se esconde al gran público. Primero fué a la Policía. Primero se abrochó bien, con las fuertes manos bronceadas del traje azul.

«EL PEPE VA A ESTAR CONTENTO.»

El comisario divisionario Chenevier recibió en seguida a León Dominici. Le miró inquisitivamente, y le hizo sentarse. En la oficina hacía calor. El día estaba, desde la mañana, tempestuoso y cálido. León Dominici puso, sobre la ancha mesa, los periódicos. Sus primeras palabras sorprendieron al policía por su acento seguro:

—Pépe—el nombre familiar de Gastón Dominici—va a estar contento. Estoy seguro que comenzaba a creer que nadie se ocupaba de él. Yo estoy seguro que es inocente. ¡Y lo estoy desde el fondo de mi corazón!

Lo curioso es que, aunque los periódicos habían dado la noticia (no era la primera vez), en la Policía no se había recibido ninguna noticia confirmándolo. El comisario Chenevier, sudoroso, llamaba a la Cancillería. Se volvía hacia León.

—¿Nada?

—Nada.

Con las malas noticias de la Policía marchó León a ver a uno de los últimos defensores del «viejo»: al decano Héraud, una personalidad prestigiosa y una verdadera autoridad moral de la «barra judicial» de París. El propio Héraud le acompañó al ministerio de Justicia y consiguió para él una audiencia de Cordier, el consejero técnico del ministro. Allí decía:

—Yo no pretendo conocer al

asesino. Ello, en el fondo, no me concierne; pero vengo a defender a un inocente. En el proceso de Digne, la partida no era igual. El vocabulario francés de mi tío se reduce a una cincuentena de palabras...

Ya el escritor francés Giono, en un libro recientemente publicado sobre el proceso, hacía público este nudo difícil e inabordable de la lengua. Muchas cosas ha habido en Digne oscuras, extrañas, misteriosas, que, es posible, no se descubrirán nunca.

León Dominici seguía:

—Haría falta un Mistral para hablar a mi tío en provenzal...

A las 11.45, con las manos en los bolsillos incansable, visitaba al no menos famoso abogado René Floriot, que, con el decano Héraud, se ha unido al trío de los antiguos defensores, para oír buenas palabras de esperanza.

—Tened la seguridad—le decía—de que la Cancillería confirmará categóricamente la autorización del juez Carrias para que la Policía de París comience sus tareas.

A las cinco de la tarde llegaba la confirmación de las palabras de René Floriot. La Policía podía comenzar.

A las cinco de la tarde, la tempestad que desde la mañana amenazaba a la ciudad, estallaba. La lluvia, a caño abierto, inundaba las calles. León Dominici, desde las ventanas de la Cancillería, miraba, con sus escrutadores y conocedores ojos de campesino, el negro plumaje de las nubes. Las cuentas comenzaban: A tres años del triple asesinato de Lurs, a ocho meses del proceso de Digne (Gastón Dominici fué condenado a muerte el 28 de noviembre de 1954), la historia de Lurs partía a cero.

EL COMISARIO DIVISIONARIO CHENEVIER SE VA AL CINE A VER UNA PELICULA DE ORSON WELLES

El comisario Chenevier, encargado de la investigación de Lurs, tiene una divisa de combate. La divisa es ésta: «Un policía no debe tener nunca prisa». Pero, al revés de lo que ocurre con los buenos consejos, Chenevier practica diariamente su lema: «Toda precipitación—dice—revela inferioridad. Hay que ir con calma.»

Chenevier es de estatura mediana, grueso, con los trajes grises, un poco raquíticos en el vientre y que usa vistosas corbatas y anchos pantalones. Tiene una noble cara redonda, pensativa, de alta frente y una pacífica papada bajo la barbilla que podría engañar sobre su verdadero carácter. Este lo denuncian sus ojos, firmes, inquisitivos, sobre los que caen unos anchos párpados.

Cuando tenía veintitrés años era periodista. Un periodista activo y constante, que perteneció a las Redacciones del «Intransigeant» y del «Quotidien»; pero era la carrera policíaca la que le atraía, y hacía ella, al fin, determinó entregarse. Fué inspector, para que se cumpla eso de que de raza le viene al galgo, de comisarios tan famosos como Gabrielli o Biget.

De un carácter reservado y melancólico, tenaz y constante, llegó a representar rápidamente a la nueva promoción policíaca. Encargado de la célebre Brigada de represión del banditaje, Chenevier ha hecho frente y ha detenido, muchas veces por su propia mano, a bandidos tan célebres como Pierrot «el Loco» y Kumerat «el Asesino». Hace una quincena de años, durante la guerra, fué detenido por los alemanes, y escapó, al cabo de unos meses, del campo de concentración. Capaz de dominarse en todos los momentos, una vez que conoce al asesino no se precipita nunca a arrestarle. Le deja libre y le persigue, torturantemente, pensando que cometa una imprudencia que revele a sus cómplices. Tal es, pues, el hombre. A su lado, como su brazo derecho, está el comisario Guillard.

Lo primero que ha hecho el comisario Chenevier desde que supo, con carácter definitivo, que tendría que hacerse cargo de la investigación, fué hacer «pasar» ante sus colaboradores la película que Orson Welles ha rodado en la «Grand-Terre», y que ha tenido como protagonistas y como personajes al pueblo de Lurs y a todos los que han intervenido, de una forma u otra, en el crimen. Es un documental extraordinario, vivo, palpitante, al que se asoman todos con una fría, desnuda e impúdica complacencia.

Chenevier no habló una sola palabra durante la proyección. El humo de los cigarrillos encendidos hacía densa y profunda la atmósfera. Cuando se encendió la luz, dijo:

—Quería familiarizarme con los gestos y las expresiones de cada uno de ellos.

La película de Orson Welles, rodada, al parecer, sin el permiso necesario, ha sido intervenida por el Estado francés, y no podrá ser exportada. Ahora, simplemente, es un testimonio.

LOS JUECES, A UN LADO; LA POLICIA, AL OTRO

Como todo el mundo sabe, al día siguiente de la condena de Gastón Dominici, es decir, el día 29 de noviembre, el patriarca de la «Grand-Terre» hacía unas declaraciones a sus abogados, en las que acusaba directamente, como culpables del triple y bárbaro asesinato, a dos personas: a su hijo Gustavo y a su nieto Roger Perrin.

Algo debía estar poco claro, lógicamente en el fondo del proceso cuando desde el 29 de noviembre comienza a plantearse la posibilidad de una nueva investigación. La cosa, en principio, es completamente adversa a los procedimientos judiciales, para los que sentencia fallada es sentencia irrevocable. Sólo en caso de circunstancias o testimonios excepcionales puede darse el caso de una revisión; pero, ¿se ha producido este hecho en el crimen de Lurs? La contestación verdadera y exacta, a pesar de todos los pesares, es que no. Entonces, ¿cuál es el motivo que ha dado lugar a tan extraordinario acontecimiento? La contestación, como en el caso anterior, es muy

simple: la investigación, en realidad, es la investigación del proceso, de los procedimientos judiciales de Digne. De una serie de hechos que, quierase o no, se han producido. Tal, por ejemplo, la manifiesta parcialidad del presidente del Tribunal. Todo ello, como era natural, ha creado en el ánimo de la opinión pública, sensible al patetismo de la injusticia, la necesidad de la revisión. Porque, en realidad, no se discute apenas que Gastón Dominici sea culpable. Todo el mundo cree, de una forma u otra, que ha intervenido en la matanza. Lo que ocurre es que todo el mundo tiene la convicción de que hay algo más. Por lo pronto, todo ello ha servido para crear un estado de guerra entre jueces y policías.

Cuando los comisarios Chenevier y Guillard llegan a Digne se encuentran con la primera prueba. El juez Carrias les advierte claramente que no podrán ver en la prisión al detenido Gastón Dominici.

—¿Por qué?—dice, lenta y cortésmente, Chenevier.

—Porque Gastón Dominici, condenado a muerte, no puede declarar, ni aun bajo juramento.

Es algo así como si Gastón Dominici no existiera. Pero bajo todo ello late el antagonismo de los Tribunales provenzales y los policías. Hay que tener en cuenta, para comprenderlo, que, en caso de descubrirse un hecho nuevo, un culpable o un cómplice, la justicia queda en una grave situación ante la opinión del mundo.

Cuando el comisario Chenevier y su colega salían del Palacio de Justicia, el gran reloj de la plaza marcaba las nueve y media de la mañana. Todo un día por delante y sin permiso para penetrar en la prisión. Había mucha gente ante el despacho del juez, una avenida con dos hileras de plátanos enormes, esperando pacientemente para ver al famoso policía.

Mientras tanto, entre Marsella y Digne, se cruzaban unos telegramas. La Audiencia de Marsella, cuya principal negativa había constituido el punto de apoyo del juez Carrias, de Digne, para negar el permiso, se «ablanda». Ese mismo día al mediodía, los marseleses amantes del sol podían ver en la terraza de un gran café, corteses, amables y amistosos, a los magistrados y los policías.

La reconciliación se hacía sobre una bandeja de pastas meridionales.

EL GOLPE DE TEATRO: EL JUEZ BATTIGNE AC- TUA PRIMERO

Parecía, aunque el comisario Chenevier tuviera entornados los párpados, que la paz había sido restablecida. El documento que autorizaba a los comisarios de la Sureté a entrar en la cárcel de Baumettes el día 1 de agosto dormía ya en la estrecha cartereta negra del comisario Chenevier. Sólo que era el mediodía del día 31 de julio.

Sólo que era el día 31 de julio, y esa misma tarde, la Magistratura de Marsella daba un golpe de teatro: el juez Battigne se presentaba, inesperadamente

en la cárcel, y sostenía una entrevista de una hora con el condenado a muerte.

—Se trata—decía más tarde a los periodistas el magistrado—de «prepararle» para el interrogatorio de mañana.

Todavía, a una pregunta sobre el estado espiritual de Gastón Dominici, el juez Battigne hizo una afirmación importante y peligrosa:

—El viejo mantiene que es inocente, pero está menos afirmativo en sus acusaciones. Se olvida de muchas cosas y, el mismo lo dice, pretende tener ausencias.

Entre los periodistas, una voz la de Guy-G. Walrand, de «Figaro», se alzó con estas graves palabras:

—Se siente perfectamente que todo el mundo respiraría más libremente si el viejo Gastón perdiera definitivamente la memoria... y no se trata de una afirmación gratuita.

No se puede olvidar que, frente a este clima intangible, pero exacto, se habían levantado ya unas no menos directas y acusadoras palabras de los abogados defensores. Decían éstos:

—La investigación, que debió comenzar en el mes de enero, y en medio de unas circunstancias favorables, comienza hoy en unas condiciones singularmente difíciles. Todos aquellos que podían ser oídos por la Policía han sido puestos al corriente de las cuestiones que les van a ser presentadas. Todos ellos han podido reflexionar, concertarse en común, elaborar unos sistemas de defensa o recibir consejo. Y hay una cosa más singular todavía: desde hace varios meses, en su prisión de Baumettes, nuestro cliente recibe la visita de múltiples personas que le han expuesto sus puntos de vista sobre el «affaire» y se han esforzado en hacerle adoptar una actitud que no servirá a la verdad. Nosotros tenemos que señalar este estado de cosas al ministerio de Justicia...

Creo que ninguna palabra que yo diga superará la extraña y apasionante atmósfera que en-



El profesor de bioquímica de la Universidad de Londres, sir Jack Drummond, sabio de reputación mundial, con su mujer y colaboradora Ann Wilbraham, con la que contrajo matrimonio en 1940, y la hija de ambos, Elisabeth, víctimas del crimen de Lurs

vuelve la nueva encuesta. Intereses múltiples y extraños juegan cada uno su carta y su juego. ¿Podrá salir algo en claro en esas circunstancias?

EN LA PRISION DE BAU- METTES, EL MAS VIEJO CONDENADO A MUERTE DEL MUNDO LEE «LOS VERDES AÑOS», DE CRONIN

A las nueve de la mañana del día 1 de agosto, los comisarios Chenevier y Guillard, acompañados por el juez Battigne, que, por orden de la Audiencia de Marsella, debía escuchar el interrogatorio, se apeaban del Citroen negro de la Sureté parisisa. El cielo azul claro, de un día perfecto, presidía la mañana. ¿Cómo encontrarían al viejo Dominici? La noche anterior cuando los periodistas preguntaron al comisario Chenevier su opinión sobre el



La familia Dominici. De izquierda a derecha: Clovis, Gustavo, Aimé, Yvette—mujer de Gustavo—y la «Sardina», la mujer de Gastón Dominici y madre de Clovis y Gustavo

estado de salud del «viejo», les había dicho:

—Se habla mucho de que su memoria flaquea, que sus piernas no le sostienen. En realidad —había dicho—, la única indisposición sería que ha tenido durante su estancia en la prisión no ha sido otra cosa que una indigestión... Había comido mucho.

Era, para qué decirlo, una discrepancia total con las declaraciones del juez Battigne.

—Además—añadió—, durante el interrogatorio a que le sometí hace dos meses (cuando Chenevier fué encargado de una primera investigación oficiosa), después de once horas estaba tan fresco como yo. En determinado momento quise interrumpirle para que descansara, pero insistió en continuar... Yo creo que se divertía...

Cuáles sean las declaraciones que ese día hizo Gastón Dominici al comisario Chenevier no han sido hechas públicas. Sin embargo, se ha sabido que el campesino de la «Grand-Terre» goza de excelente salud. Antes del interrogatorio, el doctor Poulain le examinó atentamente para dar su visto bueno.

En la cárcel, Dominici tiene, vigilando su salud, una enfermera, y la Administración penitenciaria ha puesto a su disposición la biblioteca de la prisión... Por no se sabe qué extraña y misteriosa elección, el viejo y rebelde patriarca se decidió por «Los verdes años», de Cronin.

En las mañanas pasea por el patio, apoyado en un bastón de madera clara, con pasos lentos y decididos. En los días de calor, se aproxima a los altos muros y busca la leve sombra mañanera. La enfermera le sigue en su paseo.

Viste siempre—adopción de la que no ha habido forma de hacerle desistir—el pijama que la prisión da a todos los detenidos. Pero Gastón Dominici lo usa día y noche. Cuando pasea, lleva en la cabeza, de ojos azules claros un viejo sombrero de fieltro. Tal es el hombre.

Y aunque su declaración pertenece al secreto de la instrucción, parece extenderse la idea de que Gastón Dominici se afianza, primero, en su inocencia, y segundo, en las siguientes declaraciones, facilitadas ya por sus abogados: «Que se despertó sobresaltado en la noche trágica del 4 al 5 de agosto de 1952, por una serie de disparos y que, posteriormente, abrió la puerta de su casa. En la noche, que iluminaba entonces un magnífico claro de luna, vió a dos hombres (Gustavo y Roger Perrin) que llevaban en sus brazos a una muchacha... Cinco días después escuchó a través de una puerta de la hacienda, una conversación entre su hijo Gustavo y su nueva Yvette, tratando de las joyas de los Drummond.»

LA RECONSTRUCCION DEL CRIMEN, HORA POR HORA, Y BAJO EL CLARO DE LUNA

Todos estos días, Lurs ha sido el centro de una constante riada turística. Llegan gentes boqui-

abiertas, que miran y miran los tejados curvos y grises de la «Grand-Terre». Los Dominici han puesto un gran letrero doble que avisa de la propiedad es privada y está prohibido el paso. El segundo anuncia la presencia de un perro peligroso. Un mastín de alto pecho, de dura mirada.

La reconstrucción del crimen, hora por hora, de la noche del bárbaro asesinato, ha estado revestida de un dramatismo especial, solemne, grave. El comisario, el día 3 de agosto, había advertido a los habitantes de Lurs:

—Dormid tranquilos. Se trata de unas comprobaciones técnicas.

Pero la importancia de la reconstrucción estaba dictada por detalles tan importantes como éste: Un inspector había tomado contacto con el Observatorio de Saint-Michel-de-Provence, cerca de Forcalquier, y su Comandancia de gendarmería, para preguntar a los astrónomos si la Luna se encontraría, la noche del 4 al 5 de agosto de 1955, en la misma posición que tres años antes. La respuesta fué, de igual forma, de orden matemático: la Luna estaría más alta, 40 grados en lugar de 26, y, por tanto, las sombras serían más cortas.

El día 4, en la tarde, teóricamente, había quedado montado el escenario idénticamente igual que hace tres años. Allí estaba la camioneta, las camas; es decir, vuelto a reconstruir el campamento mortal de los Drummond. Sólo faltaban ellos, el matrimonio, y una niña, la pequeña Elizabeth, con su cabeza destrozada a culatazos.

Los coches de la Policía, parados a lo largo de la carretera nacional 96, eran los únicos que rompían la perfecta semejanza física con aquellas horas. El río Durance sonaba, como hacía tres años. La hierba, como declaraba León Dominici, tenía la altura que debía tener entonces: los sesenta centímetros.

A las cuatro de la mañana, como en la noche del crimen, la Luna iluminaba claramente el paisaje. Las sombras de los investigadores se prolongaban, fantásticas sobre la «Grand-Terre» y en torno al coche, colocado exactamente en la misma posición que la «Hilman» de sir Jack Drummond. A cincuenta metros de allí, sin embargo, destacaba una parte oscura. Era, precisamente, el rincón donde se encontró, en la mañana del 5 de agosto de 1952, el cadáver de la pequeña Elizabeth.

A la derecha, a unos 120 metros casi sobre la carretera nacional, la hacienda de los Dominici se divisaba como una gran sombra confusa. ¿Qué pasaba dentro?

La casa estaba cerrada a piedra y lodo; pero Gustavo, Yvette y María, la vieja María de Gas-

tón Dominici, eternamente de negro y con el mismo vestido, habían pasado la noche en claro. Un policía ha dicho que con los oídos pegados a las paredes.

Mientras tanto, en el campo, Chenevier daba órdenes ásperas a sus colaboradores. Los fotógrafos y los técnicos tomaban fotografías de siete segundos de exposición.

Una calma honda, misteriosa, atenazaba al pueblo entero, a Lurs, que un día habíase constituido en «muro de silencio».

LAS PRIMERAS DEDUCCIONES

Aunque los comisarios Chenevier y Gillard no han dicho nada, dos o tres deducciones han saltado por encima del parapeto de la reserva. La primera queda referida a la declaración de Paul Maillet. Paul Maillet, entonces jefe local del partido comunista de Lurs, pequeño hombrecillo malicioso, que, en su día, se negó a hablar, pero como resultado de un registro que verificó la Policía en su casa, encontrándole dos metrallitas, se decidió a hacerlo, ha vuelto a pronunciar las siguientes palabras:

—Gustavo me dijo que lo había visto y oído todo desde la hacienda.

Según la luz lunar de la noche, Chenevier tiene la seguridad de que ello no es posible. ¿Dónde estaba, pues, Gustavo Dominici?

Ya el viejo Gastón había dicho que Gustavo no se encontraba en su habitación durante la «masacre»... ¿Dónde?

La Policía ha hecho un examen cuidadoso y atento, vertido, además, en fotografías, sobre el lugar del posible asesinato de Elizabeth. Chenevier da una ingeniosa hipótesis sobre los movimientos de la niña, Elizabeth no se dirigió espontáneamente hacia la parte oscura del barranco donde fué encontrada muerta. Perseguida, ella debería haber corrido, teniendo en cuenta que era una niña, hacia la parte iluminada por el claro de luna, y nunca hacia la oscuridad. Al hacerlo así, se probaría, psicológicamente, que una segunda persona apareció, o guardaba la orilla derecha del río Durance. Es entonces cuando, aterrorizada, se introdujo en la zona oscura.

Esta teoría, perfecta en líneas generales, tropieza con la declaración del médico que hizo el primer examen de los cuerpos: «Elizabeth tenía los pies desnudos, y podría asegurarse que no habían corrido. No existía de ello la menor señal. Fué transportada allí.»

A pesar de las dificultades, Chenevier, después de una noche en vela, tenía una extraña y misteriosa sonrisa iluminándole la cara. Sin querer descansar, se dirigía, en las primeras horas de la mañana, a la gendarmería de Forcalquier para escuchar a nuevos y constantes testigos.

PAUL MAILLET DESEA QUEDAR BIEN Y TRAE A LA ENCUESTA UN NUEVO TESTIGO

Uno de los primeros testigos, oído durante horas por el comisa-

**SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA**

rio, ha sido precisamente Paul Maillet. Este, al revés que en los días de agosto de 1952, se encuentra abiertamente, por extrañas razones, dispuesto a hablar. Gustavo Dominici es amigo de Maillet, el ferroviario, desde niño, pero sigue en pie su primitiva declaración. Anteriormente las metrallas fueron motivo suficiente para que no jugara con la Policía, ahora ¿cuáles son? Nadie lo sabe exactamente. El caso es que Maillet ha traído a escena, como pescado en mitad de una noche de tres años, a un testigo que no había aparecido en el expediente del proceso. El hecho ha dejado estupefactos a todos. Las cosas ocurrieron así:

El sábado, día 7, Paul Maillet invitó a un radio-repórter, amigo suyo, a que transmitiera por toda Francia el siguiente mensaje: «Que se diera a conocer la persona que en la mañana del 5 de agosto de 1952, hacia las 8.30 de la mañana, llevó a Yvette de Dominici de la aldea de Lurs a Oraison.»

Ante el asombro de todos, un carnicero de Peyruis, el señor Nervi, se ha presentado, declarando que, efectivamente, ese día aceptó conducir a Yvette—que estaba en la carretera haciendo señas a los coches por el sistema de auto-stop—a Oraison, a unos 15 kilómetros de Lurs.

Nunca, hasta el momento presente, se había tenido conocimiento de semejante viaje. Cuando se interroga a Yvette, que es áspera y dura (no hace muchos días echó de la casa a un grupo de periodistas), contesta diciendo que fué a visitar a su médico... pero ahora el médico ha muerto. Pero existe otra respuesta: Yvette fué a ponerse de acuerdo con su padre, el señor Barth, que, como todos los martes, baja al mercado de Oraison. ¿Le pidió consejo? ¿Le contó lo que había pasado en la noche? ¿Dónde están las joyas, si, como se cree ahora, existe la posibilidad de que los Drummond fueran robados?

El hecho cierto es que el círculo se estrecha siempre sobre las mismas personas. Pero, ¿cómo se ha ocultado hasta el presente semejante hecho? El muro de mentiras comienza a quebrarse.

ROGER PERRIN, EL NIETO DE GASTON DOMINICI, EN GRAVE SITUACION

El lema de la paciencia, de la ausencia de prisa, debe ser vital en el desarrollo de los interrogatorios del comisario Chenevier. Digo esto porque los testimonios son incoherentes en la mayor parte de los casos, contradictorios, hasta el exceso, en otros muchos.

Uno de los testigos, Jean Calizi, obrero agrícola, amigo íntimo de Roger Perrin, afirma que éste mintió cuando dijo haber pasado la noche del 4 al 5 de agosto en la hacienda de su padre. En esta época, dice, Roger Perrin vivía solo en la casa de Sarre. Sus padres acababan de instalarse en otra hacienda, «La Cassine», y como él tenía miedo de pasar la noche a solas en una casa desierta, venía a acostarse en casa de



Un momento de la reconstrucción del crimen, con la furgoneta de sir Jack

nuestro patrón, el señor Garcin. El día del crimen salió a las siete de la tarde y yo no le volví a ver hasta el día siguiente.

En el interrogatorio del patrón, y al enfrentarse ambos testigos, el obrero titubea y afirma lo que dice su patrón: «Me he equivocado. Es después del crimen cuando Roger Perrin ha pasado varias noches en la hacienda. Mi patrón «debe» tener razón».

Pero, ¿dónde ha pasado la noche verdaderamente Roger Perrin? ¿En la hacienda de la «Grand-Terre»?

Una lucha cerrada, hosca, sin cuartel, producida muros adentro, pero cierta e implacable, se produce entre los dos «clanes» Dominici: los que creen culpable al viejo patriarca y los que afirman con Leon Dominici su inocencia.

Pero para que el simbolismo



El juez de Instrucción Batigne, y el comisario Chenevier, retratados en el Palacio de Justicia de Marsella

dramático sea más fuerte, queda, por encima de los acontecimientos y de los interrogatorios, la guerra subterránea entre jueces y policías. Diariamente el comisario divisionario Chenevier tiene que entregar una copia de sus trabajos al juez Carriás, de la Audiencia de Digne. Este ha dicho estas sibilinas palabras: «El resultado de esta primera semana no es decepcionante, pero los investigadores no aportan nada sensacional todavía, pero ellos están muy interesados en la continuación de la encuesta». Palabras textuales, duras, irónicas, que revelan un mundo aparte.

Mientras tanto, en la «Grand-Terre» una mujer, la vieja María, la «Sardina», como la llamaba públicamente durante el proceso del colérico Gastón Dominici, se aferra desesperadamente a unas idénticas palabras: «Gastón estaba conmigo cuando nos despertaron los disparos. Fué entonces cuando se levantó». Gustavo, al revés, obsequioso con la Policía, la ve actuar diciendo: «Busquen, que es necesario resplandezca mi inocencia». Clovis, el duro y enigmático Clovis, no pierde el tiempo ocultando que todo eso no servirá para nada: «El viejo es el asesino y no se descubrirá nada más».

Roger Perrin anda cauto, con pasos finos, huyendo de la hacienda, como si sintiera verdaderamente el apretado nudo corrido en torno a las flacas piernas. Sólo Paul Maillet sale de los interrogatorios del comisario sonriente, con su eterna pipa basculando en la comisura de los labios. «Ahora le toca hablar», dicen en las silenciosas tabernas del pueblo. Y un odio estrecho, inasequible para los forasteros, monta su guardia en torno a los hombres.

Así están las cosas: con la espada suspendida. Con una investigación abierta, a regañadientes, «para descubrir a X o a XX, cómplices de asesinato en Lurs».

Enrique RUIZ GARCIA

SANTOS MURILLO

LA INQUIETUD DE UN PINTOR EN BUSCA DE NUEVOS ISMO

LOS MOLINOS DE LA MANCHA Y LA INFLUENCIA DE SU PAISAJE



FONDOS de molinos transparentes.

El sol se tropieza de continuo con un revoltijo de cuadros en éste pequeño taller donde el pintor Santos Murillo trabaja. De entre el consabido polvillo dorado surgen melancólicos toreros —blanco del papel y negro del trazado hechos símbolo—, máscaras misteriosas y rabiosos scles a ver de salir de algún enredo de aspas. Sólo Eduardo Santos sabe de fijo dónde encontrar sus numerosos trastos y trásticos entre el ordenado desorden de sus cosas.

Y es una vida distinta y recogida la que juega con estos pinceles, tras los embadurnados cacharros de formas caprichosas. Y es una vida con sentido la que se alza airosa en los marcos de sus cuadros forrados con anchas tiras de papel impreso: trozos recortados de su «Manifiesto Ultrarrealista».

Porque Eduardo Santos Murillo es pintor de novedad. Pintor el primero en lanzar el grito de ultrarrealismo, tras haberlo madurado largamente. Con su «Manifiesto Ultrarrealista» bajo el brazo, Santos Murillo marca a la pintura un camino diferente.

**GREBAS DE COLORES
DEL SUELO DE SU PUEBLO. PINTOR DESDE
SIEMPRE**

El era sólo un muchacho. Viejas calles de Alcázar de San Juan. Viejos molinos. Eduardo era entonces único para recorrer las zanjas abiertas en las calles de su pueblo.

—Tenia yo siete u ocho años cuando en Alcázar estaban arreglando el sistema de alcantarillado. Y me gustaba husmear por las zanjas, escarbar bien en la tierra para encontrar gredas de colores.

Así, los colores del suelo de su tierra, el chiquillo los distribuía equitativamente entre vestidos y monicacos. Eran las cálidas gredas anaranjadas, las gredas violáceas y azulosas, cuando no los maravillosos hallazgos de los verdes claros, de los cces y de los amarillos.

—Lograba encontrar toda la gama. En un tono terroso naturalmente; pero la encontraba.

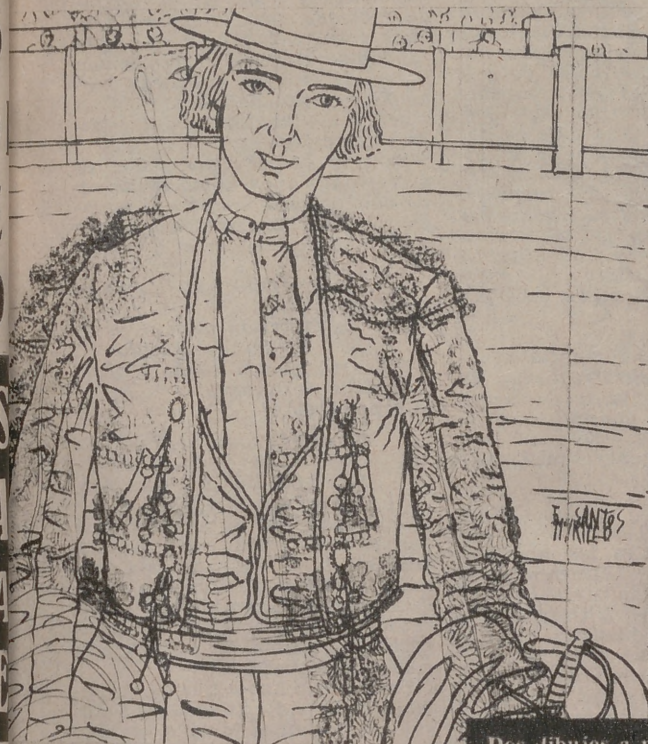
Y con estas tierras de colores disueltas en agua pintaba. Con sus gredas de su alma pintaba todo lo que se le pasaba por las mientes. Aunque por aquello de las manchas y de los tiznajos, en



Santos Murillo en su estudio
Madrid

casa se armaran, claro está, sus broncas y sus timborotes en tono menor o mayor. Pasaban pronto de todas maneras. El padre, cuando venía a Madrid, compraba pinturas para su retoño. Y hasta enseñaba orgulloso de vez en cuando a sus amigos, las «obras de arte» del chaval, que en estas ocasiones escogía presuroso el rincón más a mano para huir al horror

SU MANIFIESTO ULTRARRREALISTA



Dos dibujos a pluma de Santos Murillo: «La señorita torera» y «Soy una paleta y un crisol de vida» (autorretrato)

de miradas, caricias y cariñosos estirones de pelo.

—En lo que podía, mi padre favorecía mi vocación. Si le molestaba mi afición era cuando por pintar descuidaba otras obligaciones. Pero esto pasaba ya años más tarde, en la época del Bachillerato... Mi padre era un entusiasta de la pintura y del arte en general, aunque pensaba que vivir de él era bastante azaroso...

—Y... ¿tenía razón?

El pintor sonríe y se encoge de hombros.

—Sí, pero...

LOS AÑOS DE VAGABUNDO. — TÉCNICA Y DISCIPLINA

Este «pero» es el que ha podido más en la vida de Santos Murillo. Es el «pero» de lo ideal.

Por eso el chiquillo que escarbaba calles, continuó caminando campos. Las tierras manchegas propicias a idealistas y vagabundos fueron fecundas para este vagabundo de un ideal. Y vino el tiempo de husmear en los grandes molinos de Alcázar y de Campo de Criptana, de pasarse las tardes en el banquillo del taller de algún viejo botero aspirando el agrio olor de la pez. O de entrometarse en la vida de los patios de vecindad, para terminar sabiéndose de memoria los rincones donde las mujeres se peinaban unas a otras, puertas afuera de las casas.

Los molinos de las paredes del estudio adquieren un sentido. Los años andariegos del pintor tienen un trasunto en estos monótonos cielos, en estos colores planos.

—Buscaba la luz y el colorido de aquello que me rodeaba

Quizá por eso la admiración

por Sorolla. Y quizá por eso también esa tosquedad ingenua y consciente de los tipos y de las cosas que Santos Murillo pintaba por entonces.

La voz del pintor recorre años y maestros. Recorre ciudades: Santa María, Vázquez Díaz, Madrid, Roma, Florencia...

—¿Venecia?

Venecia y toda Italia. Yo pienso, sobre la cabeza amplia y definida del hombre, más allá de cuadros y paredes, en ese tiempo de estudio de técnicas, en esos años de disciplina. El que es restaurador por oposición del Museo de Arte Moderno, y que tanto sabe de técnicas clásicas, que ha querido sus manos expertas en el puro oficio, en la pura artesanía. ¿Por qué ha tenido que saltar, desdoblado el oficio en inquietud y la inquietud en técnica?

—Es posible que la razón sea esto mismo. Hasta que un pintor no está formado técnicamente, no se puede realizar a sí mismo, por lo menos totalmente. Yo he pasado muchos años formando retina, paleta y gusto. Luego es cuando vino la necesidad de expresarme a sí mismo. Y yo he logrado por el ultrarrealismo.

NACE EL ULTRARRREALISMO: OBJETIVISMO Y SUBJETIVISMO EN UN MISMO CUADRO

En el minúsculo cuarto no son posibles los ecos. Un pitillo tras otro, el humo crea espirales y dibuja mundos. Hay una jerra alemana de cerveza toca gótica y blanca, colmada de pinte-

les. Y hay muchas más cosas por entre las que Santos Murillo va y viene de un modo familiar. Casi inexplicablemente. No es alto. Pone una gran vehemencia en todo lo que dice. Probablemente porque todo o casi todo lo que dice lo ha pensado mucho y durante mucho tiempo.

—Las escuelas actuales resultaban pequeñas para mi necesidad expresiva. Y yo necesitaba expresar del todo mi subjetivismo. Pero expresarlo de un modo que fuese comprensible por el espectador.

—¿Y la solución?

—La solución ha sido unir objetivismo y subjetivismo en un mismo cuadro.

Hace un gesto con la mano. Quiere explicarlo más claramente.

—Yo parto de la realidad. Pinto primero la realidad... la realidad de un paisaje, por ejemplo. Y lo pinto tal y como es, en su realidad vigorosa, poniendo en ello mi grafismo propio.

Ante el cuadro «Roma dominatrix». Eduardo Santos analiza el dibujo del paisaje, la rotundidad del foro romano.

—Pero la realidad no es sólo esto. Me decían en cierta ocasión: «Arte es sensación de vida». Y no me parece suficiente esta definición. En realidad, arte, para mí, es dar una sensación superior a la vida». El ultrarrealismo es un hecho artístico que se propone reflejar ese soplo divino que Dios pone en la mente humana para elevarla. Por eso, en el caso del foro romano yo pinto, además de la realidad del paisaje, lo que este foro romano me sugiere: la Roma imperial, la «Roma dominatrix». El símbolo de esa idea lo hallé en Ostia:

era una estatua que representaba la Roma dominadora en la figura de una matrona que apoyaba su pie sobre la bola del mundo. Ahí la tiene usted.

Desarrollada en profundidad, levemente, tenuemente, la figura de una matrona romana domina toda la composición. Y vienen las dudas.

La parte subjetiva del cuadro, ¿habrá de guardar o no relación de perspectiva con la otra composición? ¿Se habrán de tener en cuenta en la parte ideal las proporciones, luz, etc., de la composición real?

— Existe un equilibrio entre ambas composiciones, pero las dos son totalmente independientes. Ni la luz ni las proporciones de una cuentan en la otra.

POSIBILIDADES INFINITAS. PRESENTACIONES Y EVOCACIONES

Este es el secreto de los transparentes molinos de nuestro comienzo. El molino real, vigorosamente trazado, se deja desbordar de vida interior e íntima. Y el espacio que él no agota lo colman hombres, aperos y calientes serijos.

— El ultrarrealismo ofrece posibilidades infinitas ya que cada realidad sugiere a cada ser ideas distintas.

Si cada ser evocará ante una planta, ante un objeto, ante un paisaje, algo totalmente distinto.

El pintor—manos extraordinariamente blancas y finas en su conjunto de hombre deliberadamente toscos—vuelve sobre su «Roma»

— Ni siquiera ante el espectáculo del foro romano dos españoles pudimos sentir la misma cosa. Un amigo mío, baturro que ya está haciendo ultrarrealismo, piensa que hubiera simbolizado la Roma imperial en una legión. «Yo lo veo como español—me decía—, y como tal la legión es lo que para mí simboliza el Imperio. Porque la legión fue lo que vino a Hispania.»

Cuadros y más cuadros ultrarrealistas. Desfile de planos en profundidad. Presentimiento de un torero ideal tras otro de carne y hueso, evocación de otro torero y de una máscara ante la realidad de un jubón antiguo y una chaquetilla abandonados sobre una mesa.

— ¿Siempre así?

— Siempre así.

EL ULTRARREALISMO VIEJA AMBICION DE LA PINTURA

No es, no, el ultrarrealismo un mero simbolismo, como pudiera entenderse equivocadamente. La imaginación puede obrar desasida o no de una creación dada.

— Pero todo esto no es nuevo. La ambición del ultrarrealismo existe en pintura latente, desde hace siglos. Hasta ahora no se había logrado.

Empezando por el Cuatrocento y el Cincuentocento italianos. Santos Murillo despliega, como lieros, sus razones. «Arte es cosa mental», dice. Llegamos a Miguel Ángel, y Santos halla un magnífico baluarte.

— Todo lo que en el ultrarrealismo hay de «deliberado» y de «consciente» está en Miguel Ángel. Porque Miguel Ángel es un buscador—deliberadamente—de su personalidad. Por eso pudo

convertir el dolor de angustia pagana del Laoconte en dolor cristiano.

Caminos de historia y de técnica. Cuando llegamos a estos últimos, las razones tampoco se agotan. Adelante.

— En muchos cuadros religiosos existe ya un desdoblamiento de idea: juntos se colocan personajes corpóreos y visiones de gloria. Pero esto es esencialmente distinto del ultrarrealismo, porque allí todo se desarrolla en dos dimensiones, mientras en el ultrarrealismo la composición se hace en profundidad. Aunque la parte real y la ideal tengan por separado un subjetivismo propio unidas ofrecen un subjetivismo distinto, muy distinto.

Y por si queda algún cabo por atar:

— ¿Surrealismo?

— Se diferencia esencialmente porque en el ultrarrealismo, ya lo hemos dicho, la acción de la imaginación es consciente, deliberada y selectiva.

Dios sabe va por qué pitillo andamos.

MANIFIESTO AL GRAN PUBLICO

Por todas partes los impresos del «Manifiesto Ultrarrealista»: Manifieste Ultrarealista, Ultrarealistiches Manifest, Ultrarealistich... Hasta en cinco idiomas se ha impreso las escasas dieciséis líneas que forman la esencia de la teoría. Y los grandes papeleros hechos tiras, le sirven al pintor para forrar los marcos de sus más representativas obras ultrarrealistas. El manifiesto lleva fecha de 1955. Al fin y al cabo han sido casi veinte años de estudios y tentativas de realizar una personalidad.

Y este es el texto:

MANIFIESTO ULTRARREALISTA

Ha nacido en la actualidad el Movimiento Ultrarrealista.

Ha nacido en la sana acción de la naturaleza sobre el alma humana para vigorizar el arte universal; la naturaleza forma, no deforma, y el Ultrarrealismo, semejante, sigue la trayectoria que marcan las leyes divinas tratando de formar nuevas creaciones de arte en que la razón y la estética tienen, por su motivo de existir, su parte justa.

Me decían en cierta ocasión: «arte es dar sensación de vida», pero me pareció insuficiente esta definición y pensé: «arte es dar una sensación superior a la vida». Considerando que el arte es el producto más excelso de esta se comprende que el Ultrarrealismo es un hecho artístico que se propone reflejar ese soplo divino que Dios pone en la mente humana para elevarla.

Ese sentimiento de poesía y misterio; ese mundo de ideas que envuelve y prestigia los seres, los actos y las cosas por sí mismos y en su prelación con la vida ante cada uno de nosotros; esa realidad que existe en cada uno de nosotros mismos más allá de la realidad propia de los seres, los actos y las cosas, puede también ser expresado por las artes plásticas, difícilmente, pero puede ser expresado. Estas cuentas con recursos ennoblecidos por la tradición que, debidamente utilizados por esta necesidad de nueva

expresión artística, dan resultados maravillosos.

Esta expresión artística propia de nuestra época, no puede sino considerar los grandes hechos artísticos como sus más ilustres antecedentes y debe ser considerada, más que como la expresión de unas formas, la de un concepto fundamental, como lo han tenido todas las escuelas artísticas, con amplias posibilidades no sólo de invención, sino también de calidad expresiva.

Surgida en mi inspiración de pintor hace años, como evolución normal del arte universal de todos los tiempos, comienza ahora a ser dada a conocer al gran público.

¡Por la expresión plástica de la realidad total!

¡Por la expresión plástica de la E. Santos Murillo

Mientras leemos, coñac y alguna botella derramada. ultrapercepción!

TERTULIA DE INCONDICIONALES. — EL ULTRARREALISMO DE LA PLAZA MAYOR

El creador de la nueva teoría pictórica es posible que sea un gran solitario. Y quizá hasta meticuloso en su aparente desorden. Cuando hace Exposiciones lo hace todo por sí mismo. Tampoco necesita a nadie en su pequeño taller de trabajo.

Como suele haber mucha variación en la vida del que persigue algo, para Santos Murillo las mañanas suelen ser de Museos y obligaciones. Y las tardes para el trabajo.

— ¿Tertulias?

— Una tertulia ultrarrealista.

Son pocos todavía. Catorce o quince asiduos, más los simpatizantes que no pueden asistir. Con mayoría de escritores, hay de todo: poetas, abogados, músicos, pintores.

Son los atardeceres y las noches agitadas, de discusión y de alboroto, de vehemencias y de palmetazos en el mármol de las mesas. Por la madrileña plaza Mayor cruzan al anochecer los ultrarrealistas, y parece que ya solamente por el nombre deberían tener aspectos de conjurados de otro siglo. Y como andan en el ajo caballo y arcos, nada les falta para que antes de llegar al bar Antillas, estos teóricos del ultrarrealismo hayan adquirido ante la realidad de la noche, ideales, capas y chambergos y la subjetiva espada les estorbe, al pasar, por entre los vendedores callejeros que van de retirada.

Santos Murillo, como hermano mayor de la cofradía, no pierde sesión.

— Ya hay varios pintores jóvenes trabajando en el ultrarrealismo. Y las esperanzas que tengo en el porvenir del movimiento son muy grandes. Quisiera lanzar como un grito, una llamada potente. Por este camino cada personalidad puede encontrar una realización distinta y auténtica.

Amor de padre y fe de apóstol. Esta es la única manera de trabajar en algo. Con vehemencia. A brochazo limpio contra lo que se resiste. A imponentes palmetazos sobre el mármol de cada día, para hacerse oír sobre todos.

María-Jesús ECHEVARRIA
(Fotografías de Mora)

LA CONQUISTA DEL POLO SUR



OCHOCIENTOS HOMBRES VIVIRAN DURANTE TRES AÑOS ENTRE LOS HIELOS DE LA ANTÁRTIDA

DEL TRINEO DE AMUNDSEN A LOS TRACTORES BRITANICOS

CUARENTA de los mejores especialistas polares del mundo se han reunido en el Instituto de Astrofísica de París bajo la presidencia de M. Leclavère, secretario general de la Unión de Geodesia y de Geofísica Internacional. El motivo de esta gran Asamblea consiste en la preparación del año científico 1957-58, en el que participarán más de veinte naciones, con el objeto de hacer saltar definitivamente uno de los misterios más emocionantes del globo: el Polo Sur.

Desde enero de 1956, y durante tres años, ochocientos sabios y especialistas polares vivirán sumidos en el escorzo helado del Antártico. Sobre el enorme desierto de aquellas tierras, los hombres investigarán la atmósfera y los efectos magnéticos en tales latitudes, mientras las antenas de radio enviarán en todas las lenguas, hacia la dirección múltiple de la rosa, las conclusiones científicas que vayan obteniéndose.

Poco a poco, una tierra deficientemente conocida, cuyos contornos son todavía muy inciertos, revelará su agudo secreto congelado... En el corazón mismo del Continente antártico existe una porción de geografía cuatro veces superior a la de Francia, que jamás ha sido vista por el hombre. Es el único blanco absoluto sobre el mapamundi sólo hollado por la teoría de meridianos y paralelos.

Los sabios plantean el enigma valerosamente: ¿Cuál puede ser la influencia de esta gigantesca masa glacial sobre el clima del mundo entero y sobre la vida de

los océanos? Aun se investiga el extraño fenómeno de las auroras australes, que tiñen de increíbles tonos, de pronto, las prolongadas noches antárticas. Entonces la pureza del cielo permite estudiar, mejor que en ninguna otra parte, la singularidad de la ionósfera, esa capa de la alta atmósfera sobre la cual se reflejan como en un espejo las ondas hertzianas.

Laboratorio inmejorable, único, la Antártida se ofrece igualmente al estudio del magnetismo, de la glaciología, de la fisiología humana, de la fauna abisal y de casi un centenar de ciencias y de técnicas.

Fué con la expedición americana «High Jump», en 1947, concebida por el almirante Bird, que desplegó una mecánica perfecta en sus operaciones, cuando realmente empezó la era de las exploraciones modernas al Polo Sur. Tales exploraciones alcanzarán el supremo esfuerzo desde esta nueva y pacífica hora cero del próximo año internacional.

CONSIGNAS Y DESPLIEGUE DE FUERZAS

Nada puede dejarse al aire peligroso de la improvisación. Antes del primer paso hacia las tormentas y los bancos, los más pequeños detalles tendrán que haber sido resueltos.

Los americanos, cuya operación llevará el nombre de «Task Force», irán conducidos por el almirante Dufek y reconstruirán una nueva «Pequeña América», precisamente junto a la antigua, que, hundida, brotó de entre las pro-

fundidades blancas hace unos meses y se fué a la deriva formando icebergs tabulares, una vez que se desprendió por completo del Continente. Desde allí lanzarán una misión de quince hombres sobre el Polo, solitario desde la visita de Amundsen y la trágica retirada de Scott en la temporada 1911-12. La estación de los americanos será una de las más espectaculares de la misión geofísica. Los sabios de Estados Unidos desembarcarán en la isla de Ross y al otro lado del Continente, en Tierra de Knox, donde construirán una casa al borde de la costa.

Los rusos proyectan establecer una base a 200 kilómetros de la estación americana, y puede preverse, salvo complicaciones, un cordial intercambio de vodka y whisky, pues, señores, míos, en el Polo Sur la política no existe, y los hombres no son más que hombres.

Hasta la reunión de la última semana, los rusos no habían expuesto sus intenciones. Cuando el geólogo Belousov, delegado por Moscú, hizo saber que la U. R. S. S. proyectaba instalar un puesto en el Polo Sur, se hizo el silencio.

—Los americanos — repuso el presidente de la Asamblea — pidieron ese mismo puesto ya hace tiempo.

—Bien — dijo el ruso —. Lo comunicaré a mi Gobierno. Mas en ese caso — añadió — pido una base en el Polo geomagnético, con un puesto en la Tierra de Knox y otro cerca de ella, sobre la llanura. Treinta hombres en cada puesto.

Y aceptaron la propuesta.

ICEBERGS COMO CIUDADES

Los ingleses y neozelandeses inviernarán a la otra parte del Continente, en las islas Ross y en la costa del mar de Weddell. El jefe será Fuchs, veterano de las nieves, y su adjunto, sir Edmund Hillary, el vencedor del Everest.

Los británicos tienen la idea de atravesar el Antártico en tractores, experimento nunca realizado hasta ahora. Tal proyecto, que probablemente les hará trasladarse fácilmente, ha hecho exclamar a los americanos: «Los ingleses vendrá a llamar súbitamente una noche a nuestra puerta sin habernos prevenido y—¡cosa terrible!—no tendremos tiempo de ponernos el smoking.

Australianos, noruegos, argentinos, chilenos y japoneses, viejos aficionados a la aventura del Antártico, ocuparán también importantes estaciones en torno al gran enigma.

PRESUPUESTO FRANCES: MIL QUINIENTOS MILLO- NES DE FRANCO

Después de diez años, Paul Emile Víctor, recogiendo una tradición creada por Jean Charcot y ajustando su sentido personal de estas cuestiones al rigor de la organización y del «planning», logró formar un equipo de extraordinarios exploradores. Las numerosas expediciones lanzadas a Groenlandia y sobre la Tierra Adela dieron testimonio de ello.

Especialista del hemisferio Norte y proyectista de diversas misiones en Groenlandia para el próximo año, Paul Emile Víctor ha sido nombrado presidente del Subcomité antártico, encargado de organizar en los locales de las Expéditions Polaires Françaises, junto a los bordes del bosque de Boleña, las correspondientes misiones geográficas.

Los trabajos científicos a realizar fueron trazados por el Comité Nacional de Francia, presidido por Lejay. El Comité consta de 23 miembros, entre los cuales figuran sabios ilustres. Destaca entre ellos el ingeniero hidrógrafo Bertrand Imbert, que ya invernó en Tierra Adela en la temporada de 1951-52.

Al finalizar el año próximo, Robert Guillard, «recordman» de las travesías de Groenlandia en vehículo motorizado, levantará una estación prefabricada en Punta Geológica y otra, ya más avanzada, en el interior de la llanura. En 1957, Imbert tomará el relevo, y en 1958, Gastón Rouillon efectuará la tercera invernada del año polar. Invernada que no durará un año, sino tres.

El único navío polar que posea el país vecino, el «Commandant Charcot», ha sido vendido no hace mucho a un armador holandés para su transformación en taller flotante. Los franceses tendrán que pedir ayuda a un navío noruego para transportar las diversas expediciones al lejano campo de acción, vía Océano Índico, por Australia. Y tal navío será el «Norset», barco grácil y fuerte, de moderna y apropiada línea, capaz de afrontar con ventaja el tremendo peligro de los bancos.

El Gobierno francés ha votado un crédito de mil quinientos millones de francos, cuya suma cubrirá los gastos de las tres misiones proyectadas.

Hace dos semanas, los cuarenta «polares» de la Conferencia de París—pero de la otra—fueron invitados por Paul Emile Víctor a una reunión íntima en los locales de la avenida Fayolle. En un rincón se hallaban dos trineos de perros, desmantelados, junto a un buen plantel de modernos tractores. Dos épocas, dos Historias casi. El almirante Dufek pasó ante ellos tranquilamente, hablando de cohetes estratosféricos con un colega. Vió los tractores y no las viejas reliquias. Pero el alemán Georgi—su interlocutor—, que aun recuerda un día en Groenlandia, en el que tuvo que cortarles los pies a su camarada Fritz Loewe con una navaja de afeitar, los vió. Quedó meditabundo un instante, mirando a los viejos trineos, y dijo a Hillary, que iba también con él: «Es el recuerdo de los buenos tiempos...» Y, sin embargo, pareció entristecerse.

Volviendo en 1911 del Polo Sur, que acababa de alcanzar por primera vez con su trineo de perros, Roal Amundsen, el mejor explorador que ha habido, dijo: «Este país puede ser repulsivo. No sé. Pero a mí me parece un gran queso y me atrae.» No caben palabras más desconsoladoras, más antipoéticas. Tal vez el paisaje helado sea así. Hacia el infinito se extiende un horizonte pesado y sin esperanza. Sólo la eterna, la inacabable monotonía de la nieve bajo un cielo lechoso, en cuyo fondo el sol, de vez en cuando, alumbraba de refilón, muy débilmente, como no queriendo mirar. A tal panorama, a esta desolación inmensa, catastrófica para la razón humana cuando ha de soportarla demasiado tiempo, añádase 40 grados bajo cero. Añádase, y él solo agitará su fuerza.

El noruego no era un poeta ni un sentimental. Su rostro, algo tormentoso, parecía grabado sobre la hoja de un cuchillo. Los ojos eran húmedos, desleídos. El carácter, agrio. El carácter de un hombre rudo, acostumbreado a no decir más que lo que pensaba, o que pensaba, exactamente. Su temperamento era el resumen perfecto de todas las calidades del viajero. No se detenía ante nada, y solamente se conformaba al hallar lo absoluto.

En efecto: el Polo Sur es terrible. El mayor desierto del mundo. Catorce millones de kilómetros cuadrados representa aquel Continente recubierto de hielo, barrido todo el año por vientos y tempestades. A su lado, el Sahara no es más que un suave paraíso.

En el Ártico, los hombres y los animales pueden subsistir. Esquimales y japoneses, osos blancos, bueyes azmilcleros y renos adaptan su vida a aquellos rigores. A la llegada de la primavera, las costas reverdecen de hierba y el sol perdura sobre ella. «Tierra Verde» es la traducción de Groenlandia. Sin embargo, al otro lado, en la costa opuesta, sobre las llanuras del Antártico, no hay nada. Ni personas ni animales. Nada. Y la misma palabra, «nada», parece retumbar por aquellos espacios abiertos.

Aquel pedazo de hielo, grande como Europa y América reunidas,

a lo mejor se parte de pronto, con un sordo ruido, en varios icebergs tabulares, de dimensión semejante a una ciudad, y en lenta navegación basculan, al fin, en diversos puntos, en Australia, Africa o la Tierra del Fuego. Y los únicos testigos del paso de estos fantasmas son, cada año, las focas somnolientas y bigotudas; los alegres pingüinos y las ballenas azules. Aquellos hielos a la deriva son los restos de un mundo cuyo último enigma va a intentar el hombre desentrañar ahora.

PLANES CIENTÍFICOS

Sin duda alguna, el Antártico constituye el problema principal de la Geofísica. Cien estaciones, distribuidas sobre los puntos neurálgicos, claves, del globo, recogerán minuciosamente cuantos datos dignos de observación se produzcan.

La distribución de los países sobre los hielos en preparación al asalto definitivo es la siguiente: En la bahía de Vashel, sesenta americanos, treinta y cinco ingleses y veinticinco argentinos; en la Tierra de Graham, bases inglesas, chilenas y argentinas; en la de Marie Bird, veinte americanos; éstos poseerán una base central en la bahía de Kainan, dotada con cincuenta hombres y una pista de aterrizaje. En Tierra Adela habrá dos bases francesas de veinticinco y tres hombres; en las islas de Ross, ciento cincuenta americanos, también con pista de aterrizaje, y veinte neozelandeses, con Hillary; en la base de Mawson, veinte australianos; en la Tierra de Knox, americanos y rusos; en la de la Reina Maud, quince noruegos; en el interior del Continente, dos bases rusas con sesenta hombres, y en el mismo Polo, una base americana con quince.

Los tractores que utilizarán los ingleses, y a los que va nos hemos referido son de fabricación norteamericana. Los famosos «gatos de la nieve», con cuatro cadenas independientes, motor «Chrisler» en «V» y cambio de velocidad automático. Su valor es de cerca de un millón de pesetas.

Todos los países se ocupan en estos días en la recluta de sabios y especialistas. Los sueldos oscilarán entre las veinte y las treinta mil pesetas, según la especialidad. Todos quieren ir hacia la nieve, pero todavía no se ha ofrecido nadie para dirigir la base francesa en el interior del Continente, donde sólo tres hombres habrán de inviernar en terribles condiciones de aislamiento.

El año geofísico que empezará en el cincuenta y siete constituye la continuación de las operaciones internacionales realizadas hace casi un siglo en las regiones polares. La primera se remonta al último cuarto del XIX. La segunda se llevó a cabo después de la Gran Guerra. Con la publicación de los resultados obtenidos se decidió cerrar las investigaciones, ya que, según entonces, era humanamente imposible arrancarle ningún otro secreto al Polo Sur. Mas el hombre no se conforma, y he aquí la razón del entusiasmo que ha despertado el anuncio de una nueva batida sobre aquellos parajes.

Los progresos conseguidos en el campo de la Geofísica han hecho posible planes ostensiblemente más amplios que los realizados en anteriores investigaciones. Estas no sólo se referirán al Continente polar, sino al conjunto y variedad del globo. El empeño es, indudablemente, importante. Su sistematización corre a cargo de un Comité especial, el C. S. A. G. I., bajo la dirección del sabio británico Sidney Chapman, y cuyo secretario general es el belga Micoli.

En un principio este Comité había decidido limitar las investigaciones a la ionosfera. Más tarde varió el criterio, y las investigaciones se extenderán ahora a múltiples temas: meteorología, determinación de longitudes, glaciología, etc.

Así, en 1958 dispondremos de un caudal estimable de conocimientos rigurosos y nuevos. Debido, sobre todo, a que por vez primera las observaciones se realizarán de un extremo del planeta al otro con métodos idénticos y en perfecta sincronización.

HISTORIAS Y HOMBRES DEL POLO SUR

Parece ser que fueron dos navegantes rusos, Von Bellingshausen y Lazareff, quienes en 1821 vieron por vez primera los bancos incógnitos del Antártico. Y esta tierra, ¿podrá abrirse algún día por completo a los aventureros? Por el momento, únicamente cuentan para el caso los verdaderamente arriesgados. Y aun para éstos, una extensa zona todavía es sueño. Su conquista, a la luz vulgar, no es más que una locura. Nada ganan marchando allí. Ganan los pies helados, la locura, el hundimiento psicológico, la muerte pura y simple, que para muchos hace de la exploración un viaje sin retorno.

La lista de los desaparecidos es larga. Sin embargo, los más grandes mártires de la Antártida fueron Scott y sus cinco compañeros, muertos uno tras otro al volver del Polo, en donde Amundsen había clavado su bandera negra y guardado en un bote de conservas un escrito de bienvenida a Scott. Antes de morir se arrastraron centenares de kilómetros de rodillas, sosteniéndose los unos contra los otros. «Gentleman» hasta el último momento, el teniente Evans, una noche, incapaz de proseguir la marcha, se perdió voluntariamente entre una tormenta para no retrasar la marcha de sus compañeros. Scott murió el último. Con la cabeza apoyada en un saquito de minerales, escribió una carta al Rey de Inglaterra, otra a su mujer, y cerró los ojos. Los niños ingleses oyen todavía, al fin del año escolar, las estremecedoras palabras del gran explorador, leídas por el maestro. Y la angustia sube a la garganta de los niños, que aprenden orgullo y humildad.

Después de ciento treinta años, los hombres de todos los países continúan ensayando las fuerzas para deshacer el secreto más preciado, el científico, que guarda la Antártida. Los navegantes abren caminos a través de los hielos para depositar sobre las costas algunas decenas de sabios, que pasarán allí un año, refugiados en las exiguas cabañas construi-

Expedicionarios norteamericanos al Polo, miembros de la aviación de Estados Unidos que utilizaron en su empresa un «C-47»



das de prisa para no verse sorprendidos por un invierno que durará de abril a septiembre.

El barco, que ha de regresar al Continente a fin de no dejarse atenuar entre los hielos, a la vuelta de doce meses halla sobre la ribera algunos sabios hirsutos, sucios, desesperados; la mayor parte minados sin remedio por la enfermedad o la locura. Y muchas veces se comprueba tristemente que hay bajas en la lista de regreso.

«CONTIGO SIEMPRE»

Después de la invención de la radio, las condiciones de la soledad, del aislamiento, son menos severas. La primera expedición que utilizó un emisor-receptor fue la del australiano Douglas Mawson, en 1911-14. Había salido de su base para una larga expedición en trineo tirado por perros. Le acompañaban Ninnis y Mertz. Después de que Ninnis fue arrebatado por un torbellino y desaparecido con el trineo de los víveres, la situación de los dos supervivientes alcanzó límites de extrema gravedad. Se esforzaron en regresar a la costa cuanto antes. Padeían de hambre. Mawson y Mertz se comieron los perros. Es algo terrible. Un explorador ama a sus perros. Son fieles hasta la muerte y saben que ésta les corresponde antes que a sus amos. Mertz cae enfermo, y su jefe lo lleva a las espaldas durante varios días. Luego, en las horas que se toman para el descanso, le añade sus propias mantas y le vela. Mertz, sin embargo, no sobrevivió. Mawson cubrió el cadáver con nieve, hizo una cruz con los esquís y rezó por segunda vez en la misma aventura la oración de los muertos. Solo, abandonado a su propia energía, el australiano ocupa el trineo y reemprende la ruta.

Más muerto que vivo, tirado bocabaajo y remando literalmente con los brazos y las piernas, aparece, por fin, en la base de Cap Davison, ante los ojos asustados de sus compañeros. Mawson, que sufría horriblemente, no murió. No obstante, su estado era tan grave, que temía perecer y quiso enviar un mensaje por radio a su novia, que se hallaba en Australia, para que oyera sus últimas palabras. Después de oírle, la joven respondió: «Contigo siempre.»

Pero estaba escrito que la fu-

tura Mrs. Mawson debería asustarse otra vez. Algunos meses más tarde, el operador de radio de la expedición se volvió loco y cablegrafió a Australia que todos sus camaradas habían muerto. Sir Douglas Mawson, casado ya hace muchísimo tiempo, vive hoy en Adelaida con su esposa, y es allí profesor de Geología. La base australiana de este año llevará su nombre.

¿Cuál es el atractivo, el irresistible «sex-appeal» del Polo? Hombres de toda edad y condición van acudido, como las mariposas a la luz a la llamada de las nieves. Uno de los más extraños casos ha sido Schwartz. ¿Y quién es Schwartz? El primer bailarín de los «ballets» de Montecarlo. Un día renuncia a sus saltos y a sus «planches» por la soledad y el aire puro. Hoy es el «recordman» francés de las invernadas en el Polo, con tres años de permanencia en él. No se sabe qué será, pero la llamada de los hielos existe.

¿A QUIEN PERTENECE LA ANTARTIDA?

He aquí el último problema. Efectivamente, ¿a quién pertenece la Antártida? Dividida en franjas a partir del Polo Sur como vulgar pastel, tal vez como una naranja, la Antártida es actualmente objeto de reivindicaciones territoriales por parte de Inglaterra, Nueva Zelanda, Francia, Australia, Noruega, Argentina y Chile. Todos estos países se basan sobre el principio del descubrimiento y de la ocupación temporal, ya que la permanente es imposible, para ejercer la soberanía sobre diversos sectores. A pesar de ello, existe un litigio grave entre Inglaterra, Chile y Argentina, que reclaman al sur de la Tierra de Fuego zonas que se superponen. La Tierra Adela, que fue descubierta en 1840 por Dumont d'Urville, y a la que dió el nombre de su mujer, fué ocupada en los últimos tres años por los franceses, que se establecieron en Port Martin y Punta Geológica. Los americanos y los rusos han reservado su posición hasta el presente. Pero lo cierto es que no aceptan el principio actual del reparto.

Todo esto es lo que hay sobre el Polo Sur. El próximo año será ocasión de volver al tema y contar grandes cosas.

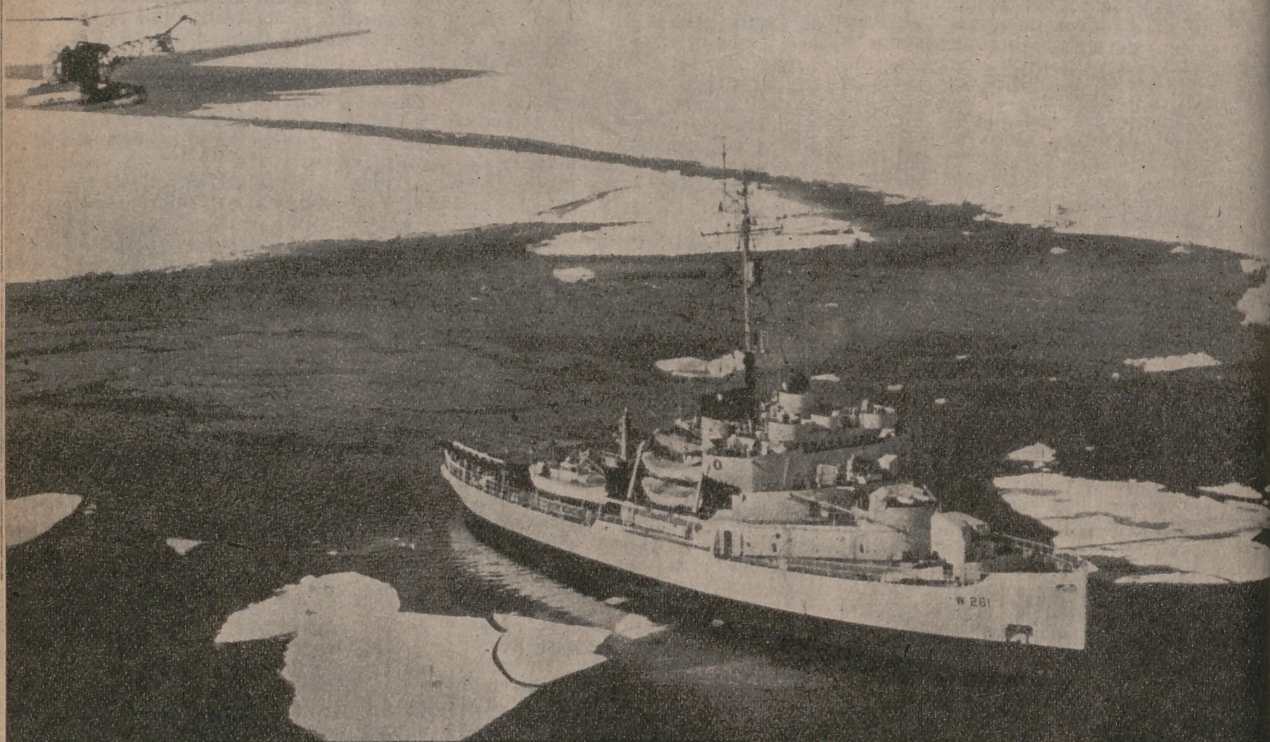
CARLOS LUIS ALVAREZ

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

LA CONQUISTA DEL POLO SUR



OCHOCIENTOS HOMBRES VIVIRAN DURANTE
TRES AÑOS ENTRE LOS HIELOS DE LA ANTARTIDA



Gu
tro
del
mo
dal
dec
tas

Ma
oda

arta
evist
págin
a (p
a 15
a 19
obio,
or F
ares,
págin
e F.
ol (